

65

IDAD AUT
CCIÓN GEN

CONFESSIONES
DE
S. AGUSTIN.

BR65

.A6

S8

V. 2

c. 1

ÓNOMIA

ERAL D



1080046281



E # 4 6 # 83



LIBRERIA

RELIGIOSA.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

110799

TOMO IX.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



38445

276



Varios Prelados de España han concedido 2400 días de indulgencia para todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

CONFESIONES DE SAN AGUSTIN

TRADUCIDAS

POR EL

R. P. Fr. EUGENIO ZEBALLOS

DEL ÓRDEN DEL SANTO.

TOMO II.



Con aprobación del Ordinario.

BARCELONA. — 1839.

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE PABLO RIERA.

CONFESSIONES

DE SAN AGUSTIN

BR 65



CONFESSIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE

SAN AGUSTIN.

LIBRO VI.

Explica las ansias de su alma que se fatigaba en la imaginación del mal: como llegó también á conocer que ninguna sustancia era mala: y que en los libros de los Platónicos halló el conocimiento de la verdad incorpórea y del Verbo divino; pero no halló su humildad y anonadamiento.

CAPÍTULO I.

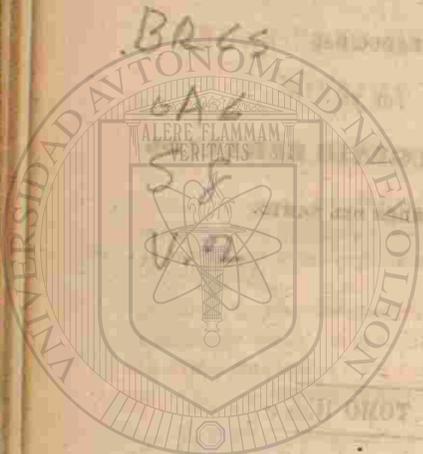
Como Agustín todavía imaginaba á Dios al modo de un ente corpóreo, que estaba difundido por todas partes y llenando unos espacios infinitos.

1. Ya todo el tiempo de mi adolescencia mala y perversa se había pasado, y comen-

CONFESSIONES

DE SAN AGUSTIN

BR 65



CONFESSIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE

SAN AGUSTIN.

LIBRO VI.

Explica las ansias de su alma que se fatigaba en la imaginación del mal: como llegó también á conocer que ninguna sustancia era mala: y que en los libros de los Platónicos halló el conocimiento de la verdad incorpórea y del Verbo divino; pero no halló su humildad y anonadamiento.

CAPÍTULO I.

Como Agustín todavía imaginaba á Dios al modo de un ente corpóreo, que estaba difundido por todas partes y llenando unos espacios infinitos. (R)

1. Ya todo el tiempo de mi adolescencia mala y perversa se había pasado, y comen-

zaba el de la juventud, siendo yo cuanto mayor en la edad *, tanto mas torpe en la vanidad. Aunque yo no acertaba á imaginar sustancia alguna, que no fuese corpórea y semejante á lo que suele percibir la vista; no imaginaba, Dios mio, que tuviéseis figura de cuerpo humano: porque desde que comencé á oír y saber algo de filosofia, siempre habia tuido de semejante pensamiento: y me alegraba de haber hallado esta misma verdad en la doctrina y creencia de nuestra madre espiritual vuestra Iglesia católica. Pero no se me ocurría alguna otra idea que poder formar de Vos; al paso que no obstante ser yo hombre, y tan mal hombre, intentaba llegar á conoceros, siendo Vos el altísimo, único y verdadero Dios. Bien creia yo firmemente y con lo mas íntimo de mi corazon, que Vos érais incorruptible, inviolable, incapaz de alteracion y mudanza: pues sin saber yo de dónde ó cómo tenia esta noticia, veia claramente y tenia por muy cierto que todo aquello que puede admitir corrupcion no es tan bueno como lo que no puede

* Comenzaba entonces el año 31 de su edad.

corromperse: y lo inviolable ó incapaz de padecer algun daño, lo anteponia sin duda alguna á lo que es violable ó capaz de alteracion: y lo que no padece mutacion alguna, lo tenia por mejor que todo lo que puede padecerla.

Esta creencia hacia que mi corazon clamase con vehemencia contra todos los fantasmas ó ideas materiales que yo formaba imaginando vuestro ser: con solo ese golpe procuraba espantar la multitud de especies inmundas y corpóreas, que, revoloteando al rededor de mi entendimiento le confundian y ofuscaban. Apenas ellas se habian apartado de mí por un instante, cuando mas amontonadas que antes volvian á presentarse, y arrojándose de tropel sobre la vista de mi alma, me la oscurecian y anublaban de tal modo, que aunque yo no pensase que aquel mismo Ser incorruptible, inviolable, incommutable, que yo preferia á todo lo corruptible, violable y mudable, tenia forma exterior de cuerpo humano; me veia precisado á pensar que era alguna cosa corpórea, que se extendia por todos los espacios y lugares, ya fuese infundida solamente en todas las co-

sas que hay dentro del mundo, ya tambien estuviese difundida por los espacios infinitos que se imaginan fuera del universo; porque todo lo que concebía sin orden y respecto á algun espacio, me parecia la nada sin ser alguno. Pero tan enteramente nada, que aunque no fuese como se imagina el *vácuo*, que es como si un cuerpo se quitara del lugar que ocupa, y quedase el lugar vacío de todo cuerpo, ya terreno, ya acuoso, ya aéreo, ya celestial; sino que quedase el lugar vacío enteramente y desocupado, como un *nada* con extension, ancho y espacioso.

2. Yo, pues, como tan material y espeso en mis pensamientos, que aun para conocerme á mi mismo no estaba trasparente y claro, pensaba que todo lo que no se extendiese por algunos espacios de lugar, ó no se ensanchase, ó no se juntase, ó no se entumeciese, ó no recibiese dentro de sí alguna cosa de esta calidad, ó no fuese capaz de recibirla, no tenia ser alguno, y absolutamente era nada. Porque mi entendimiento no formaba otras ideas ó imágenes interiores, sino semejantes á las formas ó especies que recibian mis ojos y demás sentidos corporales; y no

advertia ni reflexionaba que la interior potencia y facultad con que yo formaba aquellas mismas imágenes ó ideas, no era corpórea ni abultada; siendo no obstante alguna cosa grande, pues á no serlo, no podria formarlas.

Así, Dios mio, vida de mi vida, tambien imaginaba, que siendo Vos grande por infinitos espacios y lugares, llenábais y penetrábais por todas partes la gran máquina del universo. Que tambien fuera de ella, hácia cualquier parte que se considere, os extendíais por inmensos espacios, que no tenian fin ni término alguno: de suerte, que la tierra, el cielo, y todas las cosas os poseyesen, y por dentro y fuera estuviesen llenas y rodeadas de Vos, y dentro de Vos mismo tuviesen su fin y término, pero Vos no le tuviéseis por ninguna parte. Pues así como el cuerpo de este aire que está sobre la tierra no impide que la luz del sol le traspase y le penetre, no rompiéndole ó dividiéndole, sino llenándole todo de su claridad: así juzgaba yo que penetrábais todos los cuerpos, no solamente del cielo, del aire, del mar, sino tambien de la tierra: y que todos ellos, en

todas sus partes, grandes y pequeñas, eran respecto de Vos penetrables y como transparentes, para llenarse de vuestra presencia, que con oculta inspiracion é influencia secretísima gobernais todas vuestras criaturas por lo interior y exterior de todas ellas.

De este modo discurría entonces, porque no estaba en estado de pensar otra cosa; pero era falso lo que pensaba; porque si aquello fuera cierto, la parte mayor de tierra tendría en sí mayor parte de vuestra sustancia; y la que fuese menor, tendría menor parte de Vos: y de tal suerte llenaríais todas las cosas, que tanto más tuviese de Vos el cuerpo de un elefante que el de un pajarillo, cuanto el cuerpo de aquel es mayor, y ocupa más lugar que el cuerpo de este: así estaríais dividido en tantas partes grandes y pequeñas, cuantas hay en todo el universo, para comunicar y hacer presente á las grandes otra igual y tan gran parte de Vos, y á las pequeñas otra igual y tan pequeña parte vuestra. Pero no sois Vos así, aunque yo entonces no lo conocía, porque aun no habíais alumbrado las tinieblas de mi ignorancia.

CAPÍTULO II.

Argumento con que Nebridio impugnó á los Maniqueos.

3. Bástame, Señor, contra aquellos hombres engañosos, y engañadores de otros, habladores mudos, porque no se oía de su boca vuestra divina palabra: bástame, digo, para confundir á los Maniqueos, el argumento que mucho tiempo antes, estando nosotros en Cartago, había propuesto Nebridio, que nos hizo mucha fuerza á todos los que le oímos. Porque preguntaba él ¿qué haría contra Vos aquella no sé qué raza de tinieblas (que los Maniqueos dicen ser una gran masa opuesta á Vos), dado caso que Vos no quisiéseris pelear contra ella? Pues si responden que todavía podía haceros algún daño, sería decir, que Vos no sois inviolable é incorruptible; si por el contrario respondieran que de ningún modo os podría dañar ó hacer algún perjuicio; en tal caso no pueden señalar causa ó motivo de reñir y pelear; y menos para pelear y reñir como ellos dicen, esto es, de

tal modo, que una porcion ó miembro de vuestra sustancia, una produccion de vuestra sustancia misma se mezclaria con las potestades contrarias á Vos, que eran naturalezas que Vos no habíais criado, y de tal suerte la corrompian y trocaban de buena en mala, que su felicidad y bienaventuranza se convertia en infelicidad y miseria, y venia á tener necesidad de auxilios que la librasen de aquel estado, y la purificasen de las manchas que habia contraido. Esta porcion de vuestra sustancia decian que era nuestra alma, á la cual viéndola así esclavizada, manchada y corrupta, la venia á socorrer vuestro divino Verbo, que habia quedado libre, puro y entero; pero que tambien él mismo era corruptible, como de la misma naturaleza y sustancia que habia sido corrompida.

Por lo cual si los Maniqueos decian ó confesaban, que Vos ó vuestra sustancia, sea ella la que fuese en sí misma, era incorruptible; se seguia claramente, que todo aquello que decian era falso y detestable; y si decian que era corruptible vuestra sustancia propia, ello mismo se daba á conocer por falso y abominable desde luego. Bastábame,

pues, este argumento solo contra los Maniqueos, para desechar y arrojar fuera de mí toda la doctrina de que me tenian imbuido, y con que mi corazon estaba oprimido y angustiado: porque no tenian salida alguna que dar al argumento, sin que cayese su corazon y su lengua en el horrible sacrilegio de creer y proferir estas blasfemias.

CAPÍTULO III.

Que el libre albedrio es la causa del pecado.

4. Pero aunque yo confesaba y creia firmemente que Vos, mi Señor y verdadero Dios, sois incorruptible, invariable, y por todas partes ajeno de mutabilidad y alteracion, y que criásteis no solamente nuestras almas, sino tambien los cuerpos, y generalmente todas las criaturas; todavia yo bien claramente cuál es la causa del mal ó de lo malo: eso sí, conocia que cualquiera que ella fuese, debia buscarla de tal modo, que no me viese precisado por ella á creer que Vos, Dios y Señor inmutable, érais capaz de alguna mudanza ó variedad,

para no hacerme yo malo á mí mismo, al indagar la causa de lo malo. Así la buscaba tan seguro de no dar en aquel desvarío, como estaba convencido y certificado de que no era verdad la doctrina de los Maniqueos, que huía y detestaba con todo mi corazón: porque veía claramente, que buscando ellos la causa y origen del mal, estaban llenos de maldad tan excesiva, que antes creían que vuestra naturaleza y sustancia malamente padecía, que el que la suya obraba malamente.

5. Yo me esforzaba cuanto podía para entender lo que había oído decir, esto es, que el libre albedrío de nuestra voluntad era la causa del mal que obrábamos, y la rectitud de vuestro juicio la causa del mal que padecíamos, pero yo no podía entender esto clara y distintamente. Y así procurando sacar la atención de mi entendimiento de estas profundas tinieblas, volvía á sumergirme en ellas otra vez: y esforzándome repetidas veces á lo mismo, me hundía del mismo modo otras tantas veces.

Me levantaba algun poco hácia vuestra luz el saber yo con tanta certeza que tenía mi

voluntad propia, como estaba cierto de que tenía vida. Así cuando quería ó no quería algo, estaba ciertísimo de que yo mismo, y no otro, era el que quería ó no quería aquello: y ya casi conocía que allí estaba la causa y principio de mi pecado.

También veía que hacer yo alguna cosa forzado y contra mi voluntad, mas era padecer que hacer: y esto juzgaba que no era culpa, sino pena, con la cual confesaba ser justamente castigado de Vos, á quien reconocía siempre como justo.

Mas otras veces decía: «¿Quién es el que me ha hecho? ¿Por ventura no es mi Dios, que no solamente es bueno, sino la misma bondad? Pues ¿de dónde me ha venido á mí el querer desordenadamente unas cosas¹, y ordenadamente no querer otras, por manera que esta repugnancia fuese justa pena de aquella voluntad injusta? ¿Quién puso en mí este veneno? ¿Quién ingirió en mi alma esta raíz de amargura, habiendo sido yo todo y totalmente hecho por mi dulcísimo Dios? Si el diablo es el autor de este mal; ¿quién fue el que le hizo á él? Porque si él mismo por su mala y perversa vo-

«luntad, de buen ángel que era, se hizo y
«se mudó en demonio; ¿de dónde le vino á
«él esa mala voluntad con la cual se hizo de-
«monio, supuesto que todo él fue criado bue-
«no por el Hacedor de todas las cosas, que
«es infinitamente bueno?»

Con estos pensamientos volvía otra vez á sumergirme en mis tinieblas, y ahogarme entre mis dudas; pero no me llevaban tan á lo hondo, que llegase á lo profundo del error de los Maniqueos, donde ninguno confiesa vuestra bondad infinita, cuando antes juzgan que Vos estais sujeto á padecer males, que el que los hagan los hombres.

NOTA.

¹ *Unde igitur mihi malè velle, et benè nolle, dice el Santo. Como antes deja dicho que el hacer una cosa contra su voluntad y con repugnancia suya, mas propriamente era padecer que hacer: en el malè velle explica el mal de la culpa, y en el benè nolle el mal de la pena, que justamente se padece contra la voluntad propia, en castigo del otro mal de la culpa, que se hizo por su propia voluntad. Así el malè velle quiere decir querer malamente y pecando, ó injustamente querer alguna cosa; y el benè nolle, quiere decir, que justamente, bien y ordenadamente pa-*

dece y sufre aquella repugnancia de no querer alguna cosa, y hacerla como por fuerza (que mas es padecer que hacer), y esto es justa pena de su voluntad injusta.

CAPÍTULO IV.

Como necesariamente Dios es inviolable é incorruptible.

6. Del mismo modo procuraba entender claramente todo lo demás, así como habia averiguado que lo incorruptible es mejor que lo corruptible: y por tanto confesaba que cualquiera que fuese vuestro ser y naturaleza, precisamente habia de ser incorruptible. Porque nadie pudo ni podrá jamás pensar alguna cosa que sea mejor que Vos, que sois el sumo y perfectísimo bien. Y como es verdad ciertísima que lo incorruptible se debe anteponer á lo que es corruptible, como yo lo conocia y ejecutaba; si Vos no fuérais incorruptible, pudiera mi entendimiento hallar alguna cosa mejor que Vos.

Con qué allí mismo donde yo advertia que lo incorruptible es mejor que lo que puede corromperse, era donde debia buscaros, y desde allí descubrir el origen del mal, esto

es, el principio de la corrupcion, de la cual no es capaz vuestra divina sustancia. Porque de ningun modo, por ninguna voluntad, por ninguna violencia, por ninguna casualidad, puede la corrupcion manchar ó inficionar la naturaleza de nuestro Dios: pues él es Dios, y todo lo que quiere para sí, es de la línea del bien, y aun él mismo es el mismo bien que quiere; pero el poder corromperse no se ha juzgado jamás por bien alguno.

Ni tampoco cabe en Vos, Señor, el ser forzado á cosa alguna contra vuestra voluntad, ya que vuestra voluntad no es mayor que vuestro poder, á no ser que se diga que Vos sois mayor que Vos mismo: porque la voluntad y la potencia de Dios son el mismo Dios. Finalmente, ¿qué casualidad puede haber impensada para Vos, que sabeis y conocéis todas las cosas perfectísimamente? Además de que ninguna naturaleza ni criatura alguna existe, sino porque Vos la conocéis.

Pero ¿para qué gasto tantas palabras en probar que la naturaleza de Dios no puede ser corruptible, cuando es evidente que si lo fuera no sería Dios?

CAPÍTULO V.

Vuelve otra vez á inquirir de dónde provenga el mal, y cuál sea su origen y raiz.

7. Yo buscaba el origen del mal; y siendo así que le buscaba malamente, no echaba de ver el mal que habia en el mismo modo con que le buscaba. Ponia yo delante de los ojos de mi alma todo lo que habeis criado, ya sean las cosas que podemos ver, como la tierra, el mar, el aire, los astros, los árboles y los animales: ya tambien todas las cosas que no vemos, como son el firmamento con todos los Ángeles, y todos los entes espirituales del universo; pero tambien estas cosas las fué colocando mi fantasía en diversos y respectivos lugares, como si verdaderamente fueran cuerpos: de todo ello formé en la imaginacion como una gran masa compuesta de los distintos géneros de cuerpos de vuestras criaturas; tanto de aquellos que eran verdaderos cuerpos, como de los otros que yo habia fingido y apropiado á los espíritus. Yo imaginaba esta masa muy grande y extensa,

no tanto como ella lo fuera en sí misma, que esto no podía saberlo á punto fijo, sino cuanto le pareció á mi fantasía; pero siempre me la representaba finita y limitada por todas partes.

Despues os concebía á Vos, Señor, como una sustancia infinita sin término ni límite alguno, que rodeaba y penetraba por todas partes aquella gran masa: así como si el mar lo llenase todo, y hácia todas partes por espacios inmensos solo hubiese un infinito mar, y dentro de sí tuviese una esponja que aunque fuese muy grande, fuera limitada y finita; esta esponja verdaderamente estaria por todas partes rodeada y llena de aquel inmenso mar.

Así juzgaba yo que todas vuestras criaturas, que son finitas y limitadas, estaban por todas partes circunvaladas y llenas de Vos, que sois infinito, y decia: veis aquí á Dios, y veis aquí todo lo que Dios ha criado: Dios es bueno, y su bondad excede infinitamente á todo el conjunto de sus criaturas; mas como él es sumamente bueno, todas las cosas las cria buenas, y ved ahí como todas las abraza y llena de su bondad. Pues ¿en

dónde está el mal? ¿de dónde ha dimanado? ¿por dónde se ha introducido en el universo? ¿cuál es la raíz que le produce? ¿de qué semilla nace?

¿Acaso dirémos que el mal no tiene ser alguno? pues ¿por qué tememos y evitamos lo que no hay ni tiene ser? Y si es que tememos vanamente y sin fundamento, sin duda que este temor ya es algun mal que inútilmente atormenta y despedaza nuestro corazon: y este mal será tanto mas grave, cuanto mas tememos no habiendo que temer. Por lo cual, ó hay algun mal que temamos, ó el mal que hay es que tememos. Pues ¿de dónde vino este mal? Porque Dios, siendo todo bondad, hizo buenas todas estas cosas. El mayor y sumo bien hizo las criaturas que son bienes menores; pero así el Criador como las cosas criadas, todo es bueno. Pues ¿de dónde nace el mal?

¿Será acaso que la materia de que hizo Dios todas las criaturas era en sí misma alguna cosa mala, y Dios la formó y ordenó, pero dejó algo en ella que no lo ordenase y convirtiese de mal en bien? Y si fue así, ¿qué

causa hubo para esto? ¿Acaso no podia convertirla toda y mudarla en bien de modo que no quedase en ella nada de malo, siendo él todopoderoso? Finalmente, ¿por qué quiso servirse de ella para formar de allí sus criaturas, y no usar de su misma omnipotencia para destruirla enteramente y aniquilarla? ó ¿podrá decirse que ella podia existir contra la voluntad de Dios? Aun suponiendo que fuese eterna, ¿por qué la dejó durar antecedentemente por infinitos espacios de duraciones¹; y tanto despues tuvo por bien servirse de aquella materia, y hacer de ella alguna cosa? Y ya que repentinamente determinó y quiso hacer alguna obra, como omnipotente que es, comenzara antes aniquilando y deshaciendo enteramente aquella materia; y asi hubiera quedado él siendo el todo, el verdadero, sumo é infinito bien. Y si no era conveniente á su bondad el que se lo destruyese, y no fabricase al mismo tiempo y produjese algun bien, siendo él tan bueno; destruida aquella mala materia y reducida á la nada, podia haber criado otra buena, de la cual produjese todas las cosas. Porque no seria todopoderoso si no pudiera

hacer algo bueno sin ayuda de aquella materia que él no habia criado.

Vé aquí las cosas que yo andaba revolviendo en mi infeliz espíritu lleno de cuidados que le consumian, causados del temor de la muerte y de no hallar la verdad; pero estaba firmemente arraigada en mi corazon la fe que en la católica Iglesia se tiene de vuestro Hijo Jesucristo, Señor y Salvador nuestro; y aunque á la verdad era mi fe todavia imperfecta en muchas cosas, y se salia fuera de las reglas de la sana doctrina, con todo no la dejaba mi alma; antes bien cada dia se iba instruyendo é imbuyéndose mas y mas en ella.

NOTA.

¹ Aunque en la hipótesi que hace san Agustin diga: *Per infinita retrò spatia temporum*, por infinitos espacios de tiempos anteriores; no se ha de imaginar que antes de la creacion hubiese tiempo alguno; que esto no puede establecerse en doctrina del Santo, ni tampoco puede imaginarse, porque el tiempo es una de las cosas que pertenecen á la creacion y efecto de ella. Así diciendo el Santo: por *infinitos* espacios de tiempos, bien da á entender que habla de la eternidad, que precedió á la creacion; y

que como infinita duracion abraza todos los tiempos, y virtualmente es todos ellos. Así en el cap. xv dice que Dios no comenzó á producir las criaturas *post innumerabilia spatia temporum*.

CAPÍTULO VI.

Desecha Agustín por vanas y engañosas las adivinaciones de los astrólogos.

8. Ya tambien habia yo desechado enteramente las engañosas predicciones y sacrílegas locuras de los astrólogos : y este es, Dios mío, uno de los efectos de vuestras misericordias, por el cual os debo confesar y bendecir con todas las fuerzas de mi alma. Pues Vos, Señor, Vos y no otro fuisteis quien me hizo este beneficio. Porque ¿quién puede librarnos ó apartarnos de la muerte que nos acarrea todo error, sino Vos, que sois la vida que no puede morir, y la sabiduría que sin necesitar de luz alguna ilumina los entendimientos que la necesitan, la misma con que es regido y gobernado todo el universo, hasta las hojas de los árboles que se lleva el viento?

Vos procurásteis el remedio de aquella mi terquedad con que resisti y me opuse á Vindiciano *, que era anciano agudo y docto, y á Nebridio, que era jóven de un talento admirable : cuando el primero afirmaba resueltamente, y el segundo, aunque con alguna duda, repetia muchas veces, que no hay arte alguno para conocer las cosas venideras ; pero que las conjeturas de los hombres tienen muchas veces fuerza de suerte : que diciendo los hombres multitud de cosas, acertaban por casualidad á decir, entre tantas, algunas de las que han de suceder, sin saberlo los mismos que lo decian, sino tropezando á ciegas con la verdad de algunos sucesos, en fuerza de lo mucho que hablan.

Vos, pues, Señor, hicisteis que yo tomase amistad con un hombre que acostumbraba consultar á los astrólogos sobre varios asuntos, aunque él no sabia mucho de la astrología, pero los consultaba, digo, por curiosidad : el cual sabia cierta especie, que decia habérsela oido á su padre, pero no advertia él mismo cuán poderosa era aquella

* Véase el cap. III del lib. IV.

especie para echar á rodar la opinion y crédito de tal arte. Este, pues, que se llamaba Fermin, sujeto instruido en las artes liberales y en la elocuencia, hablándome como á su mayor amigo sobre ciertas cosas suyas, á las cuales aspiraba, por la esperanza grande que tenia de adelantar su fortuna, me instaba á que le dijese el juicio que yo formara de aquellas pretensiones, segun su horóscopo y constelaciones que le correspondian; y yo, que por entonces ya habia comenzado á inclinarme á la sentencia de Nebridio, no me excusé de hacer mis conjeturas, y decirle lo que me ocurría como dudosamente; pero le añadí, que estaba casi persuadido y convencido de que todas aquellas cosas y observaciones eran vanas y ridículas.

Entonces él me contó, que su padre habia sido curiosísimo en la referida facultad, habiendo juntado y manejado muchos libros de esta materia, y que habia tenido un amigo igualmente dedicado á la misma facultad, que habian estudiado juntos: que con igual deseo de adelantar en ella, conferenciaban los dos, y se comunicaban mutuamente sus reflexiones, como soplando y avivando el

fuego que ardia en su corazon de adelantar en un estudio tan vano: de modo, que aun en los brutos que nacian en casa de ellos, observaban los instantes de su nacimiento, y la posicion de los astros respecto de aquellos mismos instantes, para sacar de allí algunas experiencias con que apoyar aquella especie de arte.

Así referia él, que habia oido decir á su padre, que al tiempo que su mujer y madre del mismo Fermin, estaba embarazada de él, estaba tambien en cinta una criada de aquel amigo de su padre: lo cual no se le pudo encubrir al amo, que con las mas exquisitas diligencias procuraba examinar y saber aun los partos de las perritas de su casa. Y que habia sucedido, que teniendo cuenta el padre de Fermin con el parto de su mujer, y el otro amigo suyo con el de su criada, y contando uno y otro con la mayor exactitud los dias, las horas, minutos y segundos de la preñez de entrambas, vinieron á parir las dos al mismísimo tiempo; de modo que se vieron forzados á aplicar á los recién nacidos las mismas constelaciones, sin distincion alguna, que el uno habia observado para su

hijo, y el otro para su siervo. Porque luego que á las dos mujeres les comenzaron los dolores de parto, se avisaron los dos amigos mutuamente lo que pasaba en la casa de uno y otro, y prévinieron mensajeros de ambas partes, que al punto que supiesen lo que habia nacido en cada una de las casas, lo avisasen á la otra sin dilacion alguna: y como dueños que eran respectivamente de sus casas, con mucha facilidad habian dispuesto, que al instante que se verificase el parto, se le hiciese saber al mensajero que estaba prevenido. Y así decia, que los dos que habian sido enviados se vinieron á encontrar uno á otro tan puntualmente en el medio del camino, y en tan igual distancia de las dos casas, que ni el padre de Fermin, ni su amigo pudiesen notar diversa posicion de astros, ni la mas mínima diferencia de tiempo con que distinguir el horóscopo de los dos recién nacidos; y no obstante Fermin, como nacido de familia distinguida en su país, seguia las carreras mas lustrosas del siglo, se iba aumentando en riquezas, y sublimando en honras; y el otro sin poder sacudir el yugo de su servidumbre, servia como esclavo á sus señores,

segun contaba el mismo Fermin que le habia conocido.

9. Oidas por mí estas cosas, y creidas tambien por habérmelas contado tal sujeto, toda aquella oposicion y resistencia que yo habia hecho á las persuasiones de Vindiciano y Nebridio se desarmó enteramente y se deshizo. Y lo primero que intenté fue apartar al mismo Fermin de aquella vana curiosidad, diciéndole: que para responderle con verdad á lo que me habia preguntado, despues de contempladas bien sus propias constelaciones, habia de haber visto en ellas, que sus padres eran de lo mas principal que habia en su tierra: que su linaje y familia eran de la mayor nobleza de su propia ciudad: que habian concurrido en su nacimiento las circunstancias mas honrosas: que habia tenido buena crianza, y los progresos que habia hecho en el estudio de las artes liberales. Pero si aquel otro siervo me hubiera consultado sobre las mismas constelaciones (que correspondian á su nacimiento del mismo modo que al de Fermin), para que yo pudiera responderle la verdad, seria tambien necesario haber visto en ellas la bajeza de su

linaje, su condicion servil, y todas las demás circunstancias suyas que eran tan distintas y contrarias á las otras que allí mismo habia yo antes visto y descubierto. Con qué si viendo unas mismas constelaciones é influencias, tenia que pronosticar y decir cosas distintas y contrarias, si habia de acertar; y si pronosticaba los mismos acaecimientos y las mismas cosas al uno y al otro, erraba precisamente mi pronóstico; es argumento ciertísimo que prueba evidentemente, que aquellas cosas que se aciertan despues de vistas y observadas las constelaciones, se aciertan por casualidad y no por arte ni reglas; y al contrario, que si las predicciones de esta clase salen falsas, no es por ignorancia de aquel arte, sino por falibilidad y yerro de la suerte.

10. Tomando de aquí principio, y meditando todo esto dentro de mí mismo, para que ninguno de aquellos delirantes que vivian de hacer estas predicciones (con los cuales deseaba yo verme para argüirlos y ridiculizarlos), burlase la fuerza del argumento, con decir que Fermin me habria engañado á mí en aquella relacion, ó que su padre le

habria engañado á él; para evitar, digo, que tuviesen este efugio, puse la consideracion en el nacimiento de los que nacen juntos, y se llaman mellizos: muchos de los cuales nacen tan inmediatamente uno tras de otro, que aquel brevisimo espacio que media entre los dos, por mas fuerza que tenga en la naturaleza para diferenciarlos, segun pretenden los astrólogos, no hay diligencia ni observacion humana que baste á conocerle ó advertirle; ni puede señalarse en aquellos caractéres y figuras que tiene que mirar el astrólogo, para hacer verdaderos sus pronósticos. Pero es imposible que en este caso salgan verdaderos; porque mirando unos mismos caractéres y figuras, que correspondian al nacimiento de Jacob y Esáu, debería un astrólogo pronosticar las mismas cosas respecto de entrambos; siendo así que en uno y otro fueron muy diferentes los sucesos. Con qué si para entrambos anunciaba las mismas cosas, salian falsos sus pronósticos; y si salian verdaderos, seria no anunciando ni diciendo las mismas cosas para entrambos, no obstante que eran unas mismas las figuras y caractéres que veia convenir al

uno y al otro : de donde se sigue, que si hubiera acertado en sus pronósticos, acertaría por casualidad, y no por reglas de alguna ciencia ó arte.

Vos, Señor, que perfectísimamente gobernais todo el universo, haceis por medio de un influjo y direccion imperceptible, que cuando alguno consulta á los astrólogos, sobre algun suceso, sin saberlo ni advertirlo los consultados, ni los que los consultan, cada uno reciba aquella respuesta que le corresponde, atendidos los méritos de su alma : nace aquella respuesta del abismo impenetrable de vuestro juicio siempre justo y recto, que ningun hombre debe extrañar diciendo : ¿Qué viene á ser esto? ¿para qué es esto? No diga tal cosa, no la diga, porque él no puede salirse de los límites de hombre.

CAPÍTULO VII.

De las graves penas que le causaba á Agustin el averiguar la causa y principio del mal.

11. Ya Vos, Señor, me habíais librado de aquellas cadenas, cuando me ocupaba en buscar el origen del mal, y no hallaba salida á mis dificultades. Pero no permitíais Vos, que por mas olas de varios pensamientos que me combatiesen, fuesen poderosas para apartarme de aquella fe con que creia vuestra existencia, y que sois una sustancia incommutable ; creia la providencia con que teneis cuidado de los hombres y los juzgais, y que en Jesucristo vuestro Hijo y Señor nuestro, y en las santas Escrituras, que aprueba y recomienda la autoridad de vuestra Iglesia católica, habíais dispuesto á los hombres el camino de la salud por donde han de llegar á conseguir aquella vida dichosa, que ha de haber despues de nuestra muerte. ®

Salvas estas verdades, y fijadas en mi alma inalterablemente, buscaba con ansia cuál sea el principio y origen que tiene el mal.

¡Y qué tormentos y dolores como de parto sufrió mi corazón para salir de esta duda, y qué gemidos le costó. Dios mio! Vos lo estábais oyendo, sin saberlo yo. Cuando en el mayor silencio buscaba esta causa del mal con mas fino ahinco, aquel silencioso tormento que deshacia mi corazón era una voz muy grande que llegaba á vuestra misericordia. Solo Vos, y no hombre alguno, sabíais lo que yo estaba padeciendo. Porque de estas ansias mías ¿cuánto era lo que por mi boca venia á descubrirse á mis amigos mas íntimos y familiares? ¿Por ventura llegaba á sus oídos todo aquel gran tumulto de mi alma, para cuya explicacion no habia tiempo ni lengua que bastase? Pero todo llegaba á vuestros oídos, *y lo que gimiendo bramaba mi corazón, y todos mis deseos os eran muy patentes, pero la luz que habia de aclarar mis ojos me faltaba*: porque ella estaba dentro de mi alma, y yo andaba por fuera. Ni ella ocupa algun lugar; y yo la buscaba entre aquellas cosas que la ocupan, y así no hallaba lugar alguno para mi descanso; ni estas cosas corpóreas me detenian tanto, que pudiese decir: *Estoy bien, esto me basta*: ni de-

jaban que me apartase de ellas, para volver á donde me fuese bastantemente bien. Porque yo era superior á todas estas cosas, aunque inferior á Vos; y solo Vos pudiérais ser mi verdadero gozo, si yo estuviera sujeto y subordinado á Vos, que las cosas inferiores que criásteis, las sujetásteis á mí. Y esté era aquel igual y bien reglado temperamento que yo habia de haber tenido en mis acciones, y la region media que convenia á mi salud, para permanecer como hecho á imagen vuestra; por manera que perseverando en serviros y obedeceros á Vos, dominase yo á mi cuerpo, y él me obedeciese á mí. Pero en castigo del pecado con que me sublevé contra Vos soberbiamente, y os hice guerra, *corriendo contra mi legitimo Señor, escudado solamente de mi orgullo y osadía*; todas las criaturas que me eran inferiores se habian levantado tambien contra mí, y se habian puesto sobre mí, oprimiéndome tan fuerte y pesadamente, que por parte ninguna me permitian algun desahogo, ni tomar aliento. Si abria los ojos no descubria por todas partes sino esas mismas criaturas, que amontonadas y de tropel se entraban por mis ojos; si

me ponía á examinar y pensar lo que había visto, no se me presentaban á la imaginación y al pensamiento sino imágenes corpóreas; y si quería retirarme y apartarme de ellas, se me volvían á poner delante, como si me dijeran: *¿A dónde piensas ir, indigno y súcio?*

Estos sentimientos provenían de mis llagas, con las cuales Vos quisisteis *humillar al soberbio, poniéndole* como á un hombre todo llagado: creciendo la hinchazón de mi soberbia, me separaba de Vos: y llegó la inflamación á apoderarse tanto de mi rostro, que ya me tenía con los ojos cerrados.

CAPÍTULO VIII.

Como la divina Misericordia socorrió entre estas ansias á Agustín.

12. Pero aunque Vos, Señor, eternamente permanecéis, vuestro enojo no permanece eternamente contra nosotros; pues tuvisteis compasión de mí, que soy tierra y ceniza, y fue del agrado vuestro el reformar mis deformidades; y así con interiores estí-

mulos me inquietábais, para que no sego- se hasta tener conocimiento de Vos, por medio de la vista de mi alma. Se iba disminuyendo mi hinchazón, con el medicamento que ocultamente me aplicaba vuestra divina mano: y la turbada y oscurecida vista de mi alma se iba aclarando y sanando de día en día con el fuerte colirio de los saludables dolores que interiormente pasaba.

CAPÍTULO IX.

Como en los libros platónicos halló Agustín establecida la divinidad del Verbo eterno; pero no halló cosa alguna de lo perteneciente á su encarnación.

13. Primeramente queriendo Vos hacerme conocer cuánto resistís á los soberbios, y cuán segura tienen vuestra gracia los humildes, y con cuánta misericordia mostrásteis á los hombres el camino de la humildad, pues se hizo hombre vuestro divino Verbo y habitó entre los hombres: dispusisteis que por medio de un hombre lleno de una soberbia intolerable, viniesen á mis manos ⁴ unos libros de

me ponía á examinar y pensar lo que habia visto, no se me presentaban á la imaginacion y al pensamiento sino imágenes corpóreas; y si queria retirarme y apartarme de ellas, se me volvían á poner delante, como si me dijeran: *¿A dónde piensas ir, indigno y súcio?*

Estos sentimientos provenian de mis llagas, con las cuales Vos quisisteis *humillar al soberbio, poniéndole* como á un hombre todo llagado: creciendo la hinchazon de mi soberbia, me separaba de Vos: y llegó la inflamacion á apoderarse tanto de mi rostro, que ya me tenia con los ojos cerrados.

CAPÍTULO VIII.

Como la divina Misericordia socorrió entre estas ansias á Agustin.

12. Pero aunque Vos, Señor, eternamente permanecéis, vuestro enojo no permanece eternamente contra nosotros; pues tuvisteis compasion de mí, que soy tierra y ceniza, y fue del agrado vuestro el reformar mis deformidades; y así con interiores esti-

mulos me inquietábais, para que no sego- se hasta tener conocimiento de Vos, por medio de la vista de mi alma. Se iba disminuyendo mi hinchazon, con el medicamento que ocultamente me aplicaba vuestra divina mano: y la turbada y oscurecida vista de mi alma se iba aclarando y sanando de dia en dia con el fuerte colirio de los saludables dolores que interiormente pasaba.

CAPÍTULO IX.

Como en los libros platónicos halló Agustin establecida la divinidad del Verbo eterno; pero no halló cosa alguna de lo perteneciente á su encarnacion.

13. Primeramente queriendo Vos hacerme conocer cuánto resistís á los soberbios, y cuán segura tienen vuestra gracia los humildes, y con cuánta misericordia mostrásteis á los hombres el camino de la humildad, pues se hizo hombre vuestro divino Verbo y habitó entre los hombres: dispusisteis que por medio de un hombre lleno de una soberbia intolerable, viniesen á mis manos ⁴ unos libros de

los Platónicos, traducidos de la lengua griega á la latina.

En estos libros hallé (no con las mismas palabras con que yo lo refiero, pero sí las mismas cosas y sentencias puntualísimamente) apoyado con muchas pruebas, y gran multitud de razones, que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo: Este estaba desde el principio con Dios: Que todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo: Lo que se hizo en él es vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Que aunque el alma del hombre dé testimonio de la luz, no obstante ella misma no es la luz: sino que el Verbo de Dios, que es Dios, es la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Y que él estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Pero que él vino á los suyos, y los suyos no le recibieron, y que á todos los que creyendo en su nombre le recibieron, les concedió la potestad de hacerse hijos de Dios; esto no lo leí ni encontré en aquellos libros.

Leí tambien allí, que *Dios Verbo no nació*

de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de voluntad de la carne, sino que nació de Dios. Pero que el Verbo se hizo carne, y que habitó entre nosotros, no lo leí allí.

Hallé tambien esparcido por aquellos libros, dicho de varios modos y repetidas veces, que *teniendo el Hijo la misma forma del Padre, nada le usurpa en juzgarse igual á Dios, porque naturalmente lo es. Pero que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo hecho semejante á los hombres, y fue reputado y tenido por hombre: que se humilló á sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y que por todo esto Dios le resucitó de entre los muertos, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillen todas las criaturas en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto no se contenia en aquellos libros.*

Tambien se dice allí, que antes de todos los tiempos, y sobre todos los tiempos es y permanece incommutablemente vuestro uni-

génito Hijo coeterno á Vos ; y que de su plenitud reciben las almas lo que las hace bienaventuradas, y tambien que participando de aquella infinita sabiduría que en sí misma es permanente y eterna, se renuevan ellas y se hacen sábias. Mas que padeció el muerte temporal por los pecadores, y que no perdonásteis á vuestro Hijo único, sino que le entregásteis á la muerte por todos nosotros, no se refiere allí. Porque estos misterios de la humildad de Jesucristo los escondisteis y ocultásteis á los sábios, y los revelásteis y descubristeis á los pequeñuelos : para que los que padecen trabajos, y se ven agobiados con pesadas cargas, vengan á buscar á Jesús, y él los alivie y conforte, porque es manso y humilde de corazón. Así á los que imitan su blandura y mansedumbre, los guía á la justicia y santidad, y los enseña á seguir los caminos que él anduvo : y viendo con ojos compasivos nuestra humildad, nuestros trabajos y fatigas, nos perdona todos nuestros pecados. Pero aquellos que soberbios y engreidos por parecerles que poseen la mas sublime doctrina, no atienden al Maestro que les dice : *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontra-*

réis descanso para vuestras almas ; aunque conocen á Dios, no le glorifican como corresponde á Dios, ni le dan gracias ; sino que se desvanecen con sus propios pensamientos, y su necio corazón se cubre de tinieblas ; por manera que diciendo ellos que son sábios, se hacen conocidamente fatuos.

15. Encontré allí tambien, que la gloria debida solamente á Dios incorruptible, estaba trasladada y atribuida á los ídolos y vanos simulacros, hechos á semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes. Esto era puntualmente apetecer aquel manjar de Egipto, por el cual dejó y perdió Esaú su mayorazgo : es decir, que aquel pueblo que habíais escogido y privilegiado como á primogénito, teniendo su corazón y voluntad puestos en las cosas de Egipto, honró en lugar de Vos, y dió adoracion y culto á la cabeza de un animal cuadrúpedo, abatiendo su alma, que es imagen vuestra, delante de la imagen y figura de un becerro que se apacienta de yerba.

Este manjar ² de idolatría hallé en aquellos libros, pero no quise alimentarme de él. Porque Vos, Señor, fuísteis servido de qui-

tar el oprobio de Jacob, haciendo que el hermano que era mayor sirviese al menor; y tambien llamásteis á los gentiles, para que fuesen vuestro pueblo y heredad, como antes los judíos. Y como yo era de los gentiles que Vos habíais llamado y habian venido al conocimiento vuestro, en aquella leyenda no hice mas que coger ³ el oro que Vos mandásteis á vuestro pueblo quitar á los de Egipto; porque aquel oro en cualquiera parte que estuviera, siempre era vuestro. Que tambien dijisteis á los atenienses por boca de vuestro Apóstol, *que en Vos vivimos, nos movemos y existimos; como ya lo habían dicho antes algunos de sus sabios*: y los libros de que hablo tambien eran de allí ⁴. Pero al leerlos yo, no hice caso, ni puse mi atencion en los ídolos de los egipcios, á cuyo culto hacian servir aquellos autores el oro que es tan vuestro, dando á la mentira de un simulacro la adoracion debida al Dios verdadero, y adorando y sirviendo á la criatura en lugar del Criador.

⁴ Eran de allí, esto es, de la Grecia.

NOTAS.

¹ Estos libros vinieron á sus manos en el año 385, de los cuales dice despues que estaban traducidos por Victorino, célebre profesor de Roma. En otra parte dice que estos libros le trocaron enteramente; y que eran como preciosos bálsamos de la Arabia, de los cuales cayendo algunas gotas sobre las centellas que tenia él en el corazon, acabaron de encenderle y abrasarle.

Antepuso san Agustin los Platónicos á los demás filósofos, porque disputando de la santísima Trinidad, y especialmente del Verbo divino, no se apartaron mucho de la verdad cristiana, como el Santo dice en el libro 10 de la Ciudad de Dios, cap. 1 y 19; añadiendo, que mudando solamente algunas cosas, fácilmente se podian concordar con las verdades cristianas.

² Con esta alegoría explica la doctrina de los Platónicos acerca de la multitud de dioses, en lo cual, como Esaú, vendieron y perdieron la primogenitura ó primacía de la sabiduría, imitando á los israelitas, que dieron adoracion á un becerro. Pues este manjar es el que dice que no quiso comerle, sino que lo desechó. Véase el libro 8 de la Ciudad de Dios, capítulo 12 y 13, y en el libro 10 el cap. 1.

³ Quiere decir que se dedicó á coger de los libros de los filósofos lo que tenian de bueno y provechoso para convencer su espíritu, y hacer que adelantase mas y mas en el conocimiento de Dios y de la verdad.



CAPÍTULO X.

Como las verdades divinas se le iban ya descubriendo mas claramente.

16. Todo esto sirvió de amonestarme que volviese hácia mi mis reflexiones y pensamientos, y guiándome Vos, entré hasta lo mas íntimo de mi alma : y pude hacerlo así porque Vos os dignásteis darme auxilio y favor. Entré, y con los ojos de mi alma (tales cuales son) ví sobre mi entendimiento y sobre mi alma misma una luz inmutable ; no esta vulgar y visible á todos los ojos corporales, ni semejante á ella, ó que siendo de su misma especie y naturaleza, se distinguiese en ser mayor : como sucederia si esta luz corporal fuese aumentando mas y mas su claridad y resplandor, y extendiéndose tanto, que ocupase con su grandeza el universo. No era así aquella luz ni de este género, sino otra cosa muy distinta, y superior infinitamente á todo lo que vemos. Ni tampoco estaba sobre mi entendimiento, al modo que el aceite está sobre el agua, ó el cielo sobre

la tierra ; sino que estaba superior á mí, como el Criador respecto de sus criaturas, porque ella misma es la que me crió ; y yo estaba debajo, como que soy hechura suya. El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz ; y el que la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.

¡Oh eterna Verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad ! Vos sois, Dios mio, por quien de día y de noche suspiro. Desde el primer momento en que os conocí, me elevásteis á que conociese con vuestra luz, que habia infinito que ver, y que yo todavía no estaba capaz de verlo. Y fueron tan clarísimos y activos los rayos de la luz con que iluminásteis mi alma, que deslumbrada la flaqueza de mi vista, no pudo resistir la vehemencia de luz tan excesiva : todo me estremeceí de amor y espanto ; hallé que estaba yo muy léjos de Vos, y muy desemejante, y como que oia vuestra voz allá desde lo alto que me decia : *Yo soy manjar de los que son ya grandes y robustos ; crece, y entonces te serviré de alimento. Pero no me mudarás en tu sustancia propia, como le sucede al manjar de que se alimenta tu cuerpo ; sino al contrario,*

tú te mudarás en mí. Entonces eché de ver que para mi enseñanza y en pena de mi maldad, hablais dejado que mi alma se disipase y consumiese inútilmente como la araña: y hablando conmigo mismo dije: ¿juzgarás ya por ventura que la verdad es nada, y que no tiene existencia porque no está esparcida ni se difunde por lugares y espacios finitos ni infinitos? Y Vos, Señor, como desde muy léjos disteis una voz diciendo: Antes bien al contrario: *Yo soy el que existo.* Habiendo oído esto, como se suelen oír en el alma las hablas interiores, quedé certificado sin tener de qué dudar; de modo, que primero dudaría si yo estaba vivo, que dudase de la existencia de aquella verdad, que se ve y conoce por las criaturas.

CAPÍTULO XI.

Como las criaturas en cierto modo son y no son.

17. Y mirando todas las demás cosas que están debajo de Vos, ví que absolutamente no se pudiera afirmar, ni que de todo punto tenían ser, ni que de todo punto dejaban de

tenerle. Que tienen ser verdadero, porque Vos las habeis criado; que no le tienen, porque no tienen el ser que teneis Vos; y solo existe y tiene ser verdaderamente, lo que siempre permanece incommutable. Así mi bien consiste en estar unido con mi Dios; pues si en él no permanezco, menos podré permanecer en mí mismo. Pero Dios da nuevo ser á todas las cosas, permaneciendo él mismo sin novedad alguna: y como no tiene necesidad de mí ni de mis bienes, le reconozco por mi Señor y mi Dios.

CAPÍTULO XII.

Que todas las cosas que son ó existen, son buenas.

18. También me hicísteis conocer, Señor, que todas las cosas que se corrompen son buenas; porque no pudieran corromperse, si no tuvieran alguna bondad; ni tampoco pudieran, si su bondad fuera suma: pues si fueran sumamente buenas, serian incorruptibles; y si no tuvieran alguna bondad, no hubiera en ellas cosa alguna que se pudiera corromper.

Porque es ciertísimo que la corrupcion causa algun daño; y si no disminuyera algun bien, no le causaria. Luego ó se ha de decir que la corrupcion no causa daño alguno, lo cual es falso é imposible; ó se ha de confesar que todas las cosas que se corrompen, se privan de algun bien con la corrupcion, lo cual es ciertísimo y evidente.

Y si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarían de ser; porque si todavía existieran sin bondad alguna, quedarían incapaces de ser corrompidas, y por consiguiente mucho mejores que antes, pues permanecerían incorruptibles. Y ¿qué desatino mas monstruoso se puede imaginar que el decir que perdiendo aquellas cosas toda la bondad que tenían, se habían hecho mejores de lo que antes eran? Con qué es evidente, que si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarían de ser: luego mientras que tienen ser, tienen alguna bondad; y así es cierto que todas las cosas que son, son buenas. Lo cual prueba convincentemente que el mal, cuyo principio andaba yo buscando, no es alguna sustancia; porque si lo fuera, algun bien sería.

Pues ó había de ser una sustancia incorruptible, y esto era un bien muy grande, ó sustancia corruptible, la cual, si no tuviera alguna bondad, no pudiera corromperse.

Así llegué á conocer claramente, y Vos me lo manifestásteis, que todas las cosas que Vos hicisteis son buenas; y que no hay sustancia alguna en todo el mundo que Vos no la hayais criado. Y por lo mismo que no hicisteis todas las criaturas iguales en bondad, por eso mismo son todas, y tienen su propio y distinto ser: cada una de por sí tiene su particular bondad, y miradas todas juntas, son muy buenas; porque nuestro Dios y Señor hizo todas las cosas, no buenas solamente, sino en grado superlativo *muy buenas*.

CAPÍTULO XIII.

Como todas las criaturas dan alabanzas á Dios.

19. Por tanto, Dios mio, no es posible algun mal que os perjudique á Vos, ni os haga el mas leve daño; ni tampoco hay mal alguno que lo sea respecto de todo el universo: porque fuera de él no hay cosa algu-

na que pueda introducirse á perturbarle, ó á destruir el órden que Vos habeis determinado y establecido en él. Es verdad que algunas de sus partes no son convenientes á algunas otras, y por eso se tienen por malas y nocivas; pero esas mismas son convenientes y provechosas á otras, y son verdaderamente buenas en sí mismas. Todas las criaturas que entre sí son opuestas y desconvenientes, convienen mucho á la parte inferior del universo, que llamamos tierra: la cual tiene también su cielo oscurecido con nubes, y alborotado con vientos, y es lo que ha menester y le conviene.

Bien léjos me hallaba yo de decir como antes: mejor sería que no hubiese estas cosas; porque aun dado caso que solo viese en el mundo estas criaturas disconvenientes entre sí y contrarias, desearia sí que las hubiese mejores, pero aun por solas aquellas debería en tal caso daros alabanzas; porque claramente muestran que mereceis ser alabado: *hasta los dragones y serpientes de la tierra, y todos los abismos y profundidades del agua: el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y los aires tempestuosos, que no hacen mas que*

obedecer vuestro mandato: los montes y todos los collados, los árboles fructíferos y todos los cedros: los animales feroces y las reses mansas: los que andan arrastrando por la tierra y los que vuelan por el aire: los reyes de la tierra y todos los pueblos, los principes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y vírgenes, y los ancianos juntamente con los de poca edad, alaban y bendicen vuestro nombre.

Al ver que no solamente os alaban todas estas criaturas terrenas, sino también las del cielo; pues se ocupan en alabaros desde las alturas todos vuestros Ángeles, todas las Virgines, el sol y la luna, todas las estrellas y la luz, los cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos, todos, todos alaban vuestro nombre; ya no deseaba que hubiese otras mejores criaturas, porque las contemplaba todas de una vez: y aunque juzgaba con mas prudente juicio, que las cosas superiores tenían mayor bondad que las inferiores; pero también conocia que juntas ellas todas eran mejores que las superiores solas.

CAPÍTULO XIV.

Que al hombre cuerdo ninguna cosa desagrada de cuantas Dios ha criado.

20. No están en su sano juicio los que se desagrada de alguna de vuestras criaturas, como yo no lo estaba cuando no me gustaban muchas de las cosas que Vos habeis criado. Y porque mi alma no se atrevia á descontentarse de Vos, Dios mio, no queria reconocer por obra vuestra la que me desagrada. De aquí provino el seguir la sentencia de las dos sustancias; pero no se aquietaba mi alma con aquel sistema, y hablaba cosas extrañas. Y retirándose de él, llegó mi alma á formar allá á su modo un dios, que se extendia por infinitos espacios, y ocupaba todos los lugares: y juzgaba que Vos érais este dios, al cual habia colocado en su corazon: así es como ella se habia hecho segunda vez templo abominable á Vos de aquel ídolo suyo. Pero despues que Vos curásteis mis delirios é ignorancias, y me hicisteis cerrar los ojos de mi entendimiento, para que no mirase ni aten-

diese á las quimeras vanas que interiormente veia, cesé algun tiempo de imaginar fantásticas ideas, y se adormeció aquella mi locura. Al fin desperté para pensar en Vos, y ví que verdaderamente sois infinito, pero muy de otra suerte que yo me lo habia figurado: esta vista ó conocimiento no pertenecia á los ojos corporales.

CAPÍTULO XV.

Del modo con que se halla en las criaturas ya la verdad, ya la falsedad.

21. De aquí pasé á considerar las criaturas, y ví que todas os debian á Vos el ser que tienen, y que en Vos, que sois infinito, están todas las cosas finitas y limitadas, pero no con aquel modo de limitacion que tienen ocupando lugar; sino en cuanto Vos conteneis todas las cosas con la mano de vuestra eterna verdad; y todas participan de ella y son verdaderas, en cuanto existen y tienen ser; ni consiste en otra cosa la falsedad, sino en juzgar que tiene ser aquello que no le tiene. Tambien ví que todas las cosas no sola-

mente estaban colocadas en sus propios y convenientes lugares, sino tambien en los tiempos que á todas respectivamente les correspondian. Y finalmente advertí que Vos, Señor, que solo sois el eterno, no comenzásteis la obra de vuestra creacion, despues de pasados innumerables espacios de tiempos; porque antes bien, todos los tiempos que han pasado y los que pasarán, ni hubieran podido pasar, ni hubieran podido venir, si Vos no hubiérais hecho que llegaran y pasaran permaneciendo Vos eternamente.

CAPÍTULO XVI.

Que todas las criaturas son buenas; aunque algunas no son convenientes y acomodadas á otras.

22. Despues conocí claramente, y experimenté tambien, que no debia extrañarse que á un paladar enfermo le sea áspero y penoso el pan, que es delicioso y suave al que está sano; á la par que la luz, que á los ojos enfermos es aborrecible, á los sanos es amable. Tambien vuestra justicia es un atributo

que desagrada á los inícuos y malos; y asi no es mucho que les desagraden la vibora y el gusano que Vos criásteis buenos, y son útiles y convenientes á esta parte inferior del universo: á la cual convienen y pertenecen juntamente los mismos inícuos y pecadores, cuanto mas se alejan de vuestra semejanza; al paso que tanto mas pertenecen y se adaptan á la superior clase de vuestras criaturas, cuanto mas semejantes se hicieren á Vos.

Busqué tambien entonces qué cosa era la maldad; y no hallé que fuese sustancia alguna, sino un desórden de la voluntad, que se aparta de la sustancia suma que sois Vos, Dios mio, y se ladea y une á las criaturas inferiores; que desecha y arroja todos sus bienes interiores, y se muestra en lo exterior soberbia y orgullosa.

CAPÍTULO XVII.

De las cosas que nos impiden el conocer á Dios.

23. Yo mismo me admiraba de que tan pronto hubiese podido amaros, en lugar de aquel fantasma que amaba antes teniéndole

por Dios. Y no me detenía á gozar de aquel dios obra mia, sino que era arrebatado á Vos con el poderoso atractivo de vuestra hermosura; pero luego era apartado de Vos por el peso y gravedad de mi miseria, y venía á caer gimiendo en estas cosas terrenas: este peso que así me precipitaba, no era otra cosa sino la costumbre de seguir la carne y sangre. No obstante os tenía presente en mi memoria sin dudar de modo alguno que había y existía un sumo Bien, con quien debía unirme y estrecharme, al mismo tiempo que conocía que aun no estaba capaz de conseguirlo: porque este cuerpo corruptible comunica en cierto modo su pesadez al alma, *por cuanto esta habitacion terrena en que ella vive y obra, oprime y abate hácia lo terreno la potencia intelectual, ocupándola con grande variedad de pensamientos.* Estaba ciertísimo de que vuestras perfecciones y atributos invisibles desde el principio del mundo se descubren y manifiestan al entendimiento humano por medio de estas criaturas visibles que habéis hecho, por las cuales hasta se descubre vuestra sempiterna virtud y omnipotencia, y vuestra divinidad.

Porque indagando cuál era el principio y

causa de que yo aprobase la hermosura de los cuerpos, ya sean los celestiales, ya los terrenos; y cuál era la regla por donde me guiaba, cuando hacia un juicio recto y cabal de las cosas mudables, y decía: *Esto está como debe ser, aquello no lo está*: indagando, pues, cuál era la regla que me guiaba para formar aquel juicio, cuando juzgaba de aquel modo tan cabal y recto; hallé que el principio de juzgar con aquel acierto era la inmutable y verdadera eternidad de la Verdad que estaba sobre mi mente mudable.

Fuí subiendo de grado en grado desde la consideracion de los cuerpos á la del alma, que siento mediante el cuerpo: y desde esta á su potencia ó facultad interior, á la cual los sentidos corporales avisan y participan las cosas exteriores, y todas aquellas percepciones hasta donde pueden llegar los irracionales: desde aquí fuí subiendo todavía á la facultad ó potencia intelectual, á la cual se presenta lo que han suministrado los sentidos corporales, para que haga juicio de ello. Esta hallándose tambien mudable en mí, se levantó algo mas para entender del modo que le es propio: apartó su pensamiento del modo

con que acostumbra entender las demás cosas, desviándose de la multitud de fantasmas que se le oponian y estorbaban, para llegar á saber qué luz era la que la alumbraba, cuando con toda certeza, y sin quedarle la menor duda, decia y vociferaba que el bien inmutable se debe anteponer á todo lo mutable. Y ¿de dónde le venia la idea que tenia del mismo Ser inmutable? pues si de algun modo no le conociera, absolutamente seria imposible que con tanta certidumbre le antepusiese á todo lo mutable. Llegó hasta lo que por sí mismo tiene ser; pero tan repentina y pasajera, como lo que se ve en un solo abrir y cerrar de ojos.

Entonces por medio de las cosas visibles que Vos habeis criado, ví con mi entendimiento vuestras perfecciones invisibles; pero no pude fijar en ellas mi atencion; antes bien deslumbrada la flaqueza de mi vista, y vuelto á mis acostumbrados modos de conocer y pensar, no llevaba conmigo sino la memoria enamorada de lo que habia descubierto, y deseosa de aquel manjar delicioso, cuya fragancia habia percibido, pero que todavía no podia poseerle ni gustarle.

CAPITULO XVIII.

Que solamente Cristo Señor nuestro es el camino que guia á la salud eterna.

24. Buscaba entonces el camino de adquirir aquella robustez que es necesaria para gozar de Vos, y no podia hallarle, hasta que me abrazase con *Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, ensalzado sobre todas las criaturas, y verdadero Dios, bendito y alabado por todos los siglos*, el cual me estaba llamando y diciendo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Él es quien envolvió en carne aquel manjar, que por falta de fuerzas no podia yo comer: porque el Verbo eterno se hizo carne para que vuestra increada sabiduría con que criásteis todas las cosas, pudiese ser alimento suavísimo, y proporcionado á nuestra pequeñez é infancia. Pero como yo no era humilde, no me abrazaba con mi Señor Jesucristo que se habia humillado tanto; ni sabia yo qué virtud nos enseñaba, vistiéndose de nuestra flaca y débil naturaleza.

Porque vuestro divino Verbo y verdad eterna, siendo infinitamente superior á la mas noble porcion de vuestras criaturas, levanta hasta sí mismo á los que se le humillan y sujetan; y acá abajo en la inferior porcion del universo se dignó edificar para sí mismo una humilde casa de nuestro propio barro; para enseñar con el ejemplo de tan profundísima humildad, que depusiesen su orgullo los que habian de ser sus súbditos y siervos, y que á fuer de humildes habia de trasladarlos y ensalzarlos hasta sí mismo. Sanando en ellos la hinchazon de su soberbia, les inspiró su amor y caridad, para que la necia confianza en sí mismos no los apartase y llevase cada vez mas léjos; antes bien reconociesen su bajeza, viendo á sus piés humillada la Divinidad, por haber participado del traje tosco de nuestra naturaleza; para que en sus apuros y trabajos se arrojasen á los piés de su Majestad humanada; que al exaltarse gloriosa, los levantará del polvo de la tierra á la mayor altura.

CAPÍTULO XIX.

De lo que sentia Agustin acerca de la encarnacion de Cristo Señor nuestro.

25. No pensaba yo entoncees estas cosas, sino otras muy distintas; y así de Jesucristo mi Salvador habia formado el gran concepto que correspondia á un hombre de sabiduría tan excelente y superior, que ninguno se le pudiese igualar; y principalmente me parecia que por haber nacido maravillosamente de una madre virgen, para enseñarnos con su ejemplo á despreciar los bienes temporales por conseguir los inmortales y eternos, cuidando tan extraordinaria y divinamente de nosotros, por eso habia merecido tan grande autoridad en todo el mundo su enseñanza y magisterio. Por lo demás, ni siquiera llegaba á sospechar que hubiese algun misterio en aquellas palabras: *El Verbo se hizo carne*. Solamente por las cosas que de su vida andaban escritas, esto es, que habia comido y bebido, dormido y paseado, que se habia alegrado, entristecido y predicado, sacaba

yo que no se habia unido al Verbo la carne sola, sino juntamente con el alma y entendimiento humano. Esto lo conoce cualquiera que sabe la inmutabilidad de vuestro divino Verbo, como yo lo sabia entonces quanto me era posible, ni tenia acerca de esto la duda mas leve. Porque mover unas veces voluntariamente los miembros corporales, y otras no moverlos; querer al presente una cosa, y luego no quererla; proferir unas veces sentencias maravillosas, y otras guardar mucho silencio; son cosas estas propias de un alma y entendimiento mudables. Pues si todo esto se hubiera escrito falsamente del Verbo encarnado, todas las demás cosas se pudiera sospechar tambien que no eran verdaderas, y no quedaria cosa alguna digna de fe en todo el Evangelio, que es donde estriba la salud del género humano.

Pero como no se puede dudar que es cierto todo lo que allí está escrito, reconocia yo y confesaba en Cristo todo aquello de que consta un hombre verdadero; esto es, no solamente el cuerpo humano, ó cuerpo y alma sin la parte intelectiva, sino uno y otro, y todo lo que es el hombre; mas juzgaba yo

que ese mismo hombre, solamente por cierta grande y singular excelencia con que estaba en él la naturaleza humana, y por su mayor y mas perfecta participacion de sabiduria, era preferido á todos los demás hombres, no por estar en él personalmente la Verdad eterna.

Al contrario juzgaba Alipio, que los Católicos creian haberse Dios vestido de nuestra carne de tal modo, que además de la divinidad y de la carne, no hubiese en Cristo alma, ni tampoco entendimiento humano. Y porque estaba convencido de que aquellas acciones que se refieren de Cristo, no podian ejecutarse sino por alguna criatura viviente y racional, se detenia en abrazar la religion cristiana. Mas sabiendo despues que esta doctrina que él juzgaba ser de los Católicos, era el error de los herejes sectarios de Apolinar¹, se alegró y conformó con la creencia y fe católica.

Pero yo confieso, que hasta despues de pasado algun tiempo, no supe la diferencia que hay entre la verdad católica y la falsedad de Folino² acerca de la Encarnacion de Cristo, y de haberse tomado carne humana

con el Verbo divino. Porque el desaprobar la doctrina de los herejes hace que resplandezca y sobresalga lo que enseña vuestra Iglesia, y se sepa lo que es sana doctrina. *Así es que conviene que haya herejías, para que se descubran los probados y escogidos, entre los que son flacos y vacilantes en la fe.*

NOTAS.

¹ Obispo que fue de Laodicea en Siria, y se apartó de la Iglesia por los años de 376; contra cuyos errores escribieron casi todos los santos Padres griegos y latinos de su tiempo. Enseñó que el Verbo tomó un cuerpo sin alma.

² Era obispo de Sirmio en el Ilirico; y por los años 345 renovó la herejía de Sabelio y Paulo Samosateno, enseñando que Cristo era hombre puramente, y no Dios.

CAPÍTULO XX.

Como el haber manejado los libros platónicos le hizo á la verdad mas instruido, pero tambien mas soberbio.

26. Habia antes leído aquellos libros de los Platónicos, y excitado despues con su

leyenda á buscar la verdad incorpórea, *llequé á descubrir y ver con el entendimiento vuestras perfecciones invisibles, por medio de estas obras que habiais hecho en el mundo.* Deslumbrado y rebalido mi entendimiento con tan excesivo resplandor, conocí claramente que por las tinieblas que padecia mi alma, no se me permitia contemplar luz tan divina; la cual sin embargo me dejó cerciorado y convencido de vuestra existencia, y de que vuestro ser es infinito, sin que por eso esteis como extendido y derramado localmente por espacios finitos ni infinitos. Tambien quedé certificado de que Vos sois el que verdaderamente existe y tiene un ser verdadero, porque *siempre sois el mismo*, sin que por parte ni afeccion alguna tengais variedad, alteracion ó mudanza; y que todas las demás cosas han dimanado y procedido de Vos, constando esto ciertísimamente por solo el documento irrefragable y firmísimo de que tienen ser.

Acerca de todas estas cosas estaba yo muy cierto, pero flaco y sin fuerzas para gozar de Vos. Hablaba mucho de ellas como si estuviera muy instruido; siendo así que si no bus-

cara en Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, el camino que nos guía y lleva á Vos, no sería yo instruido, sino destruido. Ello es que ya habia comenzado á desear que me tuviesen por sábio, lleno de la ignorancia que es castigo de la culpa; y en lugar de llorar mi ignorancia, me desvanecía y ensoberbecia con mi afectada ciencia. Porque ¿á dónde estaba entonces *la caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Jesucristo?* ¿Ó cuándo aquellos libros me la hubieran enseñado?

Yo me persuado que Vos quisisteis que leyese aquellos libros antes de las sagradas Escrituras, para que siempre me acordase de los afectos y disposiciones que habian causado en mi alma: y cuando despues con la leyenda de vuestros Libros santos se amansase, y humillase mi altanería y orgullo, y mis llagas se dejasen manosear de vuestros dedos, que me las iban curando, supiese hacer diferencia y distinguir entre la presuncion de filósofo, y la confesion humilde de cristiano; y entre la ciencia de los filósofos que ven y enseñan el fin á donde debemos caminar, pero no ven ni enseñan el camino, y la que nos muestra

este camino que nos guía y lleva á la patria bienaventurada, no solamente hasta llegar á verla, sino tambien á habitarla. Pues si primeramente me hubiera instruido en vuestras santas Escrituras, y con su frecuente leyenda me hubiérais hecho participante de vuestra dulzura, y despues hubieran venido á mis manos aquellos libros; puede ser que me hubiesen apartado de los principios y sólidos cimientos de la piedad; ó si perseveraba firmemente en el piadoso afecto que vuestros libros me hubiesen inspirado, acaso juzgara que si alguno leyera solamente aquellos, pudieran tambien haber producido en él igual efecto.

CAPÍTULO XXI.

De lo que halló en los Libros sagrados, que no lo halló en los platónicos.

27. Así tomé en mis manos con vivísimas ansias las santas y venerables Escrituras dictadas por vuestro divino Espíritu, y principalmente las cartas de san Pablo; y luego al punto se desvanecieron mis dudas

cara en Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, el camino que nos guía y lleva á Vos, no sería yo instruido, sino destruido. Ello es que ya habia comenzado á desear que me tuviesen por sábio, lleno de la ignorancia que es castigo de la culpa; y en lugar de llorar mi ignorancia, me desvanecía y ensoberbecia con mi afectada ciencia. Porque ¿á dónde estaba entonces *la caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Jesucristo?* ¿Ó cuándo aquellos libros me la hubieran enseñado?

Yo me persuado que Vos quisisteis que leyese aquellos libros antes de las sagradas Escrituras, para que siempre me acordase de los afectos y disposiciones que habian causado en mi alma: y cuando despues con la leyenda de vuestros Libros santos se amansase, y humillase mi altanería y orgullo, y mis llagas se dejasen manosear de vuestros dedos, que me las iban curando, supiese hacer diferencia y distinguir entre la presuncion de filósofo, y la confesion humilde de cristiano; y entre la ciencia de los filósofos que ven y enseñan el fin á donde debemos caminar, pero no ven ni enseñan el camino, y la que nos muestra

este camino que nos guía y lleva á la patria bienaventurada, no solamente hasta llegar á verla, sino tambien á habitarla. Pues si primeramente me hubiera instruido en vuestras santas Escrituras, y con su frecuente leyenda me hubiérais hecho participante de vuestra dulzura, y despues hubieran venido á mis manos aquellos libros; puede ser que me hubiesen apartado de los principios y sólidos cimientos de la piedad; ó si perseveraba firmemente en el piadoso afecto que vuestros libros me hubiesen inspirado, acaso juzgara que si alguno leyera solamente aquellos, pudieran tambien haber producido en él igual efecto.

CAPÍTULO XXI.

De lo que halló en los Libros sagrados, que no lo halló en los platónicos.

27. Así tomé en mis manos con vivísimas ansias las santas y venerables Escrituras dictadas por vuestro divino Espíritu, y principalmente las cartas de san Pablo; y luego al punto se desvanecieron mis dudas

y dificultades sobre la doctrina del Apóstol, la que antes me habia parecido contradecirse en algunos parajes, y que no concordaba con los textos de la ley y de los Profetas. Entonces conocí, que en todo el cuerpo de los Libros santos era uno mismo el espíritu; y esto me enseñó á leerlos con alegría mezclada de temor y de respeto. Al punto conocí que todas las verdades que yo habia leído en otros libros se contenian en los vuestros y se comprendian con el auxilio de vuestra gracia; para que el que alcanza á descubrirlas, no se glorie de haberlas por sí mismo alcanzado, ignorando que á la gracia que recibiera debe, no solamente lo que ve y descubre, sino tambien el que descubra y vea: pues como dice san Pablo, *¿qué tiene el hombre que no lo haya recibido?* Y tambien para que sea amonestado y enseñado el hombre, no solo á poner su atencion en Vos que sois el mismo siempre, sino tambien á ser curado de sus llagas y llegar á poseeros.

Y el que por hallarse muy distante de Vos no puede alcanzar á veros, ande y camine la senda que conduce y guia á Vos, hasta que llegue, vea, y os posea; pues aunque inte-

riormente se deleite el hombre con la ley de Dios, ¿cómo podrá resistirse á la otra ley de su cuerpo, que se opone y contradice á la de su espíritu, y le tiene cautivo en la del pecado, la cual reside en los miembros de su mismo cuerpo? Esto mismo, Señor, nos hace ver que sois justo: porque nosotros hemos pecado, hemos obrado mal y procedido inicualemente; y por eso la mano de vuestra justicia está sobre nosotros tan gravosa, y justamente nos ha entregado á las instigaciones del primer pecador entre todas las criaturas y principal autor de la muerte, quien persuadió á la voluntad humana que imitase su rebeldía, con que se separó de su verdad eterna.

Mas entonces ¿qué ha de hacer el hombre en tan miserable estado? *¿Quién le libertará del cuerpo de esta muerte, sino vuestra gracia, por los méritos de Jesucristo Señor nuestro, á quien engendrásteis coeterno á Vos, y en cuanto hombre le criásteis en tiempo, y en el principio de vuestros caminos, en el cual no halló el principe de este mundo cosa digna de muerte, y no obstante le quitó la vida; con cuyo enorme atentado se anuló y canceló la*

sentencia y escritura que á todos nos era contraria?

Nada de esto contenian aquellos libros platónicos. No se hallan en aquellas páginas expresiones de piedad, como lágrimas de compuncion, sacrificio vuestro que consta de un espíritu abatido, corazón contrito y humillado, la salvacion de vuestro pueblo, la Iglesia vuestra esposa, la celestial ciudad de Dios, las arras del Espíritu Santo, y el cáliz de nuestra redención.

No se halla en aquellos libros el canto del Salmista cuando dice: *¿No será justo que mi alma sirva y obedezca á Dios, pues de su divina mano ha de venir mi salud? Él es mi Dios y mi Salvador, es mi apoyo firme, de quien cosa ninguna me apartará eternamente.* Tampoco se oye allí la voz de Jesucristo que nos llama y dice: *Venid á mí los que padecis trabajos, porque se desdeñan de aprender de él, que es manso y humilde de corazón.* Porque esta es una doctrina misteriosa que Vos habeis escondido á los sábios y prudentes del mundo, y la revelásteis á los humildes y pequenuelos.

Es cosa muy diferente alcanzar á ver la patria de la paz desde la cumbre de un monte, sin descubrir empero el camino que conduce á ella, intentando vanamente llegar allá por extravíos y derrumbaderos, estando cercados por todas partes de los malignos espíritus, que siguiendo al dragon su príncipe, se ocupan en poner asechanzas á los viadores; y otra cosa es el conocer y andar el camino que guia á la misma patria, defendido por el cuidado y providencia del celestial Emperador, para que los rebeldes desertores de la milicia del cielo no hagan en él latrocinios, huyendo de él como de su pena y tormento.

Todas estas cosas se entran á lo íntimo de mi alma con ciertos y varios modos admirables, cuando yo leía á san Pablo, que se llama á sí mismo *el mínimo de vuestros Apóstoles: y considerando lo maravilloso de vuestras obras, quedaba asombrado y como fuera de mí.*

LIBRO VIII.

Desechados todos los errores, encendido con los consejos de Simpliciano, con los ejemplos de Victorino, de Antonio, de los dos magnates y de otros siervos de Dios; despues de una gran contienda y lucha con la concupiscencia, y una dificultosa deliberacion; amonestado con una voz divina, y leidas las palabras de san Pablo en la epistola á los romanos (cap. XIII, 13 y 14) se convirtió todo á Dios, imitándole Alipio, y alegrándose mucho su madre.

CAPÍTULO I.

Determina Agustin ir á verse con Simpliciano, movido del deseo de disponer y arreglar mejor su vida.

1. Justo es, Dios mio, que yo recuerde y confiese las misericordias que habeis usado conmigo, y os muestre en accion de gracias mi reconocimiento. *Penetrados y llenos de*

vuestro amor todos mis huesos, deben clamar diciendo: Señor, ¿quién hay semejante á Vos? Pues rompisteis mis lazos y prisiones, correspondo yo ofreciéndoois sacrificio de alabanza. Voy á referir el modo con que me las rompisteis, para que oyéndolo todos aquellos que os adoran, digan: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra: grande y maravilloso es su nombre.

Todas vuestras palabras se me habian quedado impresas en el corazon, y me hallaba cercado y sitiado de Vos por todas partes. Yo estaba muy cierto de vuestra vida eterna: pues aunque la habia visto *confusamente y como por un espejo*, no me habia quedado duda alguna acerca de la existencia de una sustancia incorruptible, por haber dimanado y procedido de ella todas las demás sustancias; y ya no deseaba estar mas certificado de Vos, sino estar mas firme y constante en Vos. Pero acerca del género de vida que habia de seguir, se me ofrecian mil dudas y dificultades; y conocia que era necesario limpiar primero mi corazon de la antigua levadura que me le tenia acedado y corrompido. Me agradaba el camino que debia seguir, que es el mismo

Salvador ; pero todavía estaba perezoso para entrar y pasar lo que tiene de estrecho ese camino.

Vos, Señor, me inspirásteis entonces el pensamiento (que á mí me pareció bueno y oportuno) de ir á verme con Simpliciano ¹, que le tenia por fiel siervo vuestro, y resplandecia en él vuestra divina gracia. Tambien habia oido decir, que desde su juventud estaba dedicado y consagrado á Vos, y siendo entonces ya anciano, me parecia que en una edad tan larga, que habia empleado en tan buenos ejercicios de vuestra ley, estaria muy práctico, experto y muy instruido en ella ; y verdaderamente era así como yo lo pensaba.

Por eso quería yo que me dirigiese, y despues de comunicarle mis deseos, me manifestase qué modo de vida seria el mas á propósito á quien se hallaba en la disposicion que yo tenia para seguir vuestra ley, observando aquel método que él me señalase.

2. Porque yo veia la iglesia llena de fieles, y que unos iban por un camino, y otros iban por otro ; pero á mí me desagradaba el método y ocupacion que yo seguia en el si-

glo, y era para mí una carga insoportable, despues que cesaron de inflamarme, como solian, mis deseos con la esperanza de adquirir honra y dinero, para tolerar aquella sujecion y servidumbre tan gravosa. Ya no me deleitaba cosa alguna de esas en comparacion *de vuestra dulzura y suavidad, y de la hermosura de vuestra casa que amaba mas que todo esto* ; pero aun me sentia atado fuertemente con el amor á la mujer ; ni el Apóstol me prohibia el casarme, aunque me exhortaba á lo mejor y mas perfecto, queriendo principalmente y deseando que todos los hombres fuesen libres como él lo era. Pero yo, como mas flaco, escogia lo mas blando y suave ; y lo que hacia que me portase en todo lo demás con languidez y me consumiese con molestos cuidados, era solamente el considerar, que la vida conyugal, á la que yo estaba tan inclinado y rendido, tenia anejas muchas cosas que no queria padecerlas ni sufrirlas. Bien sabia yo que la Verdad misma habia dicho por su boca, *que hay hombres que á si mismos se han hecho eunucos para conseguir el reino de los cielos* ; pero añadió tam-

bien que esto lo ejecute el que tuviere fuerzas para ejecutarlo.

Vanos son ciertamente todos aquellos hombres que no tienen conocimiento de Dios, y que de todas estas cosas y criaturas buenas que están viendo, no han podido llegar á conocer al que verdaderamente existe. Pero yo no estaba ya comprendido en el número de aquellos hombres vanos. Ya habia pasado mas adelante de aquella vanidad é ignorancia; y por la contestacion de todas vuestras criaturas, habia hallado que Vos érais nuestro Criador, juntamente con vuestro divino Verbo, por el cual criásteis todas las cosas, el cual eternamente dimanando de Vos es Dios, que con Vos y el Espiritu Santo no hace mas que un solo Dios verdadero.

Hay otra clase de gentes impías y pecadoras, que habiendo conocido á Dios, no le glorifican como á Dios, ni le dan las gracias que le son debidas. Tambien en esta impiedad habia yo caido; pero vuestra diestra me recibió y levantó, y además de sacarme de aquel atolladero, me puso en lugar acomodado y propio para que convaleciese de tan peligrosa caída; porque me hicisteis saber

aquella sentencia en que dijisteis al hombre: *Mira que la piedad es verdadera sabiduría; y tambien aquella otra: No quieras parecer sabio; porque los que dicen que son sabios, ellos mismos se hacen necios.* Por lo cual es cierto que ya habia hallado aquella perla preciosa, que habia de comprarse vendiendo cuanto tuviese, pero aun no me resolvía á ejecutarlo.

NOTA.

San Simpliciano fue enviado por san Dámaso á Milan, para que ayudase á san Ambrosio, recién electo obispo de aquella Iglesia. Era muy sabio, habia hecho muchos viajes para instruirse en varias materias, y no cesaba de leer y de estudiar. San Ambrosio le dedicó varias obras suyas; y le sucedió á san Ambrosio en el obispado, al cual fue promovido en el año 397. Era grande la fama de su virtud y sabiduría, como insinúa aquí san Agustín, y se conoce tambien porque los concilios de África y de Toledo no determinaban cosa alguna de importancia, sin haberla tratado y consultado antes con san Simpliciano. Murió lleno de años y méritos por el mes de mayo del año 400. Toda la religion agustiniana reza de él en el día 13 de agosto.

CAPÍTULO II.

De como Victorino, célebre orador romano, se convirtió á la fe de Jesucristo.

1. Fui, pues, á buscar á Simpliciano, que habia sido padre espiritual de Ambrosio (ya entonces obispo), por quanto en el bautismo le habia conferido vuestra gracia, á quien amaba Ambrosio verdaderamente como á padre. Le hice relacion de mis extravíos, y de los rodeos y errados caminos por donde habia andado. Luego que le dije como habia leído algunos libros de los Platónicos, traducidos al latin por Victorino, que en los años anteriores fue profesor de retórica en la ciudad de Roma, y que segun habia oido murió cristiano; él se alegró mucho, y me dió el parabien de que no hubiese ido á dar con las obras de otros filósofos que están llenas de falsedades y engaños, propios de una ciencia enteramente mundana; pero en estos otros libros á cada paso y de todos modos se insinúa y da á conocer Dios y su divino Verbo.

Despues para exhortarme á la humildad de Cristo, *escondida á los sábios, y revelada á los pequeñuelos*, me propuso el ejemplo de Victorino¹, á quien él habia tratado muy familiarmente cuando estuvo en Roma; y me refirió de él lo que no pasaré en silencio; porque contiene grandes motivos para alabar vuestra divina gracia, como es justo y debido ejecutarlo.

Contóme, pues, como aquel doctísimo anciano, y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que habia leído tantas obras de filósofos, y las habia criticado é ilustrado; que habia sido maestro de tantos nobles senadores; que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma (que es lo mas glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo); que hasta aquella edad tan avanzada habia adorado y venerado los ídolos, y concurrido á celebrar las fiestas y sacrificios sacrilegos, con que casi toda la romana nobleza inspiraba ya entonces y enseñaba á todo el pueblo los mónstruos de todos los dioses egipcios, y entre ellos tambien á Anubis² con figura de

perro, los cuales en alguna ocasion tomaron las armas contra Neptuno, Venus y Minerva, deidades de Roma; y ella suplicaba ahora á aquellos mismos dioses contra quienes habia peleado y á quienes habia vencido; que finalmente por espacio de tantos años habia defendido todas estas idolatrias con su famosa elocuencia; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de vuestro Hijo Jesucristo, y renacer como nuevo infante en la fuente del bautismo, doblando su cuello al yugo de la humildad evangelica, y sujetándose á llevar en su frente la señal de la cruz, tenida antes por oprobio.

4. ¡Oh Señor, Señor, que inclinásteis los cielos y bajásteis á nosotros, que tocásteis los montes y exhalaron humo: con qué modos ó de qué manera os insinuásteis en aquel pecho!

Leia él, segun me contó Simpliciano, la sagrada Escritura, y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la religion cristiana, instruyéndose en ellas; y decia á Simpliciano, aunque no públicamente, sino en secreto y en confianza de amigo: *Sábeta, que yo ya soy cristiano; á lo que*

Simpliciano respondia: *Yo no lo creere, ni te contare entre los Cristianos, hasta que te vea en la Iglesia de Cristo.* Pero él como burlándose decia: *¿Pues qué, son las paredes las que hacen cristianos á los hombres?* Y esto lo repetia muchas veces, diciendo que él ya era cristiano; y otras tantas le respondia Simpliciano lo mismo que antes; pero él volvía á burlarse, con decir, que eso no lo hacen las paredes.

Temia Victorino disgustar á sus amigos, soberbios idólatras que adoraban al demonio, que por ser muy poderosos, y hallarse constituidos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo, y eran como *elevados cedros del Libano*, que aun no habia el Señor derribado y deshecho; juzgaba que habian de caer sobre él con mas impetu y fuerza sus odios y enemistades.

Pero despues que con su estudio y leccion continua adquirió mas fortaleza, temió que Cristo no le habia de reconocer por suyo *en presencia de los santos Angeles, si él temia confesarle ahora delante de los hombres: y conociendo que se hacia reo de un delito muy*

grave, en avergonzarse de recibir los Sacramentos que vuestro Verbo humillado habia instituido, no habiéndose avergonzado de cooperar á los sacrílegos sacrificios y cultos inventados por la soberbia de los demonios, á quienes él soberbio tambien habia imitado, recibiendo las sacrílegas órdenes con que se dedicaban los hombres y destinaban al culto y sacrificios de los idolos; perdió la vergüenza que le era nociva, y le hacia perseverar en la vanidad mundana, trocándola en provechosa vergüenza de no seguir la verdad que conoció; repentinamente se resolvió, y sin pensar mas en ello, dijo á Simpliciano, segun este mismo contaba: *Ea, vamos á la iglesia, que quiero hacerme cristiano.*

Entonces, Simpliciano, no cabiendo en sí de alegría, marchó con él á la iglesia. Luego que se le catequizó y recibió toda la instruccion necesaria en los principales misterios de nuestra fe, de allí á poco dió su nombre para que se le escribiese en el catálogo de los que pedian ser reengendrados por el santo Bautismo, maravillándose Roma, y alegrándose la Iglesia. *Veian esto los soberbios, y se enojaban y enfurecian, rechinaban*

sus dientes de colera, y se consumian de rabia; pero vuestro siervo tenia puesta su esperanza en Vos, y no atendia á la vanidad de las doctrinas pasadas, ni á locuras tan falsas y engañosas.

5. Finalmente, cuando llegó la hora de hacer la profesion de la fe (que en Roma es costumbre hacerla en presencia de todos los fieles que concurren, con ciertas y determinadas palabras aprendidas de memoria, y pronunciadas desde un lugar eminente por los mismos que han de recibir en el bautismo vuestra gracia), le propusieron á Victorino los sacerdotes, segun contaba Simpliciano, que hiciese aquella profesion de la fe secretamente, como se solia conceder tambien á algunos, de quienes se juzgaba que por vergüenza se retraerian de hacerlo en público; pero que él prefirió hacer la profesion de la fe y de la doctrina de su salud públicamente y á presencia de aquella multitud de fieles, conociendo que su salvacion no estaba en la retórica que enseñaba, ni en los errores que hasta entonces habia profesado públicamente en Roma. Y á la verdad, ¡cuánto menos tenia que temer al manso rebaño

vuestro al decir y pronunciar vuestras palabras el que usando de las suyas propias no habia temido ni respetado tropas enteras de locos!

Así luego que subió al sitio determinado para hacer la profesion de la fe, todos los que allí estaban, segun que cada uno le iba conociendo ⁵, mutuamente unos á otros le iban nombrando con ruidosa aclamacion de enhorabuena. Pero ¿quién habia allí que no le conociese? Así entre todos formaban una voz y murmullo, con que alegres y festivos decian: *Victorino, Victorino*. Tan presto como se levantó aquel murmullo con la alegría que causó á todos el verle, tan presto cesó repentinamente con el deseo de oírle. Pronunció él con noble y excelente confianza su protestacion de la fe verdadera, y todos querian arrebatárle y meterle dentro de sus corazones; y efectivamente lo conseguian con el amor y el gozo que mostraban: estos afectos eran las manos que le arrebataban y metian dentro de las almas.

NOTAS.

¹ Sobre las noticias y elogios de Victorino, que refiere aquí san Agustín de boca de san Simpliciano, puede añadirse lo que refiere san Jerónimo, que en el libro de los Escritores eclesiásticos dice, que se llamaba C. Mario Victorino; que era africano de nacion, y que enseñó en Roma la retórica en tiempo del emperador Constantino, y hácia los últimos plazos de su vida se hizo cristiano, admirándose Roma, y alegrándose la Iglesia, como dice san Agustín. Escribió varios libros contra los Arrianos, y tambien unos comentarios sobre las epistolas de san Pablo.

² En el texto latino dice el Santo: *Omnigenumque deum monstra, et Anubim latratorem*, que es puntualmente el verso de Virgilio: *Omnigenumque deum monstra, et latrator Anubis*. Y le llama *latrator*, porque Anubis en lengua egipciaca es lo mismo que *perro* en lengua castellana; y debajo de la figura de perro adoraban á Mercurio, como dice Servio sobre el citado verso de Virgilio (*Æn. 8*). Otros explican de otro modo esta fábula, diciendo que Anubis era un famoso capitán hijo de Osiris, que siguiendo á su padre en las expediciones que hizo (como de Hércules se dice que iba cubierto de la piel de un león) «él se cubrió con la de un *perro*, «y le tenia por su divisa;» y que de aquí provino que los egipcios diesen la preferencia al perro entre los demás animales de que ellos formaban su apotheosis; pero que perdieron esta preferencia, cuan-

do habiendo Cambases hecho matar y arrojar al dios Apis, fue el perro el único que se le comió. No obstante perseveró el culto del perro en *Cinopolis*, que era la ciudad capital (y quiere decir *ciudad de perros*), que estaba consagrada á aquel animal, y sus habitantes conservaban un fondo considerable, de donde se sacaba para el sagrado alimento de los perros, como dice Diodoro Sículo, libro 4.

Los romanos, y generalmente todos los gentiles, creían que cada reino, cada estado, cada provincia, cada ciudad, y en una palabra, cada lugar, estaba bajo la protección de algunas deidades particulares, que velaban para su conservación. No obstante, los romanos peleaban contra todos aquellos reinos, ciudades y pueblos, los sujetaban y triunfaban de ellos; y por consiguiente triunfaban de aquellos dioses que eran protectores de aquellos lugares, y se tenían por vencedores de ellos. Sobre cuyo supuesto se funda la sátira que les hace á los romanos san Agustín ya en este cap. diciendo, que Roma suplicaba y ofrecía sacrificios á aquellos mismos dioses contra quienes había peleado en otro tiempo, y á quienes había vencido, y ya también en el lib. 1 de la Ciudad de Dios, cap. 3, donde los satiriza del mismo modo, haciéndoles ver la inconsecuencia con que procedían en sus idolatrías, pues les atribuían poder para defenderlos á ellos, cuando no le habían tenido para defenderse á sí mismos de ellos, ni para defender aquellos pueblos de quienes se suponían protectores, y habían sido vencidos y avasallados por los romanos. Con lo cual se entenderá bien todo este pasaje de san Agus-

tin, que se les hacia oscuro á los que no tienen alguna tintura de mitología.

Como en aquel tiempo no se daba el Bautismo por lo comun sino en los sábados de la vigilia de Pascua y de Pentecostes, aquellos que habían de recibirlo, eran obligados á dar antes su nombre, para que se les pudiese en la matrícula de los que habían de ser bautizados, y el obispo y clero hiciesen con ellos aquellas diligencias preparatorias, exámenes, escrutinios y ceremonias que se usaban, como se ha insinuado en el cap. ix del libro 1, y se dirá mas abajo.

La ciencia de Victorino y sus escritos, sus discípulos, y la estatua que se había erigido para su memoria en la plaza de Trajano, le hacían sumamente célebre y famoso. El profesó la retórica en Roma, no solamente bajo el imperio de Constantino, como se ha dicho antes, sino también en el imperio de Constancio y de Juliano apóstata. El tratamiento que se le daba era de *clarísimo*; título que no se daba sino á los senadores, y á las personas de la primera distincion y clase.

NOMINA DE NUESTRO CAPÍTULO III. LEON

Como Dios y los santos Angeles se alegran mucho de la conversión de los pecadores.

6. ¡ Oh buen Dios! ¿ de dónde, Señor, proviene que un hombre se alegra mucho

mas de la salud de una alma que estaba sin esperanza de vida, ó que se ha libertado de un peligro grande; que si siempre hubiera estado con esperanza de su salud eterna, ó hubiera sido menor el peligro en que se hallaba? Tambien Vos, Señor, Padre misericordioso, *mostrais mayor alegría por un solo pecador que hace verdadera penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan.* Y nosotros con mucho regocijo oímos decir á san Lucas, cuán grande es la alegría de los Ángeles, viendo que la oveja perdida vuelve á su rebaño llevándola el pastor sobre sus hombros; y como dan el parabien las vecinas á la mujer que halló aquella dracma que habia perdido, y se vuelve á guardar en vuestro tesoro: y nos hace llorar de puro gozo la grande fiesta que hay en vuestra casa, cuando en ella se refiere de vuestro hijo menor: *Que habia muerto y resucitó: que se habia perdido y que volvió á parecer.* Lo cual demuestra que Vos, Dios mio, os alegráis en nosotros, y en vuestros Ángeles en cuanto santificados por una caridad santa; porque Vos, considerado solamente en Vos, siempre sois el mismo sin mudanza ni variedad algu-

na, que siempre y de un mismo modo conocéis todas las cosas, aunque ellas no sean siempre, ni de un mismo modo existan.

7. Pues ¿qué es, Dios mio, lo que pasa en el alma, cuando se alegra mucho mas con las cosas que ama, si las halla ó recobra, que si siempre las hubiera poseido sin perderlas? Y esto mismo lo contestan tambien las demás cosas, todas llenas de testimonios y ejemplos que lo comprueban, clamando y diciendo: *Así sucede, así es.*

Triunfa un emperador cuando ha vencido; y no venciera, si no hubiera peleado; y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto es mayor en el triunfo la alegría.

Acomete una tempestad á los navegantes; y al verse amenazados del naufragio, todos se ponen pálidos del miedo de la muerte que consideran cercana; pero serénase el cielo y tranquilízase el mar, y todos se regocijan sumamente, porque tambien sumamente temieron.

Cae enferma una persona amada, y el pulso indica una calentura maligna y peligrosa; con lo cual todos los que desean su salud enferman igualmente, en cuanto á la pena y

sentimiento que tienen en su alma. Hállase mejor y fuera de peligro; pero todavía no se ha restablecido ni ha recobrado sus antiguas fuerzas; y se alegran mucho mas de aquella mejoría, que de la salud y robustez que antes gozaba.

Aun los mismos deleites comunes y ordinarios de la vida humana los consiguen los hombres, mediante algunos disgustos y molestias, no de las imprevistas y que les sobrevienen sin quererlas, sino procuradas y buscadas voluntariamente y de propósito. No hay deleite en el comer y beber, sin que preceda la molestia de la hambre y de la sed, y por esto los bebedores de vino comen algunos bocadillos salados, con que se excita una sequedad y ardor molesto, que con beber se apaga, y al apagarse deleita. También es costumbre bien establecida, que las mujeres tratadas de casar no las entreguen sus deudos y parientes á los que han de ser sus maridos, inmediatamente que se hayan desposado; para que suspirando por ellas algun tiempo mientras son sus esposos, las amen y estimen mas cuando maridos.

8. Esto mismo sucede en el deleite que

es torpe y execrable; esto mismo en el que es lícito y permitido; esto mismo en la mas pura, honesta y sincerísima amistad, y finalmente esto mismo sucedió en la conversión de aquel *que estaba muerto y resucitó, que se habia perdido y pareció*. Siempre á la mayor alegría precede mayor molestia. Mas ¿de qué proviene esto, Dios y Señor mio, cuando Vos no solamente sois para Vos mismo un sumo gozo inalterable y eterno, sino tambien algunas criaturas reciben de Vos y en Vos una alegría y felicidad perpétua? ¿En qué consiste que en las cosas de acá bajo hay esta alternativa de atrasos y adelantamientos, de enemistades y reconciliaciones? ¿Es acaso esta variedad propia de su ser y lo que solamente concedisteis á estas cosas, cuando desde lo mas alto de los cielos hasta lo mas profundo de la tierra, desde el principio del tiempo hasta el fin de los siglos, desde el Ángel supremo hasta el mas vil gusanillo, desde el primer movimiento que hubo hasta el último que ha de haber, ordenásteis todos los géneros de bienes, y todas vuestras obras cabales y perfectas, dándoles á todas sus convenientes lugares, y distribuyéndolas en sus

propios tiempos? ¡Ay de mí, Dios mio! ¡qué investigable grandeza teneis en las cosas grandes, y qué impenetrable profundidad en las pequeñas! ¡Vos nunca os apartais de vuestras criaturas; y con todo eso apenas andamos lo bastante para llegar á Vos!

CAPÍTULO IV.

Por qué razon debemos alegrarnos mas con la conversion de aquellos pecadores, que son personas nobles y principales.

9. Ea, Señor, hacedlo Vos todo: excitadnos, y volved á llamarnos: encendednos y arrebatadnos: arde en nosotros, y comunicadnos vuestras dulzuras, para que os amemos, y corramos tras de Vos.

¿No es cierto que vuelven á Vos muchos que estaban en un abismo de ceguedad mas profundo que aquel en que se hallaba Victorino, y se acercan á Vos y son iluminados, recibiendo aquella luz que á los que la reciben les da juntamente *potestad para hacerse hijos vuestros*? Pero si estos que se convierten á Vos son poco conocidos en los pueblos,

aun aquellos pocos que los conocen reciben menor alegría; porque cuando la alegría es de muchos, viene á ser mayor en cada uno de ellos, porque se la aumentan y comunican mutuamente los unos á los otros. A esto se añade, que la conversion de los muy conocidos y famosos es de grande peso y autoridad, para que muchos procuren su salvacion, y vengan tambien muchos á seguir su ejemplo. Por esto aun aquellos que los han precedido se alegran mucho con la conversion de semejantes sujetos, porque la alegría que reciben no es por ellos solos, sino por todos los demás que han de imitarlos. No quiero decir con esto, que en vuestra casa, Señor, sean mas bien recibidas las personas ricas y nobles, que las pobres y plebeyas; pues antes bien *Vos mismo elegisteis los endebles y flacos del mundo, para confundir los fuertes y poderosos; y las cosas viles y despreciables de este mundo, y que son como si no fueran, las escogisteis para deshacer con ellas las que son principales en la estimacion del mundo.*

Pero no obstante esta doctrina, el mismo Apóstol por cuya boca nos enseñásteis estas

verdades, el cual se llama á sí mismo el menor de vuestros Apóstoles, teniendo antes el nombre de Saulo, quiso tomar el de Pablo¹, para blason y señal de aquella grande victoria que consiguió, cuando con las armas de su predicación venció y domó la soberbia del procónsul Pablo, y le redujo á sujetarse al suave yugo de vuestro Hijo Jesucristo, y á ser fiel vasallo y tributario humilde del Rey de todos los reyes. Porque mas vencido queda el enemigo del género humano, cuando se le quita uno á quien tenia mas poseido, y por quien poseia otros muchos; y cuanto mas poseidos tiene á los grandes por su orgullo y soberbia, tanto mas por el influjo de estos posee á otros por medio de su ejemplo y autoridad.

Por eso, cuanto mas gustosamente se consideraba el estado presente de Victorino, cuya alma habia sido antes un castillo inexpugnable del que el demonio se habia señoreado, y de cuya lengua se habia servido como de grande y aguda saeta para matar á muchos; tanto mayores demostraciones de gozo y alegría debian hacer vuestros hijos los fieles, viendo al fuerte aprisionado ya por nues-

tro Rey poderoso, que despues de quitarle los despojos que habia hecho, y las armas de que se habia servido, lo lavó y purificó todo, para que no solamente se pudiese emplear en honor vuestro, sino tambien ser útil y provechoso para cualquier obra buena.

NOTA.

¹ De este mismo sentir es san Jerónimo, diciendo, que el Apóstol tomó entonces el nombre de Pablo, para memoria del triunfo grande que habia conseguido, mediante la gracia y favor de Jesucristo Señor nuestro, convirtiendo á la fe al dicho Paulo Sergio, procónsul de la isla de Chipre: lo cual sucedió en el año 43 de Jesucristo. Otros dan otras razones para que tomase el nombre de Pablo, que se pueden ver en Baronio al año 36 de Cristo.

CAPÍTULO V.

Que cosas eran las que detenian á Agustín, para no acabar de convertirse á Dios.

10. Luego que vuestro siervo Simpliciano me hizo esta relacion de Victorino, me encendí en deseos de seguir su ejemplo; y con este fin me habia él referido aquella his-

toria. Pero despues que prosiguió diciendo, como en tiempo del emperador Juliano se promulgó aquella ley rigurosa contra los Cristianos, en la cual se les prohibia que enseñasen letras humanas y retórica, y que Victorino conformándose con dicha ley, quiso mas abandonar la cátedra en que enseñaba la elocuencia, que dejar vuestra divina palabra, con *que haceis discretas y elegantes aun las lenguas de los niños que no saben hablar*: me pareció que no habia sido en esto tan fuerte y valeroso Victorino, como feliz y dichoso, por hallar una ocasion tan oportuna, para dedicarse únicamente á Vos.

Esto era á lo que yo anhelaba y por lo que suspiraba; pero estaba aprisionado no con grillos ni cadenas de hierros exteriores, sino con la dureza y obstinacion de mi propia voluntad. El enemigo estaba hecho dueño de mi voluntad, y habia formado de ella una cadena, con la cual me tenia estrechamente atado. Porque de haberse la voluntad pervertido, pasó á ser apetito desordenado; y de ser este servido y obedecido, vino á ser costumbre; y no siendo esta contenida y refrenada, se hizo necesidad como naturaleza.

De estos como eslabones unidos entre sí se formó la que llamé cadena, que me tenia estrechado á una dura servidumbre y penosa esclavitud.

Y aquella nueva voluntad que comenzaba yo á tener de serviros graciosamente y gozar de Vos, Dios mio, que sois el único y verdadero gozo, no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad primera, que con el tiempo se habia hecho robusta y poderosa. Así estas dos voluntades, una antigua y otra nueva, aquella carnal, esta otra espiritual, batallaban entre sí, y con esta discordia disipaban y destruian á mi alma.

11. Este combate que yo experimentaba en mí mismo me hacia entender claramente aquella sentencia que habia leído en el Apóstol, que refiere como *la carne tiene deseos contrarios al espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á la carne*. Yo verdaderamente era el que obraba en uno y otro deseo; pero mas estaba yo en aquel que aprobaba en mí mismo, que en el otro que en mí desaprobaba; por cuanto en este mi voluntad no obraba con la misma eficacia, pues por la mayor parte mas era padecerlo con repugnancia y

violencia, que ejecutarlo espontáneamente. Pero ello es cierto que yo habia sido la causa de estas superiores fuerzas, que la costumbre tenia contra mí; pues queriendo yo, habia llegado á un estado en que no quisiera hallarme. Y siendo esto así, ¿cómo pudiera con razon quejarme del estado en que me veia, siendo una pena justa que corresponde al que peca?

Ya no me podia valer aquella excusa con que antes solia persuadirme á mí mismo, que el no acabar de despreciar el mundo y dedicarme á serviros, consistia en que aun no estaba cierto de haber hallado la verdad; porque entonces ya lo estaba. Mas atado todavía á las cosas de la tierra, rehusaba alistarme en vuestra sagrada milicia; y tanto temia el librarme de todos los impedimentos que me lo estorbaban, cuanto debiera temer el no estar libre de ellos.

12. Así con la pesada carga de las cosas del mundo me hallaba gustosamente oprimido, como sucede con un pesado sueño; así como los pensamientos con que meditaba en Vos, eran semejantes á los esfuerzos que hacen para despertar, los que están muy dor-

midos, que no pudiendo vencer aquella gana vehemente de dormir, vuelven á sumergirse en lo profundo del sueño. Y del mismo modo que no hay hombre alguno que quisiese estar siempre durmiendo, enseñándonos el buen juicio que es mejor velar que dormir; mas esto no obstante dilata algunas veces el hombre el sacudir el sueño, cuando le tiene rendido, ocupados y entorpecidos sus miembros; y aunque le desagrada dormir tanto, y sea llegada la hora de levantarse, vuelve á tomar el sueño con mas gusto; así yo estaba muy cierto de que era mejor entregarme á vuestro amor, que rendirme á mis deseos y apetitos. Aquello me agradaba, pero sin acabar de vencerme; y estotro tanto me deleitaba, que me ataba.

No tenia verdaderamente qué responderos, cuando os dignábais decirme por el Apóstol: *Levántate de ese profundo sueño en que te hallas, acaba de salir de entre los muertos, y recibirás la luz de Jesucristo.* Y como por todas partes me haciais conocer que todo cuanto me deciais era verdad; convencido de ella no tenia absolutamente qué responder, sino aquellas palabras lentas y soñolien-

tas : *Luego al punto, si, luego al instante : déjame estar otro ratito.* Pero este luego no tenia término, y el déjame otro ratito iba muy largo.

En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior ; porque otra ley que reside en los miembros corporales, repugnaba y contradecía á la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo á la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma á pesar suyo, en justa pena de haber ella caido voluntariamente en aquella costumbre.

Pues hallándome en tan miserable estado, ¿quién me habia de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?

CAPÍTULO VI.

Cuéntale Ponticiano la vida de san Antonio abad.

13. También quiero referir el modo con que me librásteis de aquel lazo estrechísimo

con que el deseo de mujer me tenia fuertemente atado, y de la servidumbre en que me tenían los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mio, mi amparo y Redentor.

Vivia yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los dias suspiraba en vuestra presencia ; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitian los negocios y ocupaciones que tenia sobre mí, y bajo de cuyo peso gemia.

Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, despues de haber sido tres veces asesor del magistrado ; y aguardando otros á quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendia la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.

Nebridio no pudo negar á nuestra amistad el encargarse de sustituir la cátedra de gramática que tenia Verecundo, familiarísimo amigo nuestro, y ciudadano de Milan ; el cual deseaba mucho, y lo pedia encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en

tas: *Luego al punto, si, luego al instante: déjame estar otro ratito.* Pero este luego no tenia término, y el déjame otro ratito iba muy largo.

En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior; porque otra ley que reside en los miembros corporales, repugnaba y contradecía á la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo á la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma á pesar suyo, en justa pena de haber ella caído voluntariamente en aquella costumbre.

Pues hallándome en tan miserable estado, ¿quién me habia de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?

CAPÍTULO VI.

Cuéntale Ponticiano la vida de san Antonio abad.

13. También quiero referir el modo con que me librásteis de aquel lazo estrechísimo

con que el deseo de mujer me tenia fuertemente atado, y de la servidumbre en que me tenían los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mio, mi amparo y Redentor.

Vivia yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los dias suspiraba en vuestra presencia; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitian los negocios y ocupaciones que tenia sobre mí, y bajo de cuyo peso gemia.

Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, despues de haber sido tres veces asesor del magistrado; y aguardando otros á quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendia la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.

Nebridio no pudo negar á nuestra amistad el encargarse de sustituir la cátedra de gramática que tenia Verecundo, familiarísimo amigo nuestro, y ciudadano de Milan; el cual deseaba mucho, y lo pedía encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en

aquel ministerio, porque lo necesitaba en extremo. Nebridio, pues, aunque se encargó de esto, no fue movido de interés, ni por el deseo de mayores conveniencias; porque si él quisiera aprovecharse para eso de su literatura, las hubiera logrado mucho mas ventajosas; sino que por ser él un amigo dulcísimo y suavísimo, no quiso desatender nuestra súplica, sino condescender á nuestro ruego por este acto de su benevolencia. Se portaba Nebridio en aquel cargo con gran prudencia y cautela, precaviéndose de ser conocido de los grandes y poderosos del mundo, y evitando todo lo que por causa de ellos pudiera inquietar á su espíritu, al cual quería tener libre y desembarazado de otros asuntos, para emplearle cuantas mas horas pudiese en inquirir, en leer, ó en oír alguna cosa perteneciente á la sabiduría.

14. Un dia, pues, estando ausente Nebridio (no me acuerdo por qué causa) vino á nuestra casa, donde estábamos Alipio y yo, un paisano nuestro, porque era natural de África, llamado Ponticiano, sujeto principal y distinguido en palacio; y no sé por cierto qué era lo que nos quería. Sentámonos para

hablar; y sobre una mesa de juego que habia delante de nosotros, habia por casualidad un libro. Vióle Ponticiano, le tomó, le abrió, y halló que eran las cartas de san Pablo; lo que le sorprendió mucho, porque él juzgó que seria alguno de los libros de retórica, cuya profesion me agobiaba y consumia. Entonces él se sonrió hácia mí, mirándome como quien se complacia, y me daba la enhorabuena; pero extrañando y admirándose de que cogiéndome desprevenido, hubiese encontrado delante de mí aquel libro; y ese único y solo, pues él era fiel cristiano, y muy á menudo acudia á vuestra iglesia, Dios mio, donde postrado ante vuestra divina Majestad, os hacia frecuentes y largas oraciones. Así fue que habiéndole yo dicho que aquellas escrituras me ocupaban con preferencia á todo otro cuidado, comenzó á hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era famoso y celebrado entre vuestros siervos, aunque hasta entonces habia sido ignorado de nosotros. Viendo él que esta especie nos era tan nueva, se detuvo y extendió mas en la plática, para hacernos conocer tan grande hombre, de quien estaba-

mos enteramente ignorantes, admirándose él de esta ignorancia nuestra. Nosotros nos espantábamos oyendo la relacion de tantas y tan estupendas maravillas, como acabábais de obrar en el gremio de los que profesan la verdadera fe, y dentro de la católica Iglesia; las cuales además de ser muy probadas y ciertísimas, estaban tan recientes, que habian sucedido casi en nuestros dias. Por eso nos admirábamos á un tiempo nosotros y Ponticiano: nosotros, por ser aquellas cosas tan grandes y extraordinarias; y él, porque eran para nosotros tan nuevas é inauditas.

15. De aquí vino á parar su conversacion en tratar de los muchos monjes congregados en los monasterios, de las costumbres y método de vida que observan los que siguen mas de cerca vuestra divina ley; y finalmente de los muchos penitentes, virtuosos y santos varones, que poblaron las soledades del yermo; de todo lo cual no sabíamos nosotros cosa alguna. Y no solo esto, sino que en la misma Milan, fuera de los muros de la ciudad, habia un monasterio lleno de buenos y virtuosos frailes², de cuya direccion y sustento cuidaba el obispo Ambrosio;

y tampoco lo habíamos sabido. Proseguia Ponticiano hablando aun del mismo asunto, y nosotros le oíamos con atencion y silencio, contándonos entre otras cosas, que hallándose una vez en la ciudad de Tréveris, mientras que el emperador asistia al espectáculo de los juegos circenses, que se tenian despues del mediodía, se habia salido con otros tres amigos y compañeros suyos á pasear por unas huertas que estaban contiguas á los muros de la ciudad, y que estando en ellas, se pusieron á pasear de dos en dos, segun los combinó entre sí la casualidad. Ponticiano con uno de ellos echó por una parte, y los otros dos echaron por otra, y se fueron alejando los unos de los otros. Los primeros siguiendo su paseo sin rumbo ni camino determinado, vinieron á parar en una pobre casilla en que habitaban algunos de vuestros siervos que *profesan la pobreza de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos*, y allí encontraron un libro en que estaba escrita la vida del santo abad Antonio. Comenzó á leerla el uno de ellos, y comenzó tambien á admirarse, y á encenderse en devocion: al mismo tiempo que leia, iba pen-

sando en abrazar aquel género de vida, para emplear la suya en serviros á Vos únicamente; dejando todos los empleos y ocupaciones del siglo, donde eran aquellos dos compañeros agentes³ de negocios. Y repentinamente lleno de un amor santo y religioso pudor, enojándose contra sí mismo volvió los ojos para mirar al otro amigo suyo, hablándole de este modo: «Ruégote, hombre, que me digas ¿á dónde aspiramos y pretendemos llegar nosotros con todas nuestras fatigas y trabajos? ¿qué es lo que buscamos? ¿cuál es el fin con que seguimos la corte? ¿podrá nuestra esperanza prometerse mayor fortuna en palacio, que llegar á ser amigos del emperador? ¿y qué hay en ese punto que no sea frágil, de corta duración y lleno de peligros? ¿y por cuántos peligros hay que pasar precisamente para llegar á ese peligro mas grande? ¿y cuánto tiempo fuera necesario para conseguir eso, siendo así que si quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo puedo ser?»

Dichas estas palabras, y como atribulado con el proyecto que habia concebido de mudar de vida, volvió los ojos al libro, y con-

forme iba leyendo, se iba mudando en su interior, á donde solamente vuestros ojos podian penetrar, y su alma se iba desnudando de los afectos del mundo, como se mostró despues. Porque mientras leyó y se agitó su corazón con las olas de varios afectos y pensamientos, dió algunos grandes sollozos y suspiros; y conoció claramente lo que le estaba mejor; y determinó seguirlo; y hecho ya amigo vuestro habló de esta suerte al otro amigo suyo: «Yo estoy ya enteramente separado de todo lo que hasta ahora fue el objeto de nuestras esperanzas; estoy resuelto á servir á Dios, y quiero comenzar desde este punto, y en este mismo sitio. Si tú no te hallas en estado de seguir mi ejemplo, no quieras oponerte á mi designio.» El otro le respondió, que queria serle compañero en tan digna servidumbre, y en recibir el gran premio que le corresponde. Así quedándose entrambos á ser vuestros siervos, comenzaron á edificar la torre de perfeccion[®] evangélica con el caudal que tenían proporcionado para la obra, y consistia en dejar todas las cosas del mundo, y seguiros á Vos.

Mientras tanto Ponticiano y su compañe-

ro, que se paseaban por otras partes de la huerta, despues de haberlos andado buscando algun tiempo, llegaron á aquella misma casilla; y habiéndolos hallado, les dijeron que ya era hora de volverse, porque se iba acabando la tarde. Pero ellos, despues de referirles la determinacion y propósito que tenían, y el modo con que habia comenzado aquella voluntad, y llegado á ser firme resolucion; les suplicaron, que si no querian quedarse á acompañarlos, no les molestasen tirando á disuadirlos. Mas estotros, no moviéndose con nada de esto á mudar su método antiguo, se lloraron á sí mismos por verse tan poco fervorosos, como Ponticiano referia; y despues de darles piadosas enhorabuenas por su determinacion, y encomendarse á sus oraciones, llevando el corazón inclinado á lo terreno, se volvieron á palacio; quedándose los otros dos en la casilla con sus corazones fijados en el cielo.

Y es de notar, que estos dos estaban ya desposados; y luego que sus esposas supieron aquella determinacion de los que habian de ser sus maridos, imitaron su ejemplo, y consagraron á Vos, Dios mio, su virginidad.

NOTAS.

¹ Diciendo san Agustin, que Ponticiano *proclavè in palatio militabat*, da á entender, que tenia uno de los empleos mas honoríficos de palacio. Porque primeramente se ha de suponer, que entre los romanos todo oficio y servicio público se llamaba entonces *militia*, y el ejercerle *militare*; y que solamente habia tres géneros de servir ó militar de este modo: el primero y mas honroso era el militar ó servir en palacio, y se llamaba *militia Palatina*; el segundo era el militar y servir en todo lo concerniente á la guerra, y se llamaba *militia castrensium sive armata*; y el tercer género venia á ser el seguir la carrera de las letras, como leyes, artes, etc., y se llamaba *militia cohortalis sive togata*, á cuya clase pertenecian los jueces, prefectos, presidentes, abogados, curiales y otros semejantes, como dicen Gotofredo y Valesio, citados de Selvagio, en las Antigüedades cristianas, lib. 1, p. 2, c. 4, § III, n. 10. De donde infero, que Ponticiano, que seguia la *militia ó servidumbre palatina*, era uno de los sujetos mas visibles y condecorados de palacio.

² En este monasterio fue donde Joviniano y otros compañeros de su impiedad estuvieron algun tiempo, disimulando con el nombre católico su maldad, y cubriendo con el hábito de frailes sus perversas intenciones. Pero á poco tiempo, como dice Baronio, los arrojó de sí aquella santa casa, como el mar arroja los cadáveres á la orilla. Baron A. C. 382. Tambien allí profesaron la vida monástica Sarma-

ciano y Barbacion, que dieron mucho que sentir al gran Padre san Ambrosio y al prelado de dicho monasterio, por la vida desreglada que tenian y la mala doctrina que enseñaban.

² Agentes de los negocios del emperador. No se ha de entender que fuesen semejantes á los que ahora llamamos agentes de negocios, porque estos solo tienen los poderes y hacen las veces de toda clase de personas particulares; pero el empleo de aquellos consistia en llevar ellos mismos las órdenes del emperador, y hacerlas obedecer y ejecutar.

Habia cinco clases de estos agentes: *ducenarios*, *centenarios*, *biarcos*, *circitores* y *caballeros*. Véase al citado Gotofredo sobre el Cod. Theod. titul. 1, p. 164, etc.

CAPÍTULO VII.

Como interiormente se deshacia Agustín, al oír esta relacion de Ponticiano.

16. Todo esto nos contaba Ponticiano, y mientras él lo estaba refiriendo, Vos, Señor, me obligábais á que volviese en mí y me considerase; haciendo que todo el feo semblante de mi mala vida que yo habia echado á las espaldas por no verme, se me pusiese delante de mí, para que viese cuán feo era, cuán descompuesto y súcio, manchado y lle-

no de llagas. Yo me veia y me horrorizaba, y no tenia á dónde huir de mí mismo. Si procuraba apartar de mí la vista, prosiguiendo Ponticiano su relacion, volvíais á ponerme enfrente de mí, y hacíais que me viese y me mirase á mí mismo, para que claramente conociese mi maldad y la aborreciese. Bien la conocia yo; pero disimulaba: pasaba por ella, y la olvidaba.

17. Sin embargo en aquella ocasion, cuanto mas me encendia en amor de aquellos de quienes oia tan santos y saludables ejemplos, porque enteramente se habian entregado á Vos para que los sanárais, tanto mas me abominaba y aborrecia á mí mismo, comparándome con ellos. Porque ya habian pasado muchos años (creo que eran doce) desde que á los diez y nueve de mi edad, habiendo leído el Hortensio de Ciceron, me sentí excitado al amor y deseo de la verdadera sabiduria; pero desde entonces habia ido dilatando el dedicarme á investigarla, mediante el desprecio de toda felicidad terrena; siendo así que aquella sabiduria es tan grande, que no solamente su adquisicion, sino tambien su inquisicion se debe antepo-

ner á la posesion de los tesoros y reinos del mundo, y á toda especie de deleites que voluntaria y abundantemente pueda gozar el cuerpo. Mas yo infeliz jóven, y en sumo grado infeliz, desde el principio mismo de mi juventud os habia pedido castidad, diciendo: *Dadme, Señor, castidad y continencia, pero no ahora.* Porque yo temia que despacháseis luego al punto mi petición, y luego al punto me sanáseis de la enfermedad de mi concupiscencia; la cual mas queria verla saciada que extinguida. Y además de eso, habia yo seguido las torcidas sendas de una religion y doctrina supersticiosa y sacrilega; no de suerte que asintiese á ella con certidumbre, sino prefiriéndola á las demás doctrinas ciertas, las cuales en vez de investigarlas con piedad, las impugnaba con ojeriza y encono.

18. Tambien antes me habia parecido, que el motivo que me hacia diferir de dia en dia el seguiros á Vos únicamente, despreciando la esperanza del siglo, era porque no se me descubria alguna cosa cierta hácia donde pudiese yo enderezar los pasos de mi vida. Pero al fin llegó el dia en que mi cora-

zon se me manifestase desnudo y sin rebozo, y mi conciencia me reprendiese, diciendo: *¿Qué respondes ahora? Tú decias, que por no tener certeza de la verdad, rehusabas arrojar de ti la pesada carga de la vanidad. Ya al presente conoces la verdad, y todavía la vanidad te oprime: cuando otros que ni se han consumido como tú inquiriendo la verdad, ni han gastado diez años y mas en reflexiones y disgustos para hallarla; en lugar de sentir peso en sus hombros, han cobrado alas con que volar en su seguimiento.* De este modo me consumia interiormente, y se cubria mi alma de una vehemente y horrible confusion y vergüenza, mientras que Ponticiano referia aquellas cosas.

Pero acabada la plática, y concluido el negocio á que venia, se volvió á marchar. Y yo vuelto á mi entonces, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué aspereza de sentenciosas palabras no castigué y estimulé á mi alma, para que ella ayudase los esfuerzos que yo hacia para irme tras de Vos? Ella lo rehusaba y resistia, pero no se excusaba. Todos los argumentos y pretextos que hasta entonces habia alegado, estaban ya confuta-

dos y deshechos; y le habia quedado solamente un temor mudo que no explicaba, y consistia en que temia, como el morir, el apartarse de la corriente de su costumbre, que la consumia y llevaba á la perdicion eterna.

CAPÍTULO VIII.

Como Agustín se retiró á un huerto de su casa, y lo que en él le sucedió.

19. Entonces en medio de aquella gran contienda que en lo mas íntimo de mi corazon habia yo excitado y sostenido fuertemente con mi alma, lleno de turbacion así en el ánimo como en el rostro, me volví hácia Alipio atropelladamente, y exclamé diciendo: *¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? ¿qué es esto que has oido? Levántanse de la tierra los indoctos, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros con todas nuestras doctrinas sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Por ventura nos dá vergüenza el seguirlos, porque ellos van delante de nosotros? ¿y no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?*

Dije no sé qué otras cosas á este modo, y arrebatado del ímpetu de mi interior congoja me aparté de Alipio, que sin hablarme palabra atónito y espantado me miraba, ya porque no hablaba yo las cosas que solia, ya porque echaba él de ver que con mi semblante, con las mejillas, con los ojos, con el color, con el tono de la voz explicaba yo mas bien el estado de mi alma que con las palabras y sentencias que decia.

Habia un pequeño huerto en la posada donde estábamos, del cual como tambien de toda la casa usábamos libremente, porque nuestro huésped y dueño no habitaba en ella. Á este huerto me condujo el desasosiego de mi corazon, para que nadie impidiese la encendida guerra que contra mí mismo habia yo comenzado, hasta que se acabase del modo que solo Vos sabíais; pues yo mismo lo ignoraba, y no hacia mas que enloquecerme con una locura que me era saludable, y padecer las ansias de una muerte que me daba la vida, conociendo solamente lo que en mí habia de malo, é ignorando lo que de allí á poco habia de tener de bueno.

Retiréme, pues, al huerto, siguiéndome

Alipio sin apartarse de mí un paso, porque aunque él estuviese conmigo, no me estorbaba para estar solo. ¿Y cómo habia de dejarme, viéndome en aquel estado? Sentámonos lo mas léjos que pudimos de la casa, y allí bramaba yo enfurecido é irritado contra mí mismo, reprendiéndome con un enojo inquietísimo el que retardase el ir á abrazarme con Vos, Dios mio, cumpliendo vuestra voluntad y ley, como todos mis sentidos interiores y exteriores, todas mis facultades y potencias me persuadian y clamaban que debia ejecutarlo, elevando hasta el cielo con los mayores elogios esta noble empresa; siendo así que el ir á Vos no habia de ser con naves ni carrozas, ni siquiera habia que andar tan pocos pasos como los que habíamos dado desde la casa hasta el paraje en que estábamos. Porque no solo para ir caminando hacia Vos, sino tambien para llegar á Vos, bastaba solamente el querer ir, siendo un querer perfecto y eficaz, y no una voluntad mudable y achacosa, que de una parte á otra anda variando agitada y sin firmeza, cuya parte inferior y superior están desavenidas y luchando una con otra.

20. Finalmente, entre las ansias que padecí en aquel tiempo que tardé en resolverme, ejecuté con los miembros de mi cuerpo muchas y varias acciones, que algunas veces quieren los hombres ejecutarlas y no pueden, ó porque les faltan aquellos miembros, ó porque los tienen aprisionados, ó sin bastantes fuerzas por alguna enfermedad, ó por tenerlos de cualquier modo impedidos. De modo, que si en aquel lance me arranqué ¹ los cabellos, si me herí la frente, si con las manos cruzadas me apreté las rodillas, fueron acciones que las hice por querer yo hacerlas; y pudo haber sucedido que quisiese ejecutarlas, y no las ejecutase, porque los brazos y manos con que las habia de ejecutar no me obedeciesen. Hice, pues, entonces muchísimas acciones, no obstante que no era lo mismo el querer, que el poder hacerlas; y no hacia lo que me agradaba mucho mas que todo aquello sin comparacion alguna; siendo así que luego que hubiera querido, hubiera podido tambien ejecutarlo, porque era imposible que no quisiese lo que efectivamente queria: y respecto de los actos de la voluntad lo mismo es el querer que el poder, pues

aun el mismo acto de querer ya es hacer y ejecutar ; con todo eso no se hacia en aquella ocasion lo mismo que queria mi voluntad.

De modo que mas fácilmente obedecia el cuerpo á la mas leve insinuacion del alma, moviéndose todo el luego al punto á su mandato, sin resistencia ni dilacion alguna, que ella propia se obedecia á sí misma en cumplir aquella grande é importante voluntad, que solamente con su voluntad misma habia de cumplirse y perfeccionarse.

NOTA.

Es menester inferir de este pasaje, que la turbacion y afliccion en que se hallaba su alma en aquella lucha que tuvo consigo mismo en el huerto, le obligaba á hacer todas estas acciones que aquí dice, y otras semejantes.

CAPÍTULO IX.

En qué consiste que mandando el alma en sí misma no se hace algunas veces lo que manda.

21. ¿De dónde nace este monstruoso desorden? ¿ó qué causa y razon puede haber

para esto? Resplandezca sobre mí, Señor, vuestra misericordia, comunicándome algun rayo de luz con que se disminuyan las tinieblas oscurisimas de la ignorancia, que es una de las penas y miserias de los hijos de Adan : á ver si pueden responderme á lo que he preguntado.

¿De dónde nace este monstruoso desorden? y ¿cuál es la causa ó principio de que sucede una cosa tan extraña? Manda el alma al cuerpo, y al instante es obedecida ; mándase el alma á sí misma, y halla resistencia. Manda el alma que la mano se mueva, y con tanta facilidad es obedecida, que apenas se puede notar la diferencia que hay entre el mandamiento de la una y la ejecucion de la otra ; siendo así que el alma que manda es espíritu, y la mano que obedece es cuerpo. Manda el alma á sí misma que quiera alguna cosa, y no obstante que no hay distincion entre quien lo manda y quien lo ha de ejecutar y obedecer, no se hace ni ejecuta lo que ella manda.

Pues ¿de qué proviene este desorden monstruoso? ó ¿cómo sucede esto? Manda el alma,

repito, que ella misma quiera esto ó aquello, y no lo mandaria si no lo quisiera : con todo eso no se hace lo que manda. Pero el caso es que eso mismo que ella quiere, no acaba de quererlo entera y perfectamente, con qué tampoco entera y perfectamente lo manda. Porque en tanto lo manda, en cuanto lo quiere, y en tanto deja de hacerse lo que manda en cuanto ella no lo quiere. La voluntad es la que manda que haya voluntad de aquello que manda; y no que haya otra voluntad que sea distinta de ella, sino ella misma. Con qué se conoce claramente, que la voluntad que manda así, no es completa ni cabal : por eso no se hace lo que manda. Porque si fuera la voluntad entera y perfecta, no tendria que mandar querer, porque esta voluntad actual ó este querer ya estaria hecho, ya le habria.

Con qué no es monstruosidad querer en parte y en parte no querer ; sino que esta es flaqueza y debilidad del alma, que por estar sobrecargada de su costumbre antigua no acaba de levantarse hácia donde la guia y eleva la verdad ; así tiene como dos volunta-

des, porque ninguna de ellas es total y perfecta ; de modo que el ser que tiene la una, es precisamente el ser que falta á la otra.

CAPÍTULO X.

Contra los Maniqueos, que por experimentar en un sujeto á un tiempo mismo dos voluntades opuestas, inferian que habia en el hombre dos naturalezas contrarias.

22. Perezcan, Dios mio, á vuestra presencia, como inventores de fábulas, y engañadores de las almas, los que viendo en sí dos voluntades opuestas en sus determinaciones, afirman que hay dos naturalezas de almas, la una buena y la otra mala. Ellos sí que son los malos, cuando afirman y establecen tan malas doctrinas ; pero ellos mismos serian buenos, si dieran asenso á la doctrina verdadera y la creyesen, para que entonces les dijera vuestro Apóstol : *Por algun tiempo habeis sido tinieblas, pero ya al presente sois luz en el Señor.* Mas estos hombres por la locura de querer ser luz en sí mismos y no en el Señor, é imaginar y juzgar que la sustan-

cia y el ser del alma es el mismo que el de Dios, han venido á convertirse en tinieblas mucho mas oscuras y espesas; porque su arrogancia y presunción los apartó mucho mas de Vos, Dios mio, *que sois la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.*

Atended, hombres, reflexionad bien lo que decís, y avergonzaos de semejantes delirios; no dilateis el *acercaros al Señor, y os alumbrará su luz, y así os libraréis del rubor y confusión eterna que os amenaza.*

Cuando yo trataba de resolverme á servir á mi Dios y Señor, como mucho tiempo habia pensado, yo era el que queria, y yo era el que no queria: yo mismo, yo mismo era; pero ni del todo queria, ni del todo no queria; así peleaba contra mí mismo, y á mí mismo me deshacia y destruía. Bien ciertos es, que esta disposición y destruccion se hacia contra mi voluntad; pero esto no prueba que habia en mí otra naturaleza de alma enemiga, sino que muestra claramente, que aquella division era pena y castigo que mi alma padecia. Así no era yo el que causaba aquella destruccion y pena mia, sino *el pecado que*

habitaba en mí, para castigo de otro pecado cometido mas libremente, del que yo participaba por ser hijo de Adan.

23. Porque si-hubiera en nosotros tantas naturalezas contrarias, como hay voluntades opuestas, ya no serian precisamente dos las naturalezas, sino muchas mas. Supongamos que estuviese uno dudando si asistiria á una junta que tenian los Maniqueos, ó si iria al teatro; en cuyo lance clamarian ellos diciendo: Ved ahí claramente dos naturalezas contrarias: la una buena, que lleva al hombre á lo bueno; y la otra mala, que le lleva á lo malo. Porque sino, ¿de dónde puede nacer esta detencion del hombre para escoger entre estas dos voluntades contrarias? Pero yo respondo que son malas entrambas voluntades, ya sea la que guiara á sus juntas y conciliabulos, ya sea la que llevara al teatro; aunque ellos están persuadidos á que no puede dejar de ser buena la voluntad que nos lleva y guia hácia ellos.

Mas ¿qué dirán si ponemos el ejemplo en un católico que estuviese perplejo, porque sentia en sí dos voluntades que altercaban una con otra, haciéndole dudar si iria al tea-

tro, ó si iria á nuestra iglesia? ¿No se hallarian tambien ellos perplejos, dudando lo que habian de responder? Porque ó habian de verse precisados á confesar lo que ellos no quieren, esto es, que es buena la voluntad de ir á nuestra iglesia, como van los que profesan nuestra Religion y han recibido sus Sacramentos; ó que en un solo hombre hay dos naturalezas malas, y dos malas voluntades que pelean entre sí: por tanto no será verdad lo que continuamente están ellos diciendo, esto es, que no hay mas que dos naturalezas, la una buena y la otra mala; ó tendrán que rendirse á la fuerza del argumento, confesando que cuando el hombre se halla en ese estado de dudas, una sola alma es la que se ve combatida de dos voluntades contrarias.

24. Pues no tienen ya que decirnos, cuando experimentan en un mismo hombre dos voluntades opuestas una á otra, que hay en él dos almas contrarias entre si, la una buena y la otra mala; y que como dimanadas aquellas de dos sustancias y principios contrarios, están luchando una con otra. Porque Vos, Dios mio, que sois la suma verdad, los reprobais, redargüís y convenceis con el ejem-

plo de dos voluntades opuestas, que una y otra sean malas, como cuando uno está dudando si dará la muerte á otro con un veneno ó con un puñal; si entrará á destruir esta heredad ajena ó la otra de mas allá, suponiendo que no puede destruir entrambas; si gastará el dinero en lujuria ó si le guardará con avaricia; si irá al circo ó si irá al teatro, cuando entrambas fiestas se dan en un mismo dia al pueblo. Añado que se le proponga á su voluntad otro tercer objeto, que le haga dudar si irá á la casa ajena á cometer un hurto, teniendo ocasion oportuna para ello: añádase tambien otra cuarta voluntad que puede tener el hombre dudando si irá á cometer un adulterio, suponiendo que tiene proporeion para todas estas cosas, que concurren todas al mismo tiempo, y que él las desee todas igualmente; sin que todas á un tiempo puedan ejecutarse. Vé aquí cuatro voluntades incompatibles entre sí y contrarias unas de otras, que dividen ó despedazan el alma en otras tantas partes, ó tambien en muchas mas, segun el número y multitud de cosas que se apetezcan al mismo tiempo; y con todo eso no suelen admitir ellos en un

mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas ó naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo, poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto, si es bueno divertirse un hombre en leer el Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algun salmo; y finalmente, si será bueno tambien conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio; me responderán, que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen á un tiempo, é igualmente se aficionase la voluntad á todas ellas; ¿no es cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazon del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Con qué todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, á la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.

Lo mismo sucede, cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazon hácia el cielo, y por otra el deleite

de los bienes temporales le abate hácia la tierra; porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad: por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita á que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

CAPÍTULO XI.

Lucha que experimentaba Agustin entre el cuerpo y el espíritu.

25. De este modo me veia enfermo y atormentado, repreniéndome á mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada y dando vueltas y mas vueltas en los mismos lazos que me oprimian, hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenia aun preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulábais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecia del temor

mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas ó naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo, poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto, si es bueno divertirse un hombre en leer el Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algun salmo; y finalmente, si será bueno tambien conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio; me responderán, que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen á un tiempo, é igualmente se aficionase la voluntad á todas ellas; ¿no es cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazon del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Con qué todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, á la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.

Lo mismo sucede, cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazon hácia el cielo, y por otra el deleite

de los bienes temporales le abate hácia la tierra; porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad: por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita á que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

CAPÍTULO XI.

Lucha que experimentaba Agustin entre el cuerpo y el espíritu.

25. De este modo me veia enfermo y atormentado, reprendiéndome á mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada y dando vueltas y mas vueltas en los mismos lazos que me oprimian, hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenia aun preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulábais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecia del temor

y la vergüenza, para que no cesase en procurar romper aquello poco y ténue que restaba de mis prisiones; no sea que volviese á rehacerse y fortificarse, y me atase entonces mas fuerte y apretadamente.

Yo decia en mi interior: *Ea, hágase al instante: ahora mismo se han de romper estos lazos*; y además de decir esto, deseaba ya y me agradaba ejecutarlo. Ya casi lo hacia, y realmente lo dejaba de hacer; pero no volvia á caer y enredarme en los antiguos lazos, sino que estaba parado junto á ellos, como tomando aliento para acabar de romperlos. Volvia á procurar con mas esfuerzo llegar á aquel estado que deseaba, y casi estaba ya en él, casi ya le tocaba, casi ya le tenia; pero real y verdaderamente ni estaba en él, ni le llegaba á tocar, ni le tenia, por no acabar de resolverme á morir para todo lo que es muerte, y solo vivir á la verdadera vida: porque tenia mayor poder sobre mí lo malo acostumbrado, que lo bueno desusado. Finalmente, cuanto mas se iba acercando aquel instante de tiempo en que habia de ser ya muy otro, tanto me causaba mayor miedo y espanto; pero no me hacia retroceder ni apartarme del

intento, sino suspenderme y detener el paso.

26. Las cosas mas frívolas y de menor importancia, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, mis amistades antiguas, esas eran las que me detenian, y como tirándome de la ropa parece me decian en voz baja: *Pues qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido esto ni aquello?* Pero ¡qué cosas eran las que me sugerian, y yo explico solamente con las palabras *esto ni aquello!* ¡qué cosas me sugerian, Dios mio! Apartad, Señor, por vuestra misericordia del alma de este vuestro siervo y de mi memoria aun la idea de las suciedades é indecencias que me sugerian. Pero ya las oia tan escasamente, que era mucho menos de la mitad respecto de antes; ni me contradecian como antes cara á cara, sino como murmurando á espaldas mias, siguiendo mis pisadas, y como llamándome y tirándome por detrás para que volviese á mirarlas. No obstante entretenian y retardaban mi fuga, por no tener yo valor para separarme de ellas con aspereza, y sacudirme de sus importunaciones, saltando y atropellando por

todo para seguir mi vocacion ; porque la violencia de mi costumbre no cesaba de decirme : *¿Imaginas que has de poder vivir sin estas cosas?*

27. Pero esto me lo decia ya con gran tibieza ; porque por aquella misma parte hácia donde tenia puesta mi atencion y á donde me daba miedo el pasar , se me descubria la excelente virtud de la continencia que se me representaba con un rostro sereno , majestuoso y alegre , con cuya gravedad y compostura honestamente me halagaba para que llegase á donde ella estaba , y desechase enteramente todas las dudas que me detenian : además de esto extendía sus piadosos brazos para abrazarme y recibirme en su seno lleno de gran multitud de continentes , con cuyo ejemplo me alentaba . Allí habia innumerables personas de diferentes edades : allí una multitud de mozos y doncellas : allí otros muchísimos de mayor edad , venerables viudas y vírgenes ya ancianas ; pero en todas estas innumerables personas no era la continencia y castidad estéril , antes bien era fecunda y abundante de alegrías y gozos espirituales , nacidos de teneros á Vos por esposo . Y la con-

tinencia , como burlándose de mí con una risa graciosa que convidaba á seguirla , parece que me decia : *Pues qué , ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos estos y estas? ¿Por ventura lo que estos y estas pueden , lo pueden por sus propias fuerzas ó por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia : pues yo soy dádiva suya . ¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas , si esas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna? arrojate con confianza en los brazos del Señor , y no temas ; que no se apartará para dejarte caer . Arrojalte seguro y confiado , que él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males .*

Yo me corria y avergonzaba mucho , porque todavía estaba oyendo el murmullo de aquellas fruslerías , que me tenían suspenso y sin acabar de resolverme . Entonces otra vez la continencia parece que me decia : *Hazte sordo á las voces inmundas de tu concupiscencia , que así ella quedará enteramente amortiguada . Ella te promete deleites , pero no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor .*

Toda esta contienda pasó dentro de mi co-

razon, batallando interiormente yo mismo contra mí mismo. En tanto Alipio, que no se apartaba de mi lado, aguardaba silenciosamente á ver en qué venian á parar los desusados movimientos y extremos que yo hacia.

CAPÍTULO XII.

Como se convirtió de todo punto, amonestado de una voz del cielo.

28. Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo mas oculto y escondido que habia en el fondo de mi corazon, y junta y condensada toda mi miseria, se elevó cual densa nube, y se presentó á los ojos de mi alma; se formó en mi interior una tempestad muy grande, que venia cargada de una copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda, y desahogarme en los sollozos y gemidos que le correspondian, me levanté de donde estaba con Alipio, conociendo que para llorar me era la soledad mas á propósito; y así me aparté de él cuanto era necesario, para que ni aun su presencia me estorbaba. Tan grande era

el deseo que tenia de llorar entonces: bien lo conoció Alipio, pues no sé qué dije al tiempo de levantarme de su lado, que en el sonido de la voz se descubria que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar; lo que á él le causó extraordinaria admiracion y espanto, y le obligó á quedarse solo en el mismo sitio en que habíamos estado sentados.

Yo fui, y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse; mas soltando las riendas á mi llanto, brotaron de mis ojos dos rios de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado. Tambien hablando con Vos decia muchas cosas entonces, no sé con qué palabras, que si bien eran diferentes de estas, el sentido y concepto era lo mismo que si dijera: *Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo habeis de mostraros enojado? No os acordeis ya jamás de mis maldades antiguas. Porque conociendo yo que mis pecados eran los que me tenian preso, decia á gritos con lastimosas voces: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga, mañana, y mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego y en este dia? ¿por qué no ha de ser en esta*

misma hora el poner fin á todas mis maldades?

29. Estaba yo diciendo esto y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando hé aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de un niño ó niña, que cantaba y repetía muchas veces: *Toma y lee, toma y lee*. Yo mudando de semblante, me puse luego al punto á considerar con particularísimo cuidado, si por ventura los muchachos solían cantar aquello ó cosa semejante en alguno de sus juegos; y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Así reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de san Pablo, y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase. Porque había oído contar del santo abad Antonio, que entrando por casualidad en la iglesia al tiempo que se leían aquellas palabras del Evangelio: *Vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y despues ven y sigueme*; él las había entendido como si hablaran con él deter-

minadamente, y obedeciendo á aquel oráculo, se había convertido á Vos sin detencion alguna. Yo, pues, á toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol, cuando me levanté de aquel sitio. Agarré el libro, le abrí, y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó á mis ojos, y eran estas palabras: *No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestios de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleeis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo*.

No quise leer mas adelante, ni tampoco era menester; porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas².

30. Entonces cerré el libro, dejando metido un dedo entre las hojas para notar el pasaje, ó no sé si puse algun otro registro: y con el semblante ya quieto y sereno le signifiqué á Alipio lo que me pasaba. Y él para darme á entender lo que tambien le había pasado en su interior, porque yo estaba ig-

norante de ello, lo hizo de este modo: Pidió que le mostrase el pasaje que yo habia leído: se lo mostré: y él prosiguió mas adelante de lo que yo habia leído: no sabia yo qué palabras eran las que se seguian; fueron estas: *Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe.* Lo cual se lo aplicó á sí, y me lo manifestó. Pero él quedó tan fortalecido con esta especie de aviso y amonestacion del cielo, que sin turbacion ni detencion alguna se unió á mi resolucion y buen propósito, que era tan conforme á la pureza de sus costumbres, en que habia mucho tiempo que me llevaba él muy grandes ventajas. Desde allí nos entramos al cuarto de mi madre, y contándola el suceso como por mayor, se alegró mucho desde luego; pero refiriéndole por menor todas las circunstancias con que habia pasado, entonces no cabia en sí de gozo, ni sabia qué hacerse de alegría; ni tampoco cesaba de bendeciros y daros gracias, Dios mio, que *podéis darnos mucho mas de lo que os pedimos y de lo que pensamos* viendo que le habiais concedido mucho mas de lo que ella solia suplicaros para mí por medio de sus gemidos y afectuosas lágrimas. Pues de tal suerte me

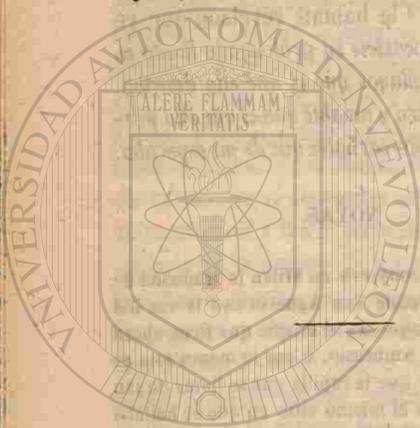
convertisteis á Vos, que ni pensaba ya en tomar el estado del matrimonio, ni esperaba cosa alguna de este siglo, además de estar ya firme en aquella regla de la fe, en que tantos años antes ³ le habiais revelado que yo estaria. *Así trocásteis su prolongado llanto en un gozo mucho mayor que el que ella deseaba, y mucho mas puro y amable que el que ella pretendia en los nietos carnales que de mí esperaba.*

NOTAS.

¹ Hoy dia se conserva en Milan la tradicion de que el huerto donde san Agustin oyó la voz del cielo que refiere aquí, es el mismo que tiene ahora la iglesia de san Ambrosio, ó por lo menos este es parte de aquel; y que la capilla que se llama de san Remigio, está en el mismo sitio en que se hallaba san Agustin cuando oyó aquella voz.

² Esta maravillosa conversion de san Agustin, que ha sido de tanta utilidad para la Iglesia, sucedió hácia los fines de agosto ó principios de setiembre del año 386. Porque el mismo Santo dice mas abajo (lib. ix, cap. ii) que desde aquel lance hasta las vacaciones (*de las vendimias* que serian por el octubre) no faltaban mas que veinte dias. Por lo cual no sé qué causa tendria el autor del Martirologio romano para poner la conversion de san Agustin en el dia 3 de mayo.

³ Hace aquí alusión el Santo á la vision que tuvo su madre santa Mónica el año 373 ó 374, en la cual se le representó una regla en que ella y su hijo estaban, como refirió el santo Doctor en el lib. iii, cap. xi, núm. 20.



LIBRO IX.

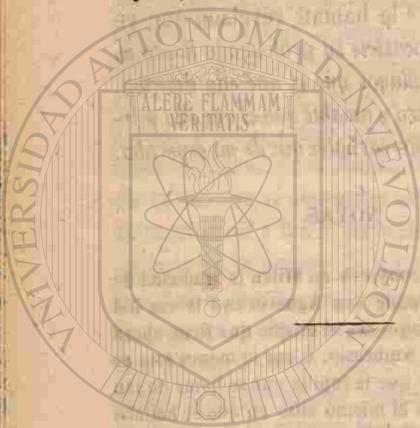
Vase Agustín con su madre y los demás compañeros á la quinta de Verecundo. Renuncia á la cátedra de retórica, y se ocupa en escribir libros. Despues á su tiempo vuelve á Milan, donde con Alipio y Adeodato recibe el Bautismo. Desde allí dispone volverse á África en compañía de su madre y de los demás. Despues refiere la vida de su santa madre, y su muerte acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre.

CAPÍTULO I.

Reconociendo Agustín su miseria, alaba la suma bondad de Dios.

1. Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra. Ya que habeis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande be-

³ Hace aquí alusión el Santo á la vision que tuvo su madre santa Mónica el año 373 ó 374, en la cual se le representó una regla en que ella y su hijo estaban, como refirió el santo Doctor en el lib. iii, cap. xi, núm. 20.



LIBRO IX.

Vase Agustín con su madre y los demás compañeros á la quinta de Verecundo. Renuncia á la cátedra de retórica, y se ocupa en escribir libros. Despues á su tiempo vuelve á Milan, donde con Alipio y Adeodato recibe el Bautismo. Desde allí dispone volverse á África en compañía de su madre y de los demás. Despues refiere la vida de su santa madre, y su muerte acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre.

CAPÍTULO I.

Reconociendo Agustín su miseria, alaba la suma bondad de Dios.

1. Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra. Ya que habeis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande be-

neficio tributaros sacrificio de alabanzas. Alábeos mi corazon y mi lengua, y todos mis sentidos y potencias digan : Señor, ¿quién hay semejante á Vos? y Vos, Señor, dignaos de responderme, decid á mi alma: Yo soy tu salud.

¿Quién soy yo, y qué tal he sido? ¿Qué les ha faltado de iniquidad á mis obras; cuando no á mis obras, á mis palabras; cuando no á mis palabras, á los deseos y afectos de mi voluntad? Pero Vos, Señor, conmigo procedisteis como bueno y misericordioso: vuestra mano me fue tan favorable y poderosa, que me sacó de lo profundo de la muerte en que estaba sumergido, y agotó la maldad de mi corazon, que estaba hecho un abismo de corrupcion é iniquidad. Todo esto se reducía á que yo no quisiese ya lo que antes quería, y quisiese lo que Vos queráis. Pero durante toda aquella multitud de años, ¿dónde estaba mi libre albedrío? ¿de qué profundo y escondido seno hubo que sacarle repentinamente, Redentor y favorecedor mio Jesucristo, para que libre y voluntariamente sujetase mi cerviz á *vuestro suave yugo*, y mis hombros á vuestra ligera carga?

¡Oh cuán dulce y gustoso se me hizo repentinamente el carecer de unos deleites que no eran mas que simplezas y vanidades! Pues si antes me daba susto el perderlas, despues me daba gusto el dejarlas. Porque Vos, Señor, que sois la verdadera y suma delicia, las echábais fuera de mi alma; y no solamente las echábais fuera, sino que en su lugar entrábais Vos, que sois dulzura soberana y superior á todos los deleites, aunque imperceptible por los sentidos de la carne y sangre: entrábais Vos, que sois mas claro, hermoso y trasparente que toda luz, aunque mas escondido y secreto que todo cuanto hay secreto y escondido: entrábais Vos, que sois mas excelso, sublime y elevado que todos los honores, aunque no para aquellos que se tienen por grandes en sí mismos.

Ya mi alma se veía libre de los cuidados que causa la ambicion de las dignidades, la codicia de los intereses, el deseo de saciar sus apetitos, y de hallar medios con que avivarlos y excitarlos á los deleites sensuales; y solo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud, mi Dios y mi Señor.

CAPÍTULO II.

Dilata Agustín renunciar la cátedra de retórica hasta que llegasen las vacaciones del tiempo de la vendimia.

2. También determiné, habiéndolo considerado delante de Vos, que me convenia dejar la cátedra de retórica que regentaba, pero no luego al punto y arrebatadamente; sino irme poco á poco retirando de aquella ocupacion, en que con el ministerio de mi lengua hacia comercio de la locuacidad; para que de allí adelante no comprasen de mi boca las armas de la elocuencia los jóvenes estudiantes; que en lugar de aprovecharse de ellas para la observancia y cumplimiento de vuestra ley, y para conservar vuestra paz, habian de emplearlas en cavilaciones engañosas explicando su furor en las contiendas de los tribunales.

Á esta mi determinacion favoreció la oportunidad, pues faltaban ya pocos días para las vacaciones de las vendimias: resolví aguardar aquel poco tiempo para retirarme públi-

ca y solemnemente; y no volver á vender mi enseñanza y doctrina, despues que me habia rescatado vuestra gracia.

Este mi designio era solamente manifesto á Vos y á los amigos y familiares que vivian conmigo; pero respecto de los demás estaba reservado. Todos nosotros habíamos convenido en que no se divulgase nuestro intento; no obstante que Vos, Señor, á los que ya íbamos *subiendo desde este valle de lágrimas*¹, y cantando alegremente *el Cántico de los grados* que cantan los que suben hácia Vos, nos habíais armado y prevenido de las *saetas agudas, y encendidas ascuas* que sirven para resistir á las *lenguas engañosas* de los falsos amigos, que so color de dar consejo se oponen á nuestros buenos intentos, y con pretexto de amarnos nos destruyen, así como acostumbra la lengua hacer con el manjar, que por quererle, le deshace y consume.

3. Las saetas de vuestro amor y caridad habian traspasado ya mi corazon, y tenia atravesadas vuestras palabras en lo íntimo de mi alma: además de eso, los ejemplos de vuestros fervorosos siervos, que vuestra gracia habia hecho pasar de las tinieblas á la

luz, y de la muerte á la vida, reunidos todos en el seno de mi memoria é imaginacion, eran como unas brasas encendidas, que quemaban y consumian todo el material pasado de los afectos terrenos, para que su gravedad no me arrastrase á las cosas de este mundo: ardia ya en mi corazon tan activo fuego, que cualquier aire de contradiccion que saliese de semejantes bocas y lenguas engañosas, mas pudiera servir para avivarle que para extinguirle.

Por otra parte, siendo la santidad de vuestro nombre tan conocida y alabada en todo el mundo, es cierto que aquel buen deseo y determinacion que habíamos tomado, tendria tambien muchos que lo alabasen y aplaudiesen: asi podria parecer especie de jactancia no aguardar aquel poco tiempo que faltaba para las vacaciones; sino antes de que llegasen renunciar la cátedra y retirarme enteramente de aquella mi profesion de retórica, que era pública y patente á los ojos de todos. Esto seria llamar la atencion de los que vieran el hecho de mi renuncia y dimision, dándoles motivo de que hablasen mil cosas, y dijesen que determinadamente lo

habia anticipado á las vacaciones que estaban tan próximas, para que se hablase de mí, y fuese reputado por persona de provecho, ó por un grande hombre. ¿Y qué necesidad tenia yo de darles motivo de hablar así, de que se pensase de mí con variedad, de que se disputase sobre mi intencion, y se hablase mucho y mal de nuestro bien?

4. Fuera de que tambien en aquel mismo verano experimentaba que el pulmon se me habia comenzado á fatigar y ceder á mi excesiva aplicacion y trabajo: con la difícil respiracion y dolores del pecho significaba estar algo lastimado, por manera que no me dejaba hablar en voz alta ni por mucho tiempo. Eso al principio me dió algun cuidado, viéndome casi obligado ya por necesidad á dejar la carga de enseñar la retórica, ó á lo ménos á interrumpir por algun tiempo la enseñanza, mientras procurase curarme y convalecer. Pero bien sabeis, Dios mio, que luego que en mi corazon nació y se confirmó aquel deseo de dejarlo todo, y entregarme únicamente á Vos, y á meditar que Vos sois mi Dios y mi Señor, comencé tambien á ale-

grarme, por tener esta excusa verdadera con que templar el sentimiento de los hombres, que por el amor de sus hijos no querian que yo me viese nunca libre de la obligacion y carga de enseñarlos.

Lleno, pues, de esta alegría iba aguantando aquel espacio de tiempo, hasta que se acabase de pasar, que no sé si eran veinte dias cabales los que faltaban; pero los toleré constantemente: pues aunque ya me habia dejado la codicia, que era la que me ayudaba antes á llevar aquel pesado empleo, sucedió la paciencia en su lugar á darme fuerzas, para que el peso no me oprimiese enteramente llevándole yo solo.

Puede ser que algunos de vuestros siervos y hermanos míos digan que hice mal, y pequé en aguardar aquel poco tiempo: que teniendo ya mi corazon lleno de deseos y determinaciones de seguir la milicia cristiana, no debia haber permanecido ni estar sentado siquiera por una hora en la cátedra de la mentira.

No porfio sobre esto. Pero vuestra infinita misericordia, Dios y Señor mio, ¿no me ha

perdonado ya tambien este pecado, juntamente con todos los demás tan horrendos y mortales, en las santas aguas del Bautismo?

NOTA.

¹ Alude el santo Doctor ya al salmo LXXXIII, 7, donde se dice: *Beatus vir, ejus est auxilium abste, ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum*: ya tambien al salmo CXIX, que es el primero de los quince que se llaman graduales, y son los que componen el *Cántico de los grados* que dice aquí san Agustin, y yo he traducido para explicarlo mas, *el cántico de los grados, que cantan los que suben hácia Vos*; porque acostumbraban cantarse subiendo las quince gradas que tenia el templo de Salomon; cuya subida figuraba la que hacen los hombres de virtud en virtud para irse acercando á Dios, y en esto se ocupaba Agustin y sus compañeros entonces. Tambien es verosimil que por aquel tiempo los rezase muchas veces con sus compañeros despues de haberse convertido: y esto es lo que da á entender todo este pasaje, como dice Wangnereck.

CAPÍTULO III.

Como Verecundo le cedió á Agustín una casa de campo en que viviese, mientras llegaba el tiempo de recibir el Bautismo.

5. Verecundo, muy amigo nuestro, que estaba casado con una cristiana aunque él no era cristiano todavía, sabiendo nuestro buen propósito y la resolución que habíamos tomado, se consumía de pena y sentimiento; porque veía que le era forzoso privarse de nuestra compañía por la multitud de sus negocios é impedimentos, de que no podía desprenderse y desembarazarse; y especialmente porque siendo casado, era la mujer una carga que le oprimía y estorbaba mucho mas que todo, el poder seguir nuestro camino, y abrazar el género de vida que habíamos comenzado. Además de esto, él decía que no quería ser ¹ cristiano, sino de aquel modo que para él no era posible. Pero nos ofreció con toda benignidad y franqueza una casa de campo que tenía para que la habitásemos todo el tiempo que nos habíamos de detener en Milan.

Dignaos, Señor, de pagarle esta buena obra en la resurrección de los justos, supuesto que ya le concedisteis ser contado entre ellos. Pues cuando estábamos ya en Roma, aunque ausente de nosotros, se hizo cristiano en una enfermedad que padeció, y partió de esta vida marcado con el sello de la fe; en lo cual, Señor, no solamente tuvisteis misericordia de él, sino tambien de nosotros, para que no fuésemos continua y cruelmente atormentados con la pena y dolor intolerable de no poder contar en vuestro rebaño á un tal amigo, que tan generosa y excelentemente se había portado con nosotros.

Gracias á Vos, Señor, que somos de los vuestros, como lo dan á entender las mismas exhortaciones que nos haceis, y los mismos consuelos que nos dais. Como tan fiel en vuestras promesas, esperamos que por aquella heredad que nos cedió Verecundo, llamada Casiciaco, en la que descansamos en Vos de las fatigas del siglo, despues de haberle perdonado los pecados que cometió en este mundo, le daréis la eterna amenidad de vuestro paraíso que nunca se marchita, por estar co-

locado en aquel monte pingüe, monte vuestro, monte fertilísimo.

6. Angustiábase, pues, con nuestra determinacion el amigo Verecundo; pero se alegraba extremadamente Nebridio. Porque si bien este tampoco era cristiano todavía, y cayera antes en el pernicioso error de creer que el cuerpo de vuestro Hijo, que es la verdad por esencia, era aparente y fantástico^a, no obstante ya habia salido de él, bien que permanecia sin recibir Sacramento alguno de los preparatorios^a que usa vuestra Iglesia, con todo de ser grandísimo y vigilantísimo indagador de la verdad. Poco despues empero de nuestra conversion y regeneracion por vuestro santo Bautismo, se hizo tambien él católico cristiano, y vuelto al África, vivió entre sus parientes observando continencia y castidad perfecta, habiendo hecho cristianos á todos los de su casa, cuando fuisteis servido de sacarle de esta vida, y ahora vive en el seno de Abrahan.

Sea lo que fuere lo que se entiende y significa por aquel seno^a, en él vive mi Nebridio, allí vive mi dulce amigo, á quien Vos,

Señor, primeramente sacásteis de la sujecion de esclavo^a, y despues le hicisteis hijo adoptivo vuestro. Porque ¿qué otro lugar correspondia á una alma como la suya? Ahora, pues, vive él en aquel seno, acerca del cual solia él preguntarme muchas cosas, siendo yo un hombrecillo ignorante y sin experiencia de ellas. Ya no aplica sus oidos á mi boca para escuchar mis respuestas; sino que como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma á la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Pero juzgo que por mucho que se embriague bebiendo sin cesar de ella, no se ha de olvidar de mí; cuando Vos, Señor, que sois esa misma fuente de que él bebe, os acordais de mí.

Así, pues, nos hallábamos entonces, por una parte consolando á Verecundo, que sin faltar á la amistad se entristecia del método de vida que abrazábamos por nuestra conversion; y al mismo tiempo exhortándole á que abrazase vuestra fe y os sirviese en aquel grado que le correspondia, esto es, en el mismo estado del matrimonio en que se hallaba; mientras por otra parte aguardábamos

que nos acompañase Nebridio, que facilísimamente podía ejecutarlo, y estaba ya para hacerlo sin demora. Con esto se pasaron finalmente aquellos días que se me hicieron largos y muchos, por el deseo que tenía de verme desocupado, para cantaros con todas las potencias de mi alma: *Señor, mi corazón os ha dicho que yo he buscado la luz de vuestro rostro: vuestro rostro, Señor, he de buscar.*

NOTAS.

¹ No quería Verecundo abrazar el Cristianismo, sino siguiendo aquel método de vida que Agustín y los suyos habían proyectado, y libre de la compañía de su mujer; y como esto no podía ser viviendo ella, por eso decía que no quería ser cristiano sino de un modo que no le era posible.

² Ya se dijo en el lib. ix, cap. x, que uno de los errores de los Maniqueos era negar que Cristo hubiese tomado verdadero cuerpo; error que ellos tomaron de otros herejes más antiguos, y particularmente de los *Docetos*.

³ Llámense Sacramentos preparatorios para el Bautismo, los exorcismos, las señales de la cruz que se hacían sobre los catecúmenos, la sal misteriosa que se les daba; todo lo cual por ser cosas sagradas y misteriosas pueden llamarse Sacramentos prepa-

ratorios, que es la frase con que también se explica el P. J. M.

⁴ San Gregorio Nazianceno en la oración fúnebre de san Cesario dice lo mismo, y casi con las mismas palabras que san Agustín: *Vos, dice, des-cansais en el seno de Abraham; sea lo que fuere aquel lugar feliz.*

⁵ El Santo dice de Nebridio, que por Dios fue hecho *ex liberto filius*: en lo cual alude á las leyes de los romanos, que les permitían hacer de sus esclavos, *libertos ó libres* (que no hay en castellano otra voz con que poder significarlo de una vez); y á estos podían imponerles sus mismos nombres honoríficos, contarlos entre su familia, y hacerlos herederos de sus bienes en todo ó en parte. Como á Nebridio le sacó Dios del error y servidumbre del demonio que le tenía como esclavo, fue esto hacerle *liberto ó libre* por el Bautismo; fue hecho de *liberto* hijo adoptivo, porque por la gracia consiguió la adopción de los hijos de Dios, y herederos de su gloria.

CAPÍTULO IV.

De los libros que escribió, despues de retirado con todos los suyos á la dicha heredad de Casciaco: de las cartas á Nebridio: efectos que experimentaba leyendo los Salmos, y como sanó milagrosamente de un vehementísimo dolor de dientes.

7. Llegó por fin el día en que efectivamente habia de exónerarme del empleo de maestro de retórica, como ya lo estaba con la intencion y la voluntad. Efectuóse la dimision de dicho empleo, con lo cual sacásteis á mi lengua de las prisiones y grillos de que ya habíais sacado mi corazon; y yo lleno de gozo y dándoos muchas gracias por ello, me retiré á la quinta de Verecundo con todos los amigos ¹.

Los libros que allí compuse, ya de las materias que trataba y controvertia con mis compañeros, ya conmigo ² solo y en presencia vuestra, y las cartas que escribí á Nebridio, que estaba ausente, testifican la clase de estudios en que me ocupaba entonces, pues

todas aquellas obras las escribí y ordené á vuestro servicio, no obstante que conservan todavía algun resabio de la escuela de la vanidad, lo cual puede compararse con aquel jadear ó difícil respiracion del que va corriendo, que le dura aun despues de estar parado.

Pero ¿qué tiempo bastaria para que yo refriese por menor los grandes beneficios que Vos me hicisteis en todo aquel tiempo; especialmente metiéndome mucha prisa el deseo de llegar á referir otras mayores mercedes? Porque me está llamando, y me deleita verdaderamente el acordarme, Señor, y publicar ahora con qué interiores estímulos domásteis mi ferocidad, de qué modo allanásteis en mí los montes y collados de mis altivos pensamientos, enderezásteis mis caminos torcidos, y suavizásteis los ásperos y fragosos: de qué modo tambien á Alipio, hermano de mi corazon, le sujetásteis al nombre de vuestro unigénito Hijo, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo nombre no queria él antes que sonase en mis escritos; gustando mas de que oliesen á las soberbias doctrinas de los filósofos, cedros ³ que el Señor

habia quebrantado, que á las saludables yerbas de las doctrinas sagradas, cuya virtud ahuyenta las serpientes ponzoñosas.

8. ¡Qué voces os daba yo, Dios mio, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno, rudo y bisoño en amaros con verdadero amor, acompañado de Alipio, que era tambien catecúmeno, y de mi madre, que era por el traje mujer, por la fe varonil, por su ancianidad segura, por su maternidad amorosa, por su piedad muy cristiana, me ocupaba en leer los Salmos de David, cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devocion, y excluyen todo espíritu de soberbia y vanidad! ¡Qué voces os daba yo, Señor, leyendo aquellos Salmos, y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendian en vivísimos deseos de irlos publicando por todo el mundo, si me fuera posible, contra la hinchazon y soberbia del género humano! Bien sé que ya se cantan en todo el universo: verificándose en esto tambien, que *no hay quien se esconda de vuestro calor y luz.*

¡ Con cuán vehemente y vivo sentimiento

me indignaba contra los Maniqueos, porque tan locamente procedian contra aquel antidoto que podia curar las dolencias de su alma! aunque por otra parte me daba lástima que ignorasen aquellos misterios, que eran las medicinas mas conducentes á su salud. Quisiera que hubieran estado alli en un sitio inmediato, que sin saberlo yo hubieran visto entonces mi semblante, y oido las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma habia producido la lectura del cuarto salmo, cuando le lei en el tiempo y lugar que he dicho, repitiendo estas palabras: *Luego que comencé á invocaros, Dios mio, principio y causa de toda mi justicia, luego al punto fue mi súplica bien oida y despachada de Vos: cuando me estrechaban las tribulaciones, me desahogásteis colocándome en espaciosa anchuras. Tened, Señor, misericordia de mí, y concededme lo que os pido en mi oracion.* ¡Ojalá que ellos hubieran oido todas las cosas que yo entonces mezclé entre estas palabras! Pero lo habian de haber oido, sin saber yo que me oian, para que no juzgasen que lo decia porque ellos me escuchaban. Porque, á la verdad, ni yo hubiera acertado

á decir tan buenas cosas, ni las hubiera dicho de aquel modo y con tan vivos afectos, si conociera que ellos me estaban viendo y escuchando. Y dado caso que las hubiera dicho, y del mismo modo, ellos no hubieran sacado de mis palabras tanto provecho como diciéndolas yo á mis solas, y hablando conmigo mismo en presencia vuestra, movido solo del natural afecto de mi alma.

9. Bien sabeis, Padre amantísimo, que me horroricé temiendo vuestra justicia, y tambien me enfervoricé esperando y alegrándome mucho en vuestra misericordia: que estos mismos afectos se me salían por los ojos y boca, cuando en el mismo salmo leí aquellas palabras que dice vuestro Espíritu Santo hablando con nosotros: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de tener tan pesado y terreno el corazon? ¿Para qué amais la vanidad y buscais la mentira?* Porque yo me hallaba comprendido en esto, pues habia amado la vanidad y buscado la mentira; por eso ignoraba lo que allí dice el Profeta; esto es, que Vos, Señor, ya habíais glorificado á vuestro Santo, resucitándole de entre los muertos, y colocándole á vuestra diestra,

para que desde allí enviase al divino Consolador, Espíritu de verdad, segun lo habia prometido, y como efectivamente ya le habia enviado. Ya le habia enviado, porque ya él habia sido glorificado, resucitando de entre los muertos y subiendo á los cielos; que si *hasta entonces el Espíritu Santo no habia sido dado, era porque Jesucristo no habia sido hasta entonces glorificado.*

El real Profeta clamaba: *¿Hasta cuándo habeis de tener pesado el corazon? ¿Para qué amais la vanidad y buscais la mentira?* Sabed que el Señor ha glorificado ya á su SANTO. Primero clama diciéndonos: *¿Hasta cuándo?* Despues vuelve á clamar y decirnos: *Sabed.* Y yo que fui por tanto tiempo ignorante, que amé la vanidad y busqué la mentira, por eso me estremeí todo al oír aquellas palabras, por acordarme muy bien de que yo habia sido tal como aquellos á quienes se dirigian. Porque en aquellos fantasmas que yo habia abrazado en lugar de la verdad, no habia otra cosa que vanidad y mentira. Por eso dije entonces muchas sentencias graves y fuertes hasta en el modo de decirlas, por el sentimiento y dolor que me causaba acordar-

me de aquellas cosas. ¡Ojalá que las hubieran oído los que todavía perseveran amando la vanidad y buscando la mentira! Puede ser que al oírme se hubieran conmovido tanto, que llegasen á vomitar aquel veneno; y Vos, Señor, los hubiérais atendido, cuando clamasen á Vos y confesasen que padeció por nosotros verdadera muerte en un cuerpo real y verdadero, el mismo que ahora os ruega y pide por nosotros.

10. Allí también leía: *Servios de vuestra ira para no pecar.* Esto, Dios mío, ¡cuánto me conmovía, por haber aprendido ya á enojarme contra mí por mis pasados desórdenes, para no volver á pecar en adelante! Y era justo enojarme contra mí, porque estaba plenamente convencido de que no era otra naturaleza del linaje de las tinieblas, distinta de la mía; la que pecaba en mí, como enseñaban aquellos que no se irritan ni enojan contra sí mismos; pero van atesorando contra sí vuestros enojos para el día de la ira, que es el día de la manifestación de vuestro justo juicio.

Tampoco miraba ya estas cosas exteriores, como si fueran los verdaderos bienes á que

debía aspirar, ni buscaba mi felicidad en estas cosas visibles á los ojos corporales, y que se registran con la luz del sol. Porque aquellos herejes que querían ser felices gozando de estas cosas corpóreas y exteriores, con facilidad se ven burlados, y se vuelven inútiles y vanos sus deseos: como derraman su corazón y le entregan totalmente á estas cosas visibles que duran poco y las consume el tiempo, no tienen más recurso que estar como lamiendo con la lengua de su hambrienta imaginación las especies ó imágenes que de aquellas cosas han quedado en ella. Ojalá, que siquiera acosados del hambre, llegasen á decir: *¿Quién nos manifestará los bienes sólidos y verdaderos?* para que entonces les digamos, que atiendan al real Profeta que dice: *Señor, la luz de vuestro divino rostro está grabada en nuestro corazón.* Porque nosotros no somos aquella luz que alumbra á todos los hombres; sino que somos iluminados de Vos, para que los que antes éramos tinieblas, seamos luz en Vos.

¡Oh si ellos vieran en su interior aquel bien eterno que yo había comenzado á gustar! Me deshacía y consumía, considerando

que me era imposible hacérsele ver á ellos, aunque me preguntaran y dijeran: *¿quién nos manifestará los verdaderos bienes?* mientras me presentasen un corazón como el suyo, que solo cree y asiente al informe de sus ojos, y busca solamente los bienes fuera de Vos. Porque allá en lo mas íntimo de mi alma, donde yo me enojé contra mí mismo *, donde sentí una verdadera compunción, donde os había ofrecido y sacrificado mis antiguas costumbres, y esperando en vuestra gracia había comenzado á pensar en hacer vida nueva; allí mismo fue donde Vos, Señor, comenzásteis á darme á conocer vuestra dulzura, y á llenar mi corazón de alegría.

Al mismo tiempo que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas, y con los de mi espíritu las iba conociendo, prorumpia en varias exclamaciones, ordenadas á no querer dividir mi corazón, amando la diversidad y multitud de los bienes terrenos, en que precisamente había de gastar yo tiempo, y los tiempos me gastarían á mí; siendo así que hallaba y tenía en la simplicidad de un bien eterno otra suerte de pan, vino y aceite que alimenta eternamente las almas.

11. También cuando leía el verso que se sigue, exclamaba de lo mas profundo de mi corazón diciendo aquellas palabras: *¡Oh paz! ¡oh inalterable descanso!* ó lo que expresa el Profeta con decir: *¡En esa paz y descanso dormiré y gozaré de un consuelo delicioso!* Porque ¿quién se nos opondrá, cuando llegue á cumplirse aquella sentencia que consta en la Escritura: *Quedó la muerte aniquilada y convertida en victoria* *? Vos, Señor, sois ese mismísimo Ser, que nunca puede mudarse; y en Vos es donde se halla ese descanso perfecto que hace olvidar todos los trabajos; pues Vos sois el único que me establecisteis y disteis seguridad en aquella esperanza que mira á Vos solamente, y no aspira á conseguir esa varia multitud de cosas, que no son lo que Vos sois.

Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndolas me enardecia; pero no hallaba cómo darme á entender á aquellos herejes tan sordos como muertos, de cuya pestífera secta había sido yo antes, cuando poseido de aquella amargura y ceguedad había ladrado con-

* San Agustin lee aquí, *in victoriam*.

tra las Escrituras sagradas, que comunican una dulzura que es como una miel del cielo, y una luz y resplandor que es vuestra misma luz: por eso me abrasaba la ira, me consumía el enojo, de que hubiese quien contradijese á tan divina Escritura.

12. ¿Cuándo podré recordar ni referir todos los beneficios y dulzuras que experimentó mi alma en aquellos días que estuvimos allí desocupados? Pero no tengo olvidado ni quiero pasar en silencio el riguroso azote con que me castigó vuestra justicia, y la admirable prontitud con que me remedió vuestra misericordia. Dispusisteis, Señor, que me acometiese un gran dolor de dientes, que me mortificaba sobremanera: y habiéndose agravado tanto que ya no podía hablar, se me ofreció al pensamiento el pedir á todos mis amigos que me acompañaban, que rogasen por mí á Vos, que sois Dios y Señor de toda la salud. Escribí esto en una tabla encerrada y se la dí á ellos para que lo leyesen. Y lo mismo fue ponernos de rodillas para haceros la súplica, que desaparecerse enteramente aquel dolor. Pero ¡qué dolor era! ¡y qué repentinamente desapareció! Confieso,

Dios y Señor mio, que me quedé atónito y espantado, porque en toda mi vida no había experimentado semejante cosa. Este admirable suceso grabó en mi corazón la idea que yo debía formar de la eficacia de vuestro poder; y alegrándome mucho de la fe que ya tenía en Vos, alabé vuestro santo nombre. Pero esta misma fe no me dejaba tener seguridad y quietud á vista de mis pecados anteriores, que todavía no se me habían perdonado por medio de vuestro santo Bautismo.

NOTAS.

¹ A la quinta Casiciaco, que era propia de Verecundo, acompañándole su madre, Alipio y otros, entre los cuales se han de contar su hijo Adeodato, Navigio su hermano; Trigeccio y Licencio, paisanos y discípulos suyos; Lastidiano y Rústico, sus primos, y también Evodio, como él mismo dice en los libros de *Ordine*, de *Vita beata*, y *contra Academicos*. Durante su estancia en Casiciaco fue cuando vió el monasterio que había fuera de Milan, de donde volvió muy edificado del método de vida que tenían aquellos solitarios, como él refiere en el lib. *De moribus Eccles.*, 33.

² Los primeros de que el Santo habla son los que acabo de nombrar en la nota 1; estos segundos, que dice los compuso hablando consigo mismo, fueron

los *Soliloquios*, que los escribió inmediatamente despues de los otros citados.

³ Llama cedros á los filósofos, para significar la soberbia y vanidad de sus doctrinas, por la mucha altura y elevacion que tienen los cedros: dice que el Señor los habia ya quebrantado, para significar que ya no le llevaban la atencion, ni hacia caso de ellos, y alude á lo del salmo XXVIII, 5: *Et confringet Dominus cedros Libani.*

⁴ A vuestro Santo, esto es, á Cristo, que es por antonomasia el Santo, y el Santo de los Santos.

⁵ Habla del enojo que concibió contra sí, despues de haber oido toda la relacion de Ponticiano; como se dijo en el lib. VIII, cap. VII.

CAPÍTULO V.

Consulta con san Ambrosio, sobre qué libros sagrados le seria mas conveniente leer.

13. Concluido el término de aquellas vacaciones, avisé á los magistrados de Milan, que proveyesen á sus estudiantes de otro maestro de retórica, ya porque habia determinado ocuparme en vuestro servicio, ya porque no podia continuar en aquel ministerio á causa de la difícil respiracion y dolor que padecia en el pecho. Tambien escribí al

santo prelado Ambrosio mis pasados errores y extravíos, y los buenos deseos con que al presente me hallaba, á fin de que me dijese cuáles de vuestros Libros sagrados me convendria mas leer, para mejor disponerme y prepararme á recibir dignamente una tan grande gracia como la del Bautismo. Él me mandó que leyese al profeta Isaías; y creo que lo hizo así, porque entre los demás Profetas este es el que anuncia con mayor claridad la doctrina del Evangelio, y la gracia de la vocacion de los gentiles. Pero yo no habiendo entendido bien lo que leí la primera vez en Isaías, y creyendo que todo lo demás estaria tan oscuro para mí y tan dificultoso de entender como lo primero, dejé de continuar en aquella lectura con ánimo de volver á ella, cuando estuviese mas hecho al estilo y lenguaje de la sagrada Escritura.

CAPÍTULO VI.

Vuelve Agustín á Milan, y en compañía de Alipio y Adeodato recibe el sagrado Bautismo.

14. Habiendo llegado el tiempo en que debía inscribirse mi nombre en el catálogo de los que estaban admitidos para recibir el Bautismo y se llamaban *Competentes* ¹, dejamos la quinta y nos volvimos á Milan ². Alipio quiso también acompañarme en renacer á Vos, para lo cual se había preparado con la grande humildad que requieren vuestros santos Sacramentos, y con tan grave y rigurosa mortificación de su cuerpo, que se atrevió á andar descalzo por aquella tierra de Italia que se hallaba cubierta de hielo, no estando él acostumbrado á eso.

Juntamos también con nosotros al joven Adeodato ³, que era mi hijo natural, fruto de mi pecado; pero Vos, Señor, le dotásteis de unas cualidades muy buenas y excelentes. Aun no tenía quince años, y ya se aventajaba en el ingenio á otros muchos, que por la edad y literatura pasaban por hombres graves y doctos.

Dones son y beneficios vuestros estos que os confieso, Dios y Señor mío, Criador de todas las cosas, que sois poderosísimo para reformar nuestras deformidades; pues yo en aquel muchacho no tenía otra cosa mía sino el pecado. Porque el que yo le criase, enseñándole vuestro temor y doctrina, Vos, Señor, me lo inspirásteis y no otro alguno: con qué dones son y beneficios vuestros estos que os confieso.

Un libro hay mío, que se intitula *Del Maestro*, y Adeodato es aquel interlocutor que habla allí conmigo. Bien sabéis Vos, Señor, que aquellos pensamientos y sentencias que pongo allí en nombre del que introduzco hablando conmigo, todos son verdaderamente de Adeodato, cuando solo tenía diez y seis años de edad. Pero otras cosas experimenté en él, que eran mucho más admirables. Asombrado me tenía aquel ingenio. ¿Y quién sino Vos puede ser el autor de tan grandes maravillas? Bien presto le sacásteis de este mundo: por eso me acuerdo de él ahora con mayor seguridad, sin temer que le suceda alguna desgracia, pues ni en la puericia, ni en la adolescencia, ni en toda su vida encuen-

tro ni descubro cosa alguna que de ningun modo pueda darme cuidado.

Juntamos, pues, á Adeodato con nosotros, para que en la vida de la gracia fuese nuestro coetáneo, y para continuar educándole con arreglo á vuestra ley y doctrina. Finalmente recibimos el Bautismo*; y luego al punto se nos quitó aquel cuidado en que nos tenia la memoria de nuestra vida pasada.

Ni me hartaba en aquellos dias de la dulzura admirable que causaba en mi alma el considerar vuestra altísima é inescrutable providencia en orden á la salud del género humano. ¡Cuánto lloré tambien oyendo los himnos y cánticos que para alabanza vuestra se cantaban en la iglesia, cuyo suave acento me conmovia fuertemente, y me excitaba á devoción y ternura! Aquellas voces se insinuaban por mis oidos, y llevaban hasta mi corazon vuestras verdades, que causaban en mí tan fervorosos afectos de piedad, que me hacian derramar copiosas lágrimas, con las cuales me hallaba bien y contento.

* En 25 de abril del año 387.

NOTAS.

¹ En la Iglesia de Milan, y en otras muchas del Occidente, se llamaban *Competentes* aquellos cateúmenos, que estando ya suficientemente instruidos, y reconocidos por de buenas costumbres, pretendian el Bautismo. Á estos los escribian antes de la Cuaresma en un libro de registro que habia para este fin: tenian que ir á la iglesia en aquellos dias y horas que les señalaban, para recibir allí nuevas instrucciones, y sujetarse á nuevas experiencias y exámenes. San Agustin hace mencion, aunque de paso, en el libro *De Fide, et operibus*, de la atencion, cuidado y respeto con que él oia y atendia las instrucciones de aquellos que enseñaban los principios de la Religion, cuando pretendia recibir el Bautismo, y estaba en el grado de los *Competentes*.

² En el intervalo de tiempo que pasó desde su llegada á Milan, hasta la Pascua del año 387, hizo y escribió algunas otras obras que las pasa en silencio: entre ellas fueron la de la *Inmortalidad del alma*, la de la *Gramática*, los principios de los *Tratados de la Dialéctica*, de la *Retórica*, de la *Geometria*, de la *Aritmética*, de la *Filosofia*, y sobre las *Categorías*, etc.

³ Adeodato habia nacido el año 372, no teniendo su padre mas que 18 años de edad; con qué venia á tener Adeodato 15 años, y su padre 33.

CAPÍTULO VII.

Como en Milan comenzó la costumbre de cantarse himnos y salmos en la iglesia. Y como fueron hallados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio.

15. No había mucho que la Iglesia de Milan había comenzado á practicar este género de ejercicio piadoso, que es de tanto consuelo y edificacion para los fieles; los cuales concurrían á él con gran celo y devocion, cantando juntamente con las voces y con los corazones. Habría un año ó poco mas, que la emperatriz Justina ¹, madre del jóven emperador Valentiniano, había dado en perseguir á vuestro siervo Ambrosio, por causa de la herejía de los Arrianos con que ella estaba inficionada y seducida: pasaban los fieles las noches en la iglesia, determinados y dispuestos á morir con su obispo y siervo vuestro. Mi madre, vuestra fiel sierva, á quien tocaba la mayor parte del cuidado y consternacion que padecían los fieles, era la primera en concurrir también á aquellas viglias

que celebraban, de modo que no vivia sino de sus oraciones. Yo, que todavía estaba frio en la devocion, y salto del calor y fervor de vuestro espíritu, no dejaba de conmovirme con el susto y turbacion que padecia toda la ciudad. Entonces fue cuando se estableció que cantasen los fieles himnos y salmos, segun se acostumbraba ya en las iglesias de Oriente, para entretener y divertir el tédio y la tristeza que pudiera acabar de sobrecoger al pueblo; y desde entonces hasta el dia de hoy se ha continuado este piadoso ejercicio, que han adoptado ya casi todas las Iglesias del universo, siguiendo el ejemplo de la de Milan ².

16. En este mismo tiempo fue cuando en una vision manifestásteis á vuestro santo Obispo el lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio, que por tantos años habiais conservado incorruptos, y escondidos en el secreto de vuestros tesoros, para manifestarlos oportunamente cuando conviniese, y reprimir la rabiosa furia de una mujer, que además de eso era emperatriz. Porque habiéndolos descubierto y desenterrado ³, al tiempo de tras-

ladarlos á la basílica ambrosiana con el honor y pompa que correspondia, no solo quedaban sanos y salvos los energúmenos á quienes mortificaban antes los espíritus inmundos, confesando vuestro poder los mismos demonios; sino que tambien un ciudadano, que habia muchos años que estaba ciego, y era muy conocido en toda la ciudad, preguntando el motivo que tenia el pueblo para aquellas grandes demostraciones que hacia de júbilo y regocijo, é informado bien de todo, saltó de contento, y rogó al que lo iba guiando que le llevase al paraje por donde pasaba la procesion. Llevado allá, suplicó que le permitiesen tocar un pañuelo al féretro donde iban los cuerpos de aquellos Santos, *cuya muerte habia sido preciosa en vuestros ojos*. Tocó al féretro el pañuelo, se lo aplicó el ciego á los ojos, é inmediatamente recobró la vista. Al instante se divulgó por todas partes la fama de este milagro; al instante resonaron por toda la ciudad vuestras alabanzas públicas y fervorosas; y con esto el ánimo de aquella enemiga del santo obispo Ambrosio, ya que no se extendió ni dilató de modo que consiguiese la santidad de

la fe, á lo menos se reprimió y estrechó, cesando de perseguirle con tan gran furor.

Infinitas gracias os sean dadas, Dios mio. Pero ¿cómo y hasta dónde habeis ido gobernando mi memoria, para que tambien os alabase y bendijese por estas cosas, que no obstante ser tan grandes y maravillosas, las habia olvidado y omitido? Con todo eso, *extendiéndose tanto la fragancia de vuestros olorosos unguentos y aromas*, no os seguia yo entonces todavía, ni corria ⁴ tras de Vos. Hé aquí lo que me daba despues mas motivo de llorar entre los himnos y cánticos de vuestras alabanzas: en otro tiempo, antes de ahora, como quien suspiraba por Vos; pero ahora desahogado y como quien ya respira con tanta libertad, como la que tiene el aire en una casa de heno ⁵.

NOTAS.

¹ La emperatriz Justina, que era arriana, perseguia á san Ambrosio porque no habia querido ceder á los Arrianos una iglesia; y estaba tan enconada contra él, que envió á su casa un asesino para que le matase; el cual yendo á ejecutar el golpe, se le quedó yerto el brazo y sin movimiento alguno.



² Este fue el origen de la costumbre que siguió la Iglesia del Occidente de cantar himnos y salmos. San Ambrosio entonces compuso muchos himnos, que cantaban los fieles en la iglesia: y al mismo tiempo que servian á Dios de alabanza, á ellos les servian de consuelo en la dura y cruel persecucion que padecian.

³ Fue este descubrimiento de los cuerpos de san Gervasio y Protasio á 17 de junio del año 386 segun Mr. Tillemont; aunque Baronio lo aplica al año siguiente.

⁴ Como este suceso fue un año antes de que recibiese san Agustín el Bautismo, por eso dice que todavía no corría él tras la fragancia y aromas que Dios comunicaba á los fieles.

⁵ Con esta frase me parece quiere significar san Agustín la libertad con que ya *respiraba* su corazón, cuando antes oprimido *suspiraba*.

CAPÍTULO VIII.

De la conversion de Evodio : de la muerte de su santa madre Mónica, y de la crianza y educacion que tuvo desde sus primeros años.

17. Vos, Señor, que *haceis que vivan juntos en una misma casa los que tienen una misma voluntad*, trajisteis á nuestra compañía al jóven Evodio ¹, que era natural de mi

mismo pueblo. El que era agente de los negocios del príncipe se convirtió á Vos, y se bautizó antes que nosotros, y dejando el servicio del emperador, se dedicó al vuestro.

Vivíamos, pues, en amigable compañía, y con la santa resolucion de no separarnos nunca. Buscando un lugar que nos fuese mas cómodo y proporcionado para establecernos en él, y emplearnos en vuestro servicio, determinamos volvernos á África todos juntos ²: estábamos en el puerto de Ostia por donde desemboca el Tíber en el mar, y allí falleció mi madre.

Muchas cosas paso aquí en silencio, porque voy muy de prisa para referir otras que no quiero omitir. Aceptad, Dios mio, las alabanzas que deseo daros, y la accion de gracias que os doy tambien en silencio por las innumerables cosas que dejo de referir. Pero no omitiré todas cuantas especies pueda parir mi memoria de aquella sierva vuestra, que me parió á mí, no solo en cuanto al cuerpo á esta vida temporal, sino tambien en el espíritu en órden á la eterna. Las cosas que de mi madre voy á referir, fueron dones y gracias vuestras, no suyas; pues ni

ella se hizo á sí propia, ni se educó á sí misma.

Vos, Señor, la criásteis, sin que tampoco supiese su padre ni su madre, qué tal seria en lo venidero aquella hija que les habia nacido. La recta disciplina de Jesucristo vuestro unigénito Hijo, régimen que observaba en la casa de sus fieles padres, que era una buena parte de vuestra Iglesia, fue quien la hizo instruirse en vuestro santo temor.

Porque á la verdad, no solia alabar tanto mi madre Mónica el cuidado de la suya en orden á su educacion y enseñanza, como el de una criada que habia muy anciana, la cual en otro tiempo habia traído tambien en brazos á su padre cuando era niño, como suelen las muchachas grandecillas traer los niños en brazos.

En atención á esto como tambien por su ancianidad, y las loables costumbres que siempre habia practicado en una casa tan cristiana, era muy querida y honrada de los amos.

Por esto tambien ella cuidaba mucho de las hijas de sus amos, cuya educacion le habian encargado. Para reprenderlas, cuando era menester, era áspera con una severidad

santa; y para enseñarlas, moderada y suave con prudencia. Así, fuera de aquellas horas en que las niñas tomaban su alimento muy corto y moderado á la mesa de sus padres, aunque estuviesen abrasándose de sed, no les permitia beber ni aun agua sola, para que no tomasen alguna mala costumbre, añadiéndoles estas prudentes palabras: *Ahora bebeis agua, porque no teneis el vino á vuestra disposicion: pero cuando llegueis á estar casadas y seais dueñas de las bodegas y despensas, os parecerá mal el agua, y la costumbre de beber se os quedará siempre.* Con esta razon que presidia en lo que mandaba, y con la autoridad y poder que tenia para que ejecutasen lo mandado, conseguia refrenar los antojos de aquella edad mas tierna, y arreglaba la sed de aquellas niñas á las leyes de la templanza, para que nunca les agradase lo que no fuese decente.

18. No obstante todo este cuidado y enseñanza, imperceptiblemente se le introdujo en el corazon á mi madre y sierva vuestra el gusto y aficion al vino, como ella misma me lo contaba. Porque en la confianza de que era niña, y que no bebia vino, ella era la que

por mandato de sus padres iba regularmente á sacarle de la cuba, y antes de echarlo en la vasija en que lo habia de llevar, aplicaba los labios al vaso con que lo sacaba, dando un pequeño sorbito, porque su paladar mismo repugnaba el beber algo mas. Pues no hacia esto en fuerza de alguna pasion que tuviese al vino, sino impelida de ciertos excisillos y antojos de que abunda aquella edad, y se desahogan y explican en unos movimientos como burlescos; los cuales con el peso y gravedad de los mayores y maestros suelen contenerse y reprimirse en los ánimos de los muchachos. Así, añadiendo á aquel pequeño sorbo primero otros pequeños sorbos cotidianos (como *el que desprecia lo poco, viene á caer en lo mucho*), llegó á contraer tal costumbre, que ya bebia con gran gusto una copa de vino casi llena.

¿Dónde estaba entonces aquella prudente anciana, y aquella su prohibicion severa y rigurosa? Mas ¿por ventura habria alguna cosa que fuese de provecho para curar una enfermedad oculta, si Vos, Señor, que sois el verdadero médico de todos nuestros males, no estuviérais siempre velando sobre

nosotros? Así, un dia estando ausente el padre y la madre, y tambien los que cuidaban de su educacion, Vos, Señor, que estais presente á todos, que nos habeis criado, que nos llamaís en todo tiempo, que por medio de los hombres que desde la eternidad teneis determinados para nuestro ejercicio, nos procurais y haceis lo que es bueno y conveniente para la salud de nuestras almas; ¿qué fue, Dios mio, lo que hicisteis en aquella ocasion? ¿con qué remedio la curásteis? ¿con qué medicina la sanásteis? ¿No es cierto, Señor, que os servisteis de aquel fuerte y agudo dieterio, que le dijo aquella otra criatura, cuya injuriosa afrenta fue como un hierro cortante y medicinal, que sacásteis de los secretos senos de vuestra providencia, con el cual de un solo golpe cortásteis toda aquella corrupcion?

Porque aquel dia que ella estaba sola con una criada, que era precisamente la que solia acompañarla cuando iba por el vino, riñeron las dos entre si, como muchas veces sucede en las casas; la criada le echó en rostro esta mala costumbre que su ama menor tenia, y con un modo áspero y desabrido la

insultó llamándola *borrachuela*. Estimulada la niña con esta injuria, abrió los ojos para ver aquella fea costumbre, y desde aquel instante la condenó ella misma y la dejó.

Ello es cierto, que así como los amigos adulando nos pervierten, así muchas veces los enemigos injuriando nos corrigen; pero Vos, Señor, les daréis el pago que corresponde á la voluntad é intencion que ellos tuvieron, y no el que corresponde á lo que Vos mismo haceis por medio de ellos. Porque aquella criada llevada de la ira no pretendia verdaderamente sanar á su ama menor; sino injuriarla y zaherirla: así fue que aquella reprension se la dió sin testigos y á escondidas, ó porque el lugar y tiempo de la riña casualmente las cogió solas, ó acaso recelosa de que á ella le viniese algun daño por no haberlo descubierto antes. Mas Vos, Señor, que gobernais todas las cosas del cielo y de la tierra; que de todas usais, haciendo que sirvan al cumplimiento de vuestra voluntad, y dando su debida ordenacion, aun á las cosas que desordenadamente siguen el curso perturbado de los siglos, hasta de la misma enfermedad de la una os servisteis para sa-

nar á la otra: con qué cualquiera que advierta y reflexione esto, no tendrá motivo para atribuirse á sí mismo el buen efecto que sus palabras hicieron tal vez en otro, á quien queria corregir de algun defecto.

NOTAS.

¹ Este Evodio fue despues obispo de Uzales, y se hizo muy ilustre por su virtud, por su ciencia, y por los muchos y grandes servicios que hizo á la Iglesia. Este mismo es con quien habla san Agustin en el libro *De Quantitate animæ*, y en los *De Libero arbitrio*.

² En el poco tiempo que se detuvo en Roma, volviendo de Milan para África, escribió un libro de las *Costumbres de la Iglesia católica*, otro de las *Costumbres de los Maniqueos*, el ya citado de la *Cantidad del alma*, y los del *Libre albedrio*; de los cuales el segundo y tercero, dice que los concluyó estando ya en África.

CAPÍTULO IX.

Continúa Agustin refiriendo las loables costumbres de su madre.

19. Siendo, pues, criada mi madre con honestidad y templanza, y hecha por Vos obediente á sus padres, mas que hecha por

ellos obediente á Vos, luego que cumplió la edad que se requiere para el matrimonio, obedecía y servia al marido que le dieron sus padres, como á su señor : puso gran cuidado en ganarle para Vos, proponiéndole y explicándole vuestro ser y perfecciones, no tanto con sus palabras como con sus costumbres, por las cuales la hicisteis tan hermosa y amable á su marido, que al mismo tiempo le causaba respeto y admiracion.

Pero ella toleró de tal suerte las injurias de sus infidelidades, que jamás tuvo por esto la menor desazon con su marido ; porque esperaba que vuestra misericordia habia de concederle primeramente la fe, y despues la castidad conyugal. Además de esto, era mi padre por una parte muy benigno y amoroso, por otra muy iracundo y colérico ; cuando ella le veia enojado, tenia la advertencia de no contradecirle ni de obra ni de palabra ; despues cuando la ocasion le parecia oportuna, y pasado aquel enojo le veia ya sosegado, entonces le informaba bien del hecho, si acaso aquel enojo habia nacido de su falta de consideracion y de no estar bien informado.

Así cuando otras muchas matronas, cuyos maridos eran mas pacíficos y tratables, traian sus rostros señalados y afeados con cardenales de los golpes que les daban, en sus conversaciones amigables solian ellas reprender la conducta de sus maridos, y mi madre sus lenguas. Recordábales como por chanza, pero en la realidad con mucho juicio, que desde que se les leyeron los contratos matrimoniales, debian considerar, que se les habia leido una obligacion con la que habian quedado hechas criadas de sus maridos ; que teniendo esto presente, estando en calidad de criadas, no debian engreirse y ensoberbecerse contra sus señores. Admirándose ellas (que sabian muy bien cuán feroz marido tenia que sufrir), de que jamás se hubiese oido, ni por indicio alguno se hubiese rastreado, que Patricio hubiese puesto las manos en su mujer, ni que siquiera un dia hubiesen tenido alguna disension, le preguntaban con familiaridad y confianza la causa de todo esto, y ella les enseñaba la conducta que tenia con su marido, que es la misma que dejo insinuada. Las que tomaban su consejo, le daban gracias por el bien que habian experimentado ;

y las que no imitaban su conducta, se veian oprimidas y maltratadas.

20. Tambien á puros obsequios, y por medio de una continua paciencia y mansedumbre, supo vencer el ánimo de su suegra de tal suerte, que siendo así que antes la tenia muy enojada por los chismes de algunas malas criadas; la suegra misma de su propia voluntad se quejó de ellas á su hijo Patricio, le descubrió cuáles eran las que con sus malas lenguas habian sido causa de que ella estuviese mal con su nuera, y de que se hubiese perturbado la paz de su casa; y le pidió que las castigase como correspondia. Así despues que él, ya por dar gusto á su madre, ya por cuidar del buen gobierno de su familia, ya por atender á la paz y concordia de dos personas tan suyas, como esposa y madre, castigó á las acusadas á satisfaccion de su madre, que las habia acusado; dijo esta misma á todas las criadas, que aquellos eran los premios que de allí adelante debia esperar de su mano cualquiera que juzgando que le agradaba, le fuere á contar algo de su nuera. Y no atreviéndose ya ninguna de ellas á ejecutar tal cosa, vivieron

las dos con benevolencia y union de corazones tan gustosa como memorable.

Tambien Vos, misericordiosísimo Dios y Señor mio, habíais dado á aquella tan buena sierva vuestra, en cuyas entrañas me criásteis, el excelente don de apaciguar luego que podia los ánimos de cualesquiera que estuviesen entre sí reñidos y discordes. Portábase con tal prudencia, que oyendo de ambas partes todas las quejas, desabrimientos y palabras descompuestas que la enemistad cólerica é indigesta suele dictar y proferir, quando con una amiga presente habla otra de su enemiga ausente en confianza, exhalando por sus bocas la crudeza de sus odios y rencores; nunca descubria á las unas lo que habia oído á las otras, sino aquello solamente que podia servir para reunir las y reconciliarlas.

Este don me pareciera pequeño, si yo mismo no hubiera experimentado con sentimiento de mi alma lo que practican en esta materia innumerables gentes, por haber cundido dilatadísimo no sé qué horrenda peste de pecados, quienes no solamente acostumbran revelar á los unos airados enemigos

lo que los otros enemigos suyos, enojados tambien, han dicho de ellos, sino que tambien añaden otras cosas que no han dicho. Debiera ser tan al contrario, que á un hombre que obra conforme á la humanidad habia de parecerle poco el no excitar ni promover las enemistades de los hombres, hablando mal de unos á otros; si además de esto no procuraba tambien apagarlas enteramente hablando bien á todos. Esto es lo que mi madre practicaba, siguiendo las ocultas instrucciones que Vos, íntimo maestro suyo, le dictábais en la escuela de su corazon.

22. Finalmente ganó para Vos á su marido, reduciéndole á la fe algun tiempo antes de que él saliese de esta vida mortal¹. Desde que se hizo fiel, no le dió á mi madre motivos de llorar los malos procederés con que le habia dado que sufrir y tolerar antes de serlo.

Además de esto, era mi madre una mujer dedicada á servir á todos los que os servian². Cualquiera de vuestros siervos que la habia conocido, os alababa, os reverenciaba, y os amaba mucho en ella, porque los frutos de santidad de su inculpable vida testificaban

que Vos estábais presente en su corazon.

Habia sido *mujer de un solo varon*: habia cumplido todas las obligaciones que tenia para con sus padres: habia gobernado su familia y casa con mucha piedad; y las buenas obras que habia hecho, daban testimonio de la virtuosa conducta que habia tenido. Ella por si misma habia criado á sus hijos, sintiendo despues por ellos los dolores de parto tantas veces, cuantas los veia apartarse de vuestros mandamientos.

Últimamente, Señor, ya que por vuestra gracia permitis que os hablemos vuestros siervos, á todos nosotros los que antes del sueño de su muerte viviamos juntos, y unidos tambien á Vos despues de recibida la gracia de vuestro Bautismo, de tal suerte nos cuidaba, como si fuera madre de todos; y de tal suerte nos servia, como si cada uno de nosotros fuera su padre.

NOTAS.

¹ La muerte de Patricio fue en el año 371; y habiendo quedado sola, tuvo mas proporcion para no perder de vista á su hijo Agustin, y seguirle á Cartago, á Milan, á Casiciaco, y á todas partes á don-

de él iba, hasta morir en Ostia con él á la cabecera.

² En estos siervos entiende aquí san Agustín á los que en otras partes llama *santos*, por estar especialmente consagrados á Dios, y dedicados á su culto, como los eclesiásticos, los religiosos, las monjas.

CAPÍTULO X.

Coloquio de Agustín con su madre, acerca del reino de los cielos.

23. Acercándose ya el día en que mi madre habia de salir de esta vida, el cual para Vos, Señor, era tan sabido como para nosotros ignorado, sucedió, sin duda disponiéndolo Vos por los medios investigables de vuestra Providencia, que mi madre y yo estuviésemos solos y asomados á una ventana, desde donde se veia un jardin que habia dentro de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia, donde apartados del bullicio de las gentes, pudiésemos descansar de las molestias de un largo viaje, y disponer para la navegacion. Estando, pues, los dos solos, comenzamos á hablar, y nos era dulcísima la conversacion; porque *olvidados*

de todo lo pasado, empleábamos nuestros discursos en la consideracion de lo venidero. Buscábamos en la misma verdad, que sois Vos y que estábais presente, qué tal seria aquella vida eterna que han de gozar los santos, que consiste en una felicidad, *que ni los ojos la vieron, ni los oídos la oyeron, ni el corazón humano es capaz de concebirla.* Abriamos la boca de nuestro corazón hácia aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable fuente de la vida, que está en Vos, para que rociados con sus aguas, según nuestra capacidad, pudiésemos de algun modo pensar una cosa tan sublime y elevada.

24. Habia llegado nuestra conversacion á tales términos, que el mayor deleite de los sentidos corporales que pueda imaginarse, y en el mayor auge de luz y resplandor terreno que pueda concebirse, no solamente nos parecia indigno de poderse comparar, sino tambien de que le trajésemos á la memoria, respecto de aquella delicia de la vida eterna; cuando elevándonos con mas fervoroso afecto hácia esto mismo, fuimos recorriendo sucesivamente por sus grados todas las criaturas corporales, y hasta el mismo cielo, desde

donde el sol, la luna y las estrellas envían á la tierra su luz y resplandores. Subíamos todavía mas, ya pensando interiormente en vuestras obras, ya comunicándonos uno á otro nuestros pensamientos con palabras, ya admirándonos de la excelencia de vuestras criaturas : venimos á tratar de nuestras almas, y de allí pasamos mas adelante para llegar á tocar en aquella region de abundantes é indefectibles delicias, donde por toda la eternidad apacentais á vuestros escogidos con el pábulo de la verdad infinita : donde es vida de todos los bienaventurados aquella misma Sabiduria, por la cual fueron hechas todas las cosas que al presente son, las que han sido, y las que serán ; sin que ella haya sido hecha, porque es, y será siempre lo que ha sido.

En medio de nuestro coloquio, cuando mas ansiosamente suspirábamos por ella, llegamos á tocarla con todo el impetu y fuerza de nuestro espíritu, aunque repentina é instantáneamente ; y suspirando por aquella eternidad, dejándonos allí las primicias de nuestra alma, nos volvimos á nuestro comun modo de hablar, donde la palabra suena para

ser oída, y se comienza, y se acaba. Pero ¿qué cosa hay semejante á vuestra palabra, que es nuestro Dios y Señor, que subsiste y permanece en sí misma, y léjos de poder envejecerse, renueva todas las cosas?

25. Decíamos pues: si cesara enteramente la ruidosa inquietud que causan en un alma las impresiones del cuerpo ; si no la conmovieran de modo alguno las especies que por la vista y demás sentidos corporales recibe de la tierra, de las aguas, de los cielos ; si aun la misma alma no hablase consigo misma, y como olvidada de sí, no se detuviese á reflexionar sobre sí misma ; si no hablaran tampoco los sueños, ni las revelaciones imaginarias ; si finalmente cesaran todas las locuciones que puede un alma percibir de las criaturas ; por manera que ni le hablaran con palabras de la lengua, ni por medio de signos ó de señas, ni de otro cualquier modo de hablar sucesivo y pasajero ; sino que enmudeciese todo lo criado, despues de haberle dicho lo que están siempre diciendo estas cosas criadas á todo el que quiere oirlas, esto es : *No nos hemos hecho á nosotras mismas, sino que nos hizo el que permanece y*

dura eternamente. Si dicho esto, callara enteramente todo lo criado, y guardando un silencio profundo todo el universo, como para atender y escuchar al que le crió; entonces hablase él solo á aquella alma, no por medio de las criaturas, sino por sí mismo, de modo que oyésemos su palabra, no de boca de hombres, ni de voz de Ángeles, ni mediante algun ruido de las nubes, ni por símbolos y enigmas; sino por el mismo Criador que el alma ama en estas criaturas, le oyera hablar sin ellas, como ahora nosotros mismos acabamos de experimentar en aquel feliz instante en que nuestro espíritu subió tan alto, que rápidamente llegó á tocar nuestro pensamiento aquella Sabiduría infinita, que eternamente subsiste sobre todas las cosas: pues si este conocimiento se continuara, de modo que, apartados todos los demás que son de esfera muy inferior, solo este sea el que arrebatase el alma, la posea toda, y la introduzca donde esté rodeada y llena de gozos interiores, en el concepto de que la vida eterna sea tal, cual ha sido este momento de clara inteligencia que hemos tenido suspirando; ¿no seria todo esto lo que se le promete di-

ciendo: *Entra en el gozo de tu Señor?* Pero esto ¿cuándo se cumplirá? ¿Será cuando se verifique *el que todos resucitaremos, pero no todos seremos inmutados?*

26. Vé aquí con poca diferencia lo que entonces decíamos, aunque no fuese con estas mismas palabras, ni del mismo modo que ahora. Pero bien sabeis, Señor, que aquel día en que estuvimos hablando de estas cosas, y que segun las íbamos tratando, nos iba pareciendo mas vil y despreciable este mundo con todos sus deleites, dijo mi madre entonces estas palabras: *Hijo, por lo que á mi toca, ya ninguna cosa me deleita en esta vida. Yo no sé qué he de hacer de aquí en adelante en este mundo, ni para qué he de vivir aquí, no teniendo cosa alguna que esperar en este siglo. Una sola cosa habia, por la cual deseaba detenerme algun poco de tiempo en esta vida, que era por verte católico cristiano, antes que muriese. Esto me lo ha concedido mi Dios mas cumplidamente de lo que yo deseaba; pues además de esto, te veo en el número y clase de aquellos que despreciando toda felicidad terrena, se dedican totalmente á su servicio. Pues ¿qué hago yo en este mundo?*

CAPÍTULO XI.

Del éxtasis y muerte de su madre.

27. No me acuerdo muy bien de lo que respondí á estas palabras de mi madre. Pero de allí á cinco días ó muy poco más, cayó enferma de calenturas. En uno de los días de su enfermedad padeció una especie de desmayo, en que por algun tiempo estuvo enajenada de los sentidos. Nosotros acudimos; pero prontamente volvió en sí, y mirándonos á mi hermano y á mí, que estábamos allí inmediatos á su lecho, nos dijo en tono de quien pregunta: *¿Dónde estaba yo ahora?* Y despues viéndonos sobrecogidos de afliccion, nos dijo: *Aquí dejaréis enterrada á vuestra madre.* Yo callaba y reprimia el llanto; pero mi hermano le dijo no sé qué palabras, que aludian á desearle como cosa mas feliz el que muriese en su patria, y no en país tan extraño. Ella habiendo oido esto, mirándole primero con un rostro severo y desazonado, como reprendiéndole con los ojos que pensase de aquel modo; y mirándome despues á mí,

dijo: *Mira lo que dice este.* Luego hablando con entrambos añadió: *Enterrad este cuerpo donde quiera, y no tengais mas cuidado de él; lo que únicamente pido y os encomiendo, es que os acordeis de mí en el altar del Señor, donde quiera que os halleis.* Habiendo manifestado este su pensamiento con las palabras que pudo, se quedó callando, y agravándose la enfermedad, creció tambien su fatiga.

28. Mas yo, Dios mio, considerando los dones que vuestra inescrutable providencia derrama invisiblemente en los corazones de vuestros fieles, haciendo que de allí nazcan frutos admirables, no podia menos de alegrarme y daros muchas gracias por lo que acababa de oir á mi madre, acordándome del gran cuidado que habia tenido siempre de su sepulcro, y como le tenia ya prevenido y preparado junto al de su marido. Porque habiendo vivido los dos con grande union y concordia, queria tambien, como es propio de un alma que todavía no está perfectamente capaz de las cosas divinas, que se añadiese á esta felicidad, el que despues de su muerte contasen los hombres como despues de aquella peregrinacion ultramarina le

hubiese Dios concedido restituirse á su patria, para que la tierra de sus dos cuerpos se cubriese con la tierra inmediata y contigua de sus dos sepuleros. Como yo ignoraba cuánto tiempo habia ya que vuestros dones habian llenado su corazon, y expelido de él un pensamiento tan vano como este, me llenó de alegría y admiracion lo que acababa de decirme. Es verdad que en aquel coloquio que tuvimos los dos á la ventana cuando me dijo : *¿Qué es lo que hago en este mundo ya? no dió á entender de ninguna manera, que tuviese ya deseo de morir en su patria.*

Tambien supe despues, como en aquel mismo tiempo que nos detuvimos en el puerto de Ostia, un dia en que yo me hallaba ausente, estuvo mi madre hablando con unos amigos míos, á quienes trataba con la confianza que pudiera una madre con sus hijos, acerca del menosprecio de esta vida, y de los bienes y utilidades de la muerte. Admirándose ellos de la excelente virtud que Vos hablais concedido á aquella piadosa mujer, le preguntaren si verdaderamente no le daria sentimiento alguno el morir allí y dejar su

cuerpo en una tierra tan léjos de su ciudad y patria ; á lo que ella respondió : *Nada hay léjos para Dios : ni hay que temer que se le olvide ó no sepa el lugar donde está mi cuerpo, para resucitarme en el fin del mundo.*

En fin, aquella alma tan llena de religion y piedad, fue desatada de las ligaduras del cuerpo al nono dia de la enfermedad referida, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mia.

CAPÍTULO XII.

De como lloró la muerte de su madre.

29. Al mismo tiempo que yo cerraba sus ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazon una tristeza grande, que iba á resolverse en lágrimas ; pero mis ojos obedeciendo al violento imperio del alma, absorbían toda la corriente de su llanto, de modo que pareciesen enjutos ; y en esta repugnancia que hacia al desahogo del llanto, tenia que vencer y que padecer mucho. El jóven Adeodato, luego que mi madre dió el último aliento, comenzó á llorar á gritos ; pero á

persuasion de todos nosotros se sosegó y calló. Á este modo tambien era lo que yo experimentaba, pues aquel primer movimiento, que con pueril flaqueza me queria hacer prorumpir en llantos y gemidos, á la voz y precepto de mi alma, como de sujeto mas prudente y juicioso, se reprimia y callaba. Porque no pensábamos por conveniente acompañar con lamentos, gemidos y sollozos la muerte de mi madre; por ser estas unas demostraciones con que por lo comun suele llorarse la infeliz y desgraciada suerte de los que han muerto, ó con que al parecer se significa, que se han consumido enteramente ó aniquilado. Pero mi madre, ni habia muerto de modo que se le pudiese temer algun infeliz destino, ni habia muerto de todo punto, lo cual teníamos por verdad muy cierta, ya atendiendo á la pureza de sus costumbres y método de vida, ya á su fe no fingida, sino muy verdadera, ya tambien por otras muchas razones que nos lo aseguraban.

30. Pues ¿qué era, Señor, aquello que tan gravemente sentia en lo interior de mi alma, sino la herida reciente que en ella habia causado, el haberse disuelto repentina-

mente aquella costumbre de vivir en su compañía, que me era tan sumamente amable y deliciosa? Es cierto que me complacia mucho lo que mi madre habia testificado de mí, aun en esta su última enfermedad, en la cual como halagándome por los obsequios que yo le hacia y lo que la cuidaba, me llamaba *hijo piadoso*: traia tambien á la memoria con grande afecto y ternura, que jamás habia oido de mi boca palabra ni voz alguna que le fuese molesta ni injuriosa. Pero á la verdad, Dios mio y mi Criador, ¿qué importaba todo esto, ni cómo era comparable el reconocimiento y respeto que yo le tuve, con los cuidados y servicios que le debia? Así viendo yo que quedaba desamparado de tan grande consuelo como de ella recibia; mi alma estaba traspasada del dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba; pues la mia y la suya no hacian mas que una sola ¹.

31. Despues que á nuestras persuasiones, como he dicho, reprimió las lágrimas y clamores Adeodato, cogió Evodio un salterio, y comenzó á cantar aquel salmo: *Vuestra misericordia, Señor, y vuestra justicia cantare*

en vuestra presencia: y le respondíamos todos los que estábamos en la casa. Al ruido de nuestras voces acudió gran número de personas fieles y piadosas de uno y otro sexo, y mientras que los que tienen esto á su cargo, disponian todas las cosas que segun costumbre se requerian para el entierro; yo en un lugar retirado, donde podia estar sin menoscabo de mi decoro, en compañía de algunos que no tuvieron por conveniente el dejarme solo, trataba y conferenciaba aquellas materias que me parecian oportunas y propias de aquella ocasion. Esta disputa é indagacion de la verdad servia como de lenitivo á mi dolor y tormento, que solamente á Vos era notorio; pues los demás que me acompañaban y oian atentamente nuestras conferencias, no solamente ignoraban mi pena y sentimiento, sino que juzgaban que estaba sin pesadumbre ni dolor alguno. Pero bien llegaban á vuestros oidos las interiores voces de mi alma, con que yo me reprendia á mi mismo la debilidad y poca fortaleza de mi afecto, aunque los circunstantes no pudiesen oirlas. Tambien delante de Vos comprimia el impetu de mi tristeza, la que cesando por

brevísimo tiempo, volvía á prevalecer y apoderarse de mi corazón, aunque no tanto que me hiciese prorumpir en lágrimas, ni se advirtiese alguna mutacion en mi semblante; pero yo bien sabia cuán gravemente oprimido estaba mi corazón y acongojado. Y como por otra parte me desazonaba mucho el que hiciesen en mí tan fuerte y poderosa impresion estos sucesos humanos, que forzosa y necesariamente han de suceder, ya por el orden que vuestra providencia tiene establecido, ya por ser propios de nuestra condicion y naturaleza, con otro nuevo dolor sentia mi dolor primero, y me aligia con duplicada tristeza.

32. Llegóse el tiempo de llevar el cadáver, y no lloré en todo el camino, ni á la ida ni á la vuelta; pues ni aun en aquellas preces y oraciones que os hicimos, mientras se os ofrecia por su alma el sacrificio de nuestra redencion, estando ya puesto el cadáver junto á la sepultura antes que se enterrase, como allí se acostumbra hacer, ni en aquellas preces me enternecí ni lloré. Sin embargo estuve todo el dia poseido interiormente

de una gran tristeza ; y del modo que me permitia la turbacion de mi alma, os suplicaba que sanáseis mi dolor ; pero Vos no lo haciais, y era, segun creo, para que á lo menos por esta experiencia mia aprendiese y tuviese en la memoria la gran fuerza que tienen los lazos de toda costumbre, contra todas las reflexiones que pueda hacer un alma que ya está desengañada, y no se alimenta de la falsedad y mentira.

Entonces me pareció que tambien me vendria tomar baños, porque habia oido decir, que en latin se llamaban *Balnea*, del nombre griego *Balanion*, para significar que expelen y echan fuera del alma toda afliccion y tristeza. Pero tambien debo confesar á vuestra infinita misericordia, con la que sois Padre mio y de todos los huérfanos, que despues de haberme bañado, me hallé del mismo modo que antes ; porque el calor del baño no pudo hacer que expeliera por sudor la amargura y tristeza de mi alma.

Dormí despues un rato, y cuando desperté, conocí que mi pena y sentimiento en parte se me habia mitigado. Entonces estando

solo en mi lecho, se me acordaron aquellos versos tan verdaderos de vuestro siervo Ambrosio, en que hablando con Vos dice :

Divino Criador del universo,
Que los cielos regis de polo á polo,
Engalanando el dia con el terso
Y hermoso resplandor que el sol da solo ;
Y que la noche, para fin diverso,
Vestis de luto con gustoso dolo
De los sentidos, que al trabajo adverso
Habilita los miembros fatigados,
Por medio del descanso y el reposo,
Para que por el sueño confortados
Vuelvan á su ejercicio laborioso :
Asimismo las almas angustiadas
Con cuidados, discursos, sutilezas,
Mediante el sueño, miran aliviadas
Sus penas, aflicciones y tristezas, etc.

33. Pero desde estas consideraciones volvia á recaer poco á poco en los antecedentes y pasados sentimientos, acordándome de aquella vuestra sierva, de su vida y conducta fiel, tan piadosamente ordenada á Vos, como santamente halagüeña y suave para mí ; y no pudiendo reprimir el sentimiento de verme privado de ella repentinamente, me dió gana de llorar delante de Vos por ella y por mí ; tomando motivos para llorar de su proceder y el mio. Así solté el dique á mis lágrimas,

que hasta entonces tenía represadas, dejándolas correr cuanto quisiesen, hasta que nadas y descansase mi corazón en ellas; como efectivamente descansó, por ser Vos el único testigo que habia de mi llanto, no habiendo allí persona humana que diese á mis lágrimas alguna interpretacion vana y siniestra.

Ahora, Señor, tambien os lo confieso por escrito; léalo el que quisiere, é intérpreto como gustare. Si le pareciere que hice mal, y que pequé en haber llorado á mi madre por un corto espacio de tiempo; á una madre muerta allí á mis ojos, y que por muchos años me habia llorado á mí para que viviese á los vuestros, le pido que no se ria de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él tambien por mis pecados delante de Vos, Dios mio, que sois el Padre de todos aquellos fieles que son hermanos de nuestro Hijo Jesucristo.

NOTA.

¹ Con esta misma expresion explicó el amor extremado que tenia á aquel amigo que se le murió en Tagaste, de quien habló en el lib. iv, cap. vi;

pero aunque retrata aquella expresion, y le parece demasiada hablando del amor de su amigo, no la retrata ni modera hablando del que tenia á su santa madre.

CAPÍTULO XIII.

Ora Agustin á Dios por su difunta madre.

34. Pero ahora que ya estoy sano de aquella herida que penetró mi corazón, y en que pudiera reprenderse por excesivo mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mio, por aquella sierva vuestra otro muy diferente género de lágrimas, que dimanán del temor que padece mi espíritu, considerando los peligros de cualquier alma que contrae *la culpa y muerte de Adán*. Pues aunque mi madre fue vivificada en Cristo, y tambien mientras vivió en este mundo tuvo una conducta tan justificada, que su fe y sus costumbres dan motivo de que se alabe y bendiga vuestro santo nombre; con todo eso no me atreveré á asegurar, que desde que le disteis la vida de la gracia en el bautismo, no se le escapase de su boca siquiera una palabra que por vuestros

mandamientos estuviere prohibida. Y sabemos que la Verdad por esencia, que es vuestro unigénito Hijo, dejó dicho en su Evangelio, que *si alguno injuriase á su hermano diciéndole que es un fatuo, se hacia digno del infierno*. Así ¡desventurado el hombre, por mas laudable que haya sido su vida, si Vos le juzgáreis sin misericordia!

Mas como no escudriñais con todo ese rigor nuestros pecados, confiadamente esperamos hallará en vuestra piedad algun lugar el perdon. Y á la verdad, Señor, cualquiera que delante de Vos contara y alegara sus verdaderos méritos, ¿qué hacia sino contar los que Vos le habíais dado, pues todos son dones vuestros? ¡Oh si los hombres acertasen á conocer que son hombres! ¡y el que se alaba y gloria, se alabase y gloriase en el Señor!

35. Yo, pues, ¡oh alabanza mia, vida mia, Dios de mi corazon! dejando ahora aparte todas las buenas obras de mi madre, por las cuales os doy muchas gracias con grande gusto mio, os pido ahora el perdon de sus pecados. Concedédmele, Señor, por los méritos de Jesucristo, que murió pen-

diente del árbol de la cruz, que fue el remedio universal de todas nuestras llagas, y ahora sentado á vuestra diestra, no cesa de interceder por nosotros. Yo sé que ella ejercitó las obras de misericordia, y que perdonó muy de corazon á todos los que la habian ofendido; pues Vos, Señor, perdonad tambien á ella sus deudas, si contrajo algunas en tantos años como vivió, despues que fue lavada en el agua saludable del bautismo. Perdonadla, Señor, perdonadla, os ruego: *y no entreis con ella á juicio. Sobresalga, Señor, vuestra misericordia sobre vuestra justicia*; ya que no puede faltar la verdad de vuestras palabras, y Vos habeis prometido tener misericordia con los que han sido misericordiosos. Si ellos lo fueron, á vuestra misericordia deben el haberlo sido; y como dice vuestro apóstol Pablo: *Tendréis misericordia de los mismos con quienes antes habeis sido misericordioso, y daréis vuestra misericordia á aquellos con quienes queráis usarla.*

36. Yo bien creo, que ya Vos habréis ejecutado lo mismo que os suplico; *pero llevad á bien, Señor, que yo os explique estos deseos de mi voluntad, cuando os ruego por*

una madre tan cristiana, que estando ya próximo el día de su muerte, no pensó siquiera en que su cuerpo se enterrase con aparato suntuoso, ni de que fuese antes embalsamado, ni deseó que le colocasen en un sepulcro distinguido y separado, ni cuidó de que le llevasen al que en su patria tenía prevenido. Nada de esto nos mandó; sino únicamente que nos acordásemos de ella en el sacrificio del altar, al cual todos los días asistía y cooperaba indispensablemente. Sabía que en él se ofrecía y sacrificaba aquella Víctima santa, con cuya sangre *se borró la cédula del decreto que había contra nosotros*, y quedó vencido nuestro mortal enemigo, que es el que se ocupa en hacer el cómputo de nuestros pecados; el que por mas solícito que anduvo buscando algun defecto que oponer contra la santidad de aquel por quien le veneramos, no halló imperfeccion alguna que fiscalizar.

¿Quién podrá volverle la inocente sangre que derramó por nosotros? ¿Quién podrá restituirle el infinito precio con que nos compró y se hizo Señor de nosotros, para que intente arrancarnos de su poder y dominio?

Pues á este Sacramento que contiene el precio de nuestra redencion, es al que mi madre y sierva vuestra tenía atada estrechamente su alma con el lazo de la fe. Nadie, pues, Dios mio, nadie rompa ese lazo separándola de vuestra proteccion. No se interponga á estorbarla el dragon infernal con sus violencias ni con sus astucias: es verdad que ella no responderá que no debe cosa alguna, ni tiene que satisfacer á vuestra justicia, temiendo ser convencida de lo contrario y venir á manos de su acusador astuto y malicioso; pero responderá que sus deudas se las ha perdonado aquel Señor, á quien nadie puede restituir lo que pagó por nosotros sin deberlo.

37. Descanse eternamente en paz con su marido, que fue el único que tuvo, pues ni despues de él conoció á otro, habiéndole servido de manera, que al mismo tiempo que mereció mucho para con Vos por su paciencia, logró tambien ganarle para Vos.

Inspirad Vos, Dios mio y mi Señor, inspirad á vuestros siervos que miro como á hermanos, inspirad á vuestros hijos que venero como á señores míos, á quienes sirvo

con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos : que todos los que leyeren estas mis Confesiones, hagan en vuestros altares conmemoracion de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser, y me introdujisteis á esta vida, sin saber yo cómo. Á todos, pues, les ruego, que con un afecto de piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán tambien mis conciudadanos en la Jerusalem eterna, por la cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinacion en esta vida, hasta que vuelva á la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado á mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis Confesiones logre mas abundantemente, que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

LIBRO X.

Muestra por qué grados fué subiendo al conocimiento de Dios; que se halla á Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que solo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos: despues describe el estado presente de su alma, y los males de las tres concupiscencias.

CAPÍTULO I.

Que en solo Dios halla un alma su esperanza y alegría.

1. Conózcaos yo, Padre mio, conózcaos yo como Vos me conocéis. Vos, Dios mio, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto á Vos, que la tengais, poseais y llenéis toda, y ella quede á vuestros ojos *sin arruga ni mancha*. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y con-

con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos : que todos los que leyeren estas mis Confesiones, hagan en vuestros altares conmemoracion de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser, y me introdujisteis á esta vida, sin saber yo cómo. Á todos, pues, les ruego, que con un afecto de piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán tambien mis conciudadanos en la Jerusalem eterna, por la cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinacion en esta vida, hasta que vuelva á la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado á mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis Confesiones logre mas abundantemente, que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

LIBRO X.

Muestra por qué grados fué subiendo al conocimiento de Dios; que se halla á Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que solo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos: despues describe el estado presente de su alma, y los males de las tres concupiscencias.

CAPÍTULO I.

Que en solo Dios halla un alma su esperanza y alegría.

1. Conózcaos yo, Padre mio, conózcaos yo como Vos me conocéis. Vos, Dios mio, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto á Vos, que la tengais, poseais y llenéis toda, y ella quede á vuestros ojos *sin arruga ni mancha*. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y con^o

fianza de hallaros; esta esperanza es la que me alegra, cuando es legítima y verdadera mi alegría. Todas las demás cosas de esta vida tanto menos deberían llorarse, cuanto mas se suele llorar el no tenerlas; y por otra parte tanto mas se debían llorar, cuanto menos se suele llorar el gozarlas. Esta es una confesion de la *verdad que Vos amais*: y como *el que sigue la verdad llega á conseguir la luz*; yo quiero seguirla y practicarla, ya sea en la confesion que os hago en lo oculto de mi corazon, ya sea en la que hago públicamente con mi pluma delante de todo el mundo.

CAPÍTULO II.

Siendo claras y manifiestas respecto de Dios las cosas mas ocultas, qué viene á ser lo que hace el hombre en confesarse á Dios.

2. Aunque no quisiese yo confesarme, ni descubrirme á Vos, ¿qué cosa puede haber en mí que os sea oculta, Señor, á cuyos ojos están patentes y claros los mas profundos y escondidos senos de nuestra concien-

cia? En tal caso, en lugar de ocultarme á vuestra vista, os alejaría á Vos de la mia. Pero ahora que mis gemidos y llantos testifican que verdaderamente me desagrado á mi mismo, Vos, Señor, os dignais descubrirnos resplandeciente á mi alma; Vos sois toda mi complacencia, Vos sois el objeto de mi amor y de mis deseos; para que avergonzándome de mí mismo, me desprecie y deje á mí, y os escoja solo á Vos, de modo que ya no piense tener gusto en Vos ni en mí, que no provenga de Vos.

Es ciertísimo, pues, que Vos, Señor, me conoceis claramente tal como soy; pero ya he dicho antes el provecho que espero sacar de confesarme á Vos. Así no lo ejecuto con palabras ni voces formadas en mi boca; sino con palabras interiores de mi alma, y clamores de mi pensamiento, que llegan á vuestros oídos. Si soy malo, no es otra cosa el confesarlo á Vos, que desagradarme de mí mismo; y si soy bueno, no es otra cosa el confesarlo á Vos, que no atribuirme á mí mismo esa bondad: *porque Vos sois el que dáis vuestra bendicion al justo*, haciendo Vos mismo que lo sea el que antes era pecador y

malo. Así, Dios mio, estas Confesiones que hago delante de Vos, las hago al mismo tiempo callando y no callando; porque si calla el ruido de la voz exterior, no calla mi corazon, ni cesa de clamar. Ni yo hablo ni comunico á los hombres alguna cosa buena, que Vos antes no la hayais oido de mí; ni tampoco pudiera ser que Vos la oyérais de mí, si Vos mismo no me la hubiérais dicho ó inspirado.

CAPÍTULO III.

Del fruto que sacaba de confesar á Dios el estado presente de su alma, á distincion de lo que antes habia sido.

3. ¿Qué me importa á mí que oigan ó no los hombres las Confesiones mias, como si ellos hubieran de sanar todas las dolencias de mi alma; siendo ellos tan cuidadosos para saber la vida ajena, como desidiosos para enmendar la suya? ¿Para qué desean oir de mí lo que soy, no queriendo escuchar de Vos lo que son ellos? Mas cuando me oigan hablar de mí mismo, ¿de dónde saben ellos

si yo les digo la verdad; siendo así que *ninguno de los hombres puede saber lo que pasa en lo interior de cada uno, sino el espíritu humano que está en el hombre mismo?* Pero si os oyeran hablar de ellos mismos, no pudieran decir nunca: el Señor nos engaña, ó esto es mentira.

Porque oir ellos lo que decís de ellos mismos, ¿qué otra cosa es sino conocerse á sí propios? Y ¿quién es el que habiendo llegado á este conocimiento, se atrevió á decir: es falso esto que conozco, sino mintiendo él mismo?

Mas como es propio de la caridad hacer que todos los que ella une de modo que tengan un solo corazon, se crean todas las cosas mutuamente unos á otros: yo, Señor, tambien os hago mi confesion, de tal modo que pueda llegar á noticia de los hombres, aunque no pueda hacerles demostracion de que os confieso realmente la verdad; porque estoy seguro que me creerán todos aquellos á quienes la caridad anima y les abre los oidos.

4. No obstante, Dios mio y médico soberano de mi alma, dignaos de declararme

qué fruto puedo sacar de hacer esto. Ya veo que las confesiones de mis males pasados, que Vos me perdonásteis, y los borrásteis para comunicarme vuestra bienaventuranza, dando á mi alma nuevo ser con la fe y gracia de vuestra santo Bautismo; cuando se leen, ó se oyen, han de excitar precisamente el corazon humano, para que no se deje oprimir del letargo de la desesperacion, ni diga: No puedo ya ser otro. Ellas servirán para despertarle de tan peligroso sueño, y hacerle vigilante en el amor de vuestra misericordia, y en la dulzura de vuestra gracia, que es la que da á los flacos el poder y robustez que necesitan, como tambien la luz que es necesaria para que reconozcan su flaqueza. Aun los buenos se deleitan con saber los males pasados, de los que ya se han librado ellos; pero no se deleitan porque son males, sino porque de tal modo lo fueron que ya no lo son.

¿Cuál, pues, será el provecho, Dios y Señor mio, á cuya presencia se confiesa todos los dias mi alma, quedando mas quieta y segura con la esperanza de vuestra misericordia, que con su inocencia; cuál, digo, será

el provecho que puedo prometerme de hacer ante Vos estas Confesiones por escrito, por lo que toca á dar noticia á los hombres de lo que soy al presente, no de lo que antes de ahora he sido? Porque ya he visto el fruto que corresponde á confesar lo que fui, y ya hice antes conmemoracion de él.

Lo que soy ahora en este mismo tiempo en que estoy escribiendo mis Confesiones, hay muchos que lo desean saber, ya de los que me conocieron antes, ya tambien de los que no me conocieron, sino que á mi mismo ó á otros han oido hablar de mí; aunque ni los unos ni los otros pueden aplicar sus oidos á las voces interiores de mi corazon, donde se halla realmente la verdad de lo que soy. Quieren, pues, oirme confesar lo que soy verdaderamente en mi interior, á donde no pueden aplicar sus ojos, ni sus oidos, ni sus entendimientos; con todo eso ellos lo quieren, y están dispuestos á creerme; pero ¿acaso eso es bastante para que tengan un conocimiento cierto y seguro de lo que yo soy interiormente? La caridad que los hace tan buenos como ellos son, es la que les persuade que yo no miento en estas Confesio-

nes que hago de mí mismo, y ella es la que hace que den crédito á mis palabras.

CAPÍTULO IV.

Del grande fruto que esperaba hacer en los fieles con los libros de sus Confesiones.

5. Pero ¿qué fruto esperan sacar de mis Confesiones estos que las desean? ¿será acaso que quieren alegrarse conmigo y darme parabienes, cuando sepan lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme á Vos; y orar por mí, cuando me oigan confesar cuanto me estorbe para eso mismo el peso de mi corrupcion? Á estos tales yo me descubriré desde luego: porque ya no es pequeño fruto, Dios y Señor mio, que muchos os den gracias por los beneficios que me habeis hecho, y sean muchos tambien los que os supliquen y hagan oracion por mí.

Bueno es que mis hermanos amen en mí lo que Vos enseñais que debe ser amado; y bueno es que sientan ver en mí lo que Vos enseñais que debe ser sentido. Haga esto el que me ame como verdadero hermano suyo;

no aquel que por falta de caridad y fe me sea extraño, y permanezca en la clase de los que llama David *hijos ajenos*, cuya boca se emplea en doctrinas vanas, y cuya diestra lo es para la maldad. Haga esto, vuelvo á decir, el que me mire con fraternal afecto; porque este cuando me aprueba, se alegra de mi bien, y cuando me reprueba se entristece de mi mal; porque ya apruebe ó ya repruebe mi conducta, siempre me ama. Pues á estos quiero darme á conocer, para que respiren con alegría cuando sepan lo que hay en mí de bueno, y suspiren con tristeza por lo que hubiere de malo.

Cuanto hay en mí de bueno, de Vos, Señor dimanó, de Vos tuvo el principio, todo ello es don vuestro; pero cuanto hay de malo, ó son mis propios delitos, ó son penas que les corresponden por vuestros justos juicios. Pues respiren mis hermanos por aquellos bienes, y suspiren llorosos por estos males: tanto sus alegres himnos como sus tristes llantos suban hasta el trono de vuestra Majestad, como oloroso incienso que exhalan los corazones de mis hermanos, como otros tantos racionales incensarios llenos del fuego

de la caridad. Y Vos, Señor, aplacado con esa fragancia de vuestro santo templo, *habed piedad de mí, segun es propio de vuestra grande misericordia*, por la gloria de vuestro santo nombre; y no cesando jamás de conservar lo bueno que en mí habeis comenzado, perfeccionad tambien lo que todavía hubiere de imperfecto.

6. Este es, Señor, todo el fruto que pretendo sacar de estas mis Confesiones; no ya diciendo lo que he sido antes, sino lo que soy ahora. Lo confesaré no solamente en vuestra presencia con interior alegría mezclada de temor, y con oculta tristeza acompañada de esperanza; sino que tambien delante de todos los fieles hijos de los hombres, compañeros de mi gozo, participantes como yo de la humana y mortal naturaleza, conciudadanos míos de la celestial Jerusalem, á la cual se dirigen como peregrinos conmigo en la tierra, ya sean los que me precedan, ya los que me sigan, ya los que me acompañen durante el camino de mi vida. Estos son vuestros siervos, y por eso mis hermanos: Vos, Señor, quisísteis que fuesen vuestros hijos, y me habeis mandado que les sirva

como á mis señores ¹ si quiero vivir con Vos de vuestra misma vida.

Para que yo lo pudiese ejecutar, no me bastaria que vuestra palabra solo hablando me lo mandase, si además no me hubiera precedido ejecutando lo mismo que habia mandado. Pues tambien yo hago esto que me mandais con mis hechos y con mis dichos. Esto hago bajo la proteccion de vuestras alas, y es cierto que lo haria con grandísimo peligro, á no estar mi alma debajo de la proteccion de vuestras alas, y á no seros notoria mi flaqueza.

Es verdad que yo soy un parvulillo; pero mi padre vive siempre y es eterno, y en él tengo el tutor que necesito. El mismo que me dió el ser, es mi tutor; Vos, Señor, sois para mí todo esto, y todos mis bienes juntos: Vos sois el Todopoderoso, que estais siempre conmigo, aun antes que yo estuviese con Vos. Á aquellos, pues, á quienes me mandais que sirva en esto, me descubriré, y les manifestaré, no ya lo que he sido antes, sino lo que ya soy ², y lo que todavía soy: *sin embargo no me juzgo á mí mismo con el juicio mas exacto, cabal y perfecto;*

bajo cuyo concepto se ha de entender lo que les voy á decir.

NOTAS.

¹ Dice el santo Doctor, que Dios le ha mandado que sirva á sus hermanos, aludiendo á lo que su Majestad dijo por san Lucas (xxii, 26): *El que sea el mayor entre vosotros, hágase como el menor; y el que fuere presidente y prelado, hágase y pórtese como el siervo y ministro de todos.* Así san Agustín, aun siendo obispo, cumplía exactísimamente este precepto; y no mandaba, sino que servía á sus clérigos, á sus frailes, á todos sus inferiores y súbditos.

² *Lo que ya soy*, esto es, lo que ya he adelantado en la virtud; *y lo que todavía soy*, esto es, lo que todavía me falta para enmendar y perfeccionar. Esto mismo lo dice de otro modo al principio de este capítulo en aquellas palabras: *lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme á Vos; y... cuanto me estorbe el peso de mi corrupción.* Pero los traductores no han explicado bien el *quis jam sim*, *et quis adhuc sim* del texto.

CAPÍTULO V.

Que el hombre no se conoce á sí mismo cabal y perfectamente.

7. Vos solamente, Señor, sois el que puede hacer juicio cabal de lo que soy; pues aunque es cierto *que ninguno de los hombres puede llegar á saber lo que pasa en lo interior de otro hombre, sino el mismo espíritu que está en cada uno de ellos*; hay no obstante algunas cosas en el hombre, que aun el mismo espíritu que le anima no las sabe cabal y perfectamente. Solo Vos, Señor, que le habeis criado, conoceis todas sus cosas con ese cabal y perfectísimo conocimiento. Pero yo, aunque respecto de vuestra perspicacia me respete á mí mismo, y conozca que soy tierra y ceniza, algunas sé y puedo afirmar de Vos, que no las sé ni puedo afirmar de mí.

Es muy cierto que *ahora no os vemos sino confusamente como por un espejo y en enigmas, no habiendo llegado todavía á veros cara á cara.* Por eso mientras dura *mi peregrinacion en la tierra*, me veo mas de cerca á mí mis-

mo que no á Vos : y no obstante eso sé ciertamente de Vos, que de ningun modo podéis padecer violencia ni daño alguno; cuando de mí mismo ignoro enteramente á qué tentaciones sabré resistir, y á cuáles no sabré. Tengo esperanza de salir con victoria, fundándola en que Vos sois fiel en vuestras promesas, y no permitis que seamos tentados mas de lo que vuestras fuerzas pueden resistir; antes bien haceis que saquemos provecho de la tentacion, para que al fin salgamos victoriosos. Confesaré, pues, lo que sé de mí, y confesaré tambien qué es lo que de mí no sé. Porque todo lo que sé de mí, lo sé mediante la luz que Vos me habeis comunicado para que lo sepa; y lo que no sé de mí, estaré sin saberlo, hasta que estas tinieblas de mi ignorancia se conviertan en luz tan clara como la del mediodía con el resplandor de vuestra divina presencia.

CAPÍTULO VI.

Qué cosa es la que se ama cuando se ama á Dios: y como por las criaturas se llega á conocer al Criador.

8. Yo, Señor, sé con certeza que os amo, y no tengo duda en ello. Heristeis mi corazon con vuestra palabra, y luego al punto os amé. Además de esto, tambien el cielo, la tierra y todas las criaturas que en ellos se contienen, por todas partes me están diciendo que os ame; y no cesan de decírselo á todos los hombres, de modo que no pueden tener excusa, si lo omiten.

Pero el mas alto y seguro principio de ese amor, es que Vos usais con ellos de vuestra misericordia, haciendo que os amen aquellos con quienes habeis determinado ser misericordioso. Concedéis por vuestra piedad que os tengan amor, los que por misericordia vuestra teniais escogidos para que os amarán; sin lo cual serian tan inútiles las voces con que el cielo y la tierra se explican incesantemente en vuestras alabanzas, como si las dijeran á los sordos.

Pero ¿qué es lo que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable á estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones; no la gustosa fragancia de las flores, ungüentos ó aromas; no la dulzura del maná, ó la miel, ni finalmente deleite alguno, que pertenezca al tacto ó á otros sentidos del cuerpo.

Nada de eso es lo que amo, cuando amo á mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar, y un cierto deleite cuando amo á mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebatara el tiempo; se siente una fragancia, que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; y se posee estrechamente un bien tan delicioso, que por mas que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo, cuando amo á mi Dios.

9. Pero ¿qué viene á ser esto? Yo pre-

gunté á la tierra, y respondió: No soy yo eso; y cuantas cosas se contienen en la tierra me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y á los abismos, y á todos los animales que viven en las aguas, y respondieron: No somos tu Dios; búscale mas arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos, y respondió todo él con los que le habitan: Anaxímenes¹ se engaña, porque no soy tu Dios. Pregunté al cielo, sol, luna y estrellas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese Dios que buscas. Entonces dije á todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: Ya que todas vosotras me habeis dicho que no sois mi Dios, decidme por lo menos algo de él. Y con una gran voz clamaron todas: *Él es el que nos ha hecho.*

Estas preguntas que digo yo que hacia á todas las criaturas, era solo mirarlas yo atentamente y contemplarlas; y las respuestas que digo me daban ellas, es solo presentarseme todas con la hermosura y orden que tienen en sí mismas.

Despues de esto, volviendo hácia mí la consideracion, me pregunté á mí mismo: Tú ¿qué eres? y me respondí: soy hombre.

Y bien claramente conozco, que soy un todo compuesto de dos partes, cuerpo y alma, una de las cuales es visible y exterior, y la otra invisible é interior. ¿Y de las dos es de las que debo valerme para buscar á mi Dios, despues de haberle buscado recorriendo todas las criaturas corporales que hay desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar por mensajeros los rayos visuales de mis ojos? No hay duda en que la parte interior es la mejor y mas principal: pues ella era á quien todos los sentidos corporales que habian ido por mensajeros, referian las respuestas que daban las criaturas, y la que como superior juzgaba de lo que habian respondido cielo y tierra, y todas las cosas que hay en ellos diciendo: Nosotras no somos Dios, pero somos obra suya. El hombre interior que hay en mí, es el que recibió esta respuesta, y conoció esta verdad, mediante el ministerio del hombre exterior. Es decir, que yo considerado segun la parte interior de que me compongo, yo mismo, en cuanto al alma, conocí estas cosas por medio de los sentidos de mi cuerpo. Pregunté por mi Dios á toda esta grande máquina del mundo, y

me respondió: *Yo no soy Dios, pero soy hechura suya.*

10. Esta hermosura y órden del universo ¿no se presenta igualmente á todos los que tienen cabales sus sentidos? Pues ¿cómo á todos no les responde eso mismo?

Todos los animales, desde los mas pequeños hasta los mayores, ven esta hermosa máquina del universo; pero no pueden hacerle aquellas preguntas, porque no tienen entendimiento, que como superior juzgue de las noticias y especies que traen los sentidos. Los hombres sí que pueden ejecutarlo, y por el conocimiento de estas criaturas visibles pueden subir á conocer las perfecciones invisibles de Dios: aunque sucede, que llevados del amor de estas cosas visibles, se sujetan á ellas como esclavos; y así no pueden juzgar de las criaturas, pues para eso habian de ser superiores á ellas. Ni estas cosas visibles responden á los que solamente les preguntan; sino á los que al mismo tiempo que preguntan, saben juzgar de sus respuestas. Ni ellas mudan su voz, esto es, su natural hermosura, ni respecto de uno que no hace mas que verlas, ni respecto de otro, que además de esto

se detiene á preguntarles : no es que á aquel parezcan de un modo y á este de otro, sino que presentándose á entrambos con igual hermosura, hablan con el uno, y son mudas para con el otro; ó por mejor decir, á entrambos y á todos hablan; pero solamente las entienden los que saben cotejar aquella voz que perciben por los sentidos exteriores, con la verdad que reside en su interior.

Esta verdad es la que me dice : No es tu Dios el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que tiene cuerpo. La misma naturaleza de las cosas corporales, á cualquiera que tenga ojos para verlas, le está diciendo : Esto es una cantidad abultada; y esta precisamente es menor en la parte que en el todo. De aquí se infiere, que tú, alma mía, eres mejor que todo lo corpóreo, porque tú animas esa abultada cantidad de tu cuerpo, y le das la vida que goza; lo que cuerpo ninguno puede hacer con otro cuerpo. Pero tu Dios está tan léjos de ser corpóreo, que aun respecto de tí, que eres vida del cuerpo, es Dios tu vida.

NOTA.

¹ Anaxímenes se engaña. Este filósofo, que florecia durante el cautiverio de los israelitas en Babilonia, enseñaba que el aire era infinito, y que era el principio y causa de todas las cosas, aun de los mismos dioses. Fue discípulo de Anaximandro y maestro de Diógenes y de Anaxágoras, como dice el mismo Santo en el libro 8 de *Civitate Dei*, cap. 2.

CAPÍTULO VII.

Que ninguno puede hallar á Dios por medio de los sentidos corporales ni de las potencias puramente sensitivas.

11. Pues ¿qué es lo que yo amo, cuando amo á mi Dios? ¿Qué ser tiene aquel que es superior á lo que hay mas alto y superior en mi alma? Es menester que ella me sirva como de escala para subir hasta él. Pasaré, pues, mas arriba de aquella facultad que ejerce mi alma en el cuerpo, comunicando la vida á todas las partes de que se compone: pues con sola esta facultad ó potencia de mi alma no puedo hallar á mi Dios;

porque de lo contrario se siguiera, que tambien le hallarian *el caballo y el mulo que no tienen entendimiento*, pues tambien ellos tienen esa facultad que da vida á sus cuerpos.

Hay además en mi alma otra virtud y facultad superior á esta, la cual no solamente hace que viva el cuerpo, sino tambien que sea sensitivo. El mismo Señor que crió á mi alma con esta facultad, mandó y dispuso que no oyera por los ojos, ni viera por los oídos; sino que se sirviera de aquellos para ver, y de estotros para oír: y así respectivamente de los demás sentidos, á los cuales señaló sus propios y peculiares órganos para los diversos oficios que mi alma siendo única, ejecuta por diferentes sentidos.

Pues tambien debo pasar mas arriba de esta facultad de mi alma que me da la vida sensitiva, porque esta es comun al caballo y demás brutos, que igualmente sienten por medio de los órganos y sentidos de su cuerpo.

CAPÍTULO VIII.

De la admirable virtud y facultad de la memoria.

12. Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Criador, y pasando mas arriba de lo sensitivo, vengo á dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdiccion de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, las cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos. Además de estas imágenes, se guardan allí todos los pensamientos, discursos y reflexiones que hacemos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de otro modo aquellas mismas cosas que fueron el objeto de nuestros sentidos; y en fin, allí se guardan cualesquiera especies, que por diversos caminos se han confiado y depositado en la memoria, si todavía no las ha deshecho y sepultado el olvido.

Quando mi alma se ha de servir de esta potencia, pide que se le presenten todas las imágenes que quiere considerar : algunas se le presentan inmediatamente ; pero otras hay que buscarlas mas despacio , como si fuese menester sacarlas de unos senos mas retirados y ocultos. Otras suelen salir amontonadas y de tropel ; y aunque no sean aquellas las especies que entonces se pedian y buscaban , ellas se ponen delante como diciendo : ¿ por ventura somos nosotras las que buscáis ? Yo las aparto de la vista y aspecto de mi memoria con la mano y entendimiento, hasta que se descubra lo que busco, y acabe de dejarse ver, saliendo de aquellos senos donde estaba escondido. Tambien hay otras que se presentan fácilmente, y con el mismo orden con que se las va llamando ; entonces las primeras ceden su lugar á las que siguen, y cediéndole vuelven á guardarse. Todo esto sucede verdaderamente cuando digo alguna cosa de memoria.

13. Allí están guardadas con orden y distincion todas las cosas , y segun el órgano ó conducto por donde ha entrado cada una de ellas ; como por ejemplo, la luz y todos

los colores, la figura y hermosura de los cuerpos , por los ojos ; todos los géneros y especies que hay de sonidos y voces, por los oidos ; todos los olores, por el órgano del olfato ; todos los sabores, por el gusto ; y finalmente, por el sentido del tacto que se extiende generalmente por todo el cuerpo, todas las especies de que es duro ó blando, caliente ó frio, suave ó áspero, pesado ó ligero, ya sean estas cosas exteriores, ya interiores al cuerpo. Este capacísimo retrete de la memoria recibe, en no sé qué secretos é inexplicables senos que tiene, todas estas cosas, que por las diferentes puertas de los sentidos entran en la memoria , y en ella se depositan y guardan, de modo que puedan volver á descubrirse y presentarse cuando fuere necesario.

Pero no entran allí estas mismas cosas materiales ; sino que unas imágenes que representan esas mismas cosas sensibles, son las que se ofrecen y presentan al pensamiento, cuando sucede que uno se acuerda de ellas. Mas ¿quién sabe ni podrá decir cómo fueron formadas estas especies ó imágenes, no obstante que claramente consta, por

qué sentidos fueron atraídas y guardadas allí dentro?

Porque aun cuando estoy á oscuras y en silencio, si yo quiero, saco en mi memoria varios colores, y hago distincion entre lo blanco y lo negro, y entre los demás colores que quiero; y los ruidos ó sonidos no se presentan entonces, ni perturban lo que estoy considerando, y que ha entrado por los ojos; siendo así que tambien los sonidos están allí, aunque puestos como separadamente y escondidos. Porque tambien si me agrada, pido que salgan ellos, y al instante se me presentan: y entonces sin mover la lengua, y callando la garganta, canto en mi interior todo lo que quiero; y no obstante que están allí tambien las dichas imágenes de los colores, no se mezclan con estotras, ni sirven de estorbo, cuando se está disfrutando aquel otro depósito de imágenes que entraron por los oidos.

Del mismo modo recuerdo á mis solas, cuando quiero, todas las demás cosas, cuyas imágenes entraron á juntarse en la memoria por los otros sentidos; y sin oler cosa alguna, discierno entre el olor de los lirios y de

las violetas; y sin valerme del gusto ni del tacto, sino solamente repasando las especies que enviaron á mi memoria estos sentidos, prefiero la dulzura de la miel á la del arrope, y lo que es suave á lo que es áspero.

14. Todo esto lo ejecuto dentro del gran salon de mi memoria. Allí se me presentan el cielo, la tierra, el mar, y todas las cosas que mis sentidos han podido percibir en ellos, excepto las que ya se me hayan olvidado. Allí tambien me encuentro yo á mí mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar lo hice, y en qué disposicion y circunstancias me hallaba cuando lo hice. Allí se hallán finalmente todas las cosas de que me acuerdo, ya sean las que he sabido por experiencia propia, ya las que he creído por relacion ajena. Á todas estas imágenes añado yo mismo una innumerable multitud de otras que formo sobre las cosas que he experimentado, ó que fundado sobre estas he creído por diversos modos, y son las semejanzas y respectos que todas ellas dicen entre si y esas otras. Además de esto se han de añadir las ilaciones que hago de todas estas especies, como las acciones futuras,

los sucesos venideros, y las esperanzas: todo lo cual lo considero y miro en la memoria como presente, sin salir de aquel capacísimos seno de mi alma, lleno de tantas imágenes de tan diversas cosas. Y suelo decirme á mi mismo: *Yo he de hacer esto ó aquello: y de aquí se seguirá esto ó lo otro. ¡Ojalá que sucediera tal ó tal cosa! ¡No quiera Dios que esto ó aquello suceda!* Todo esto lo digo en mi interior; y cuando lo digo, salen de aquel tesoro de mi memoria, y se me presentan las imágenes de todas las cosas que digo; y nada de eso pudiera decir, si aquellas imágenes no se me presentaran.

15. Grande es, Dios mio, esta virtud y facultad de la memoria: grandísima es, y de una extensión y capacidad que no se le halla fin. ¿Quién ha llegado al término de su profundidad? Pues ella es una facultad y potencia de mi alma, y pertenece á mi naturaleza; y no obstante yo mismo no acabo de entender todo lo que soy. Pues qué, ¿el alma no tiene bastante capacidad para que quepa en ella todo su propio ser? ¿Y dónde ha de quedarse aquello que de su ser no cabe dentro de ella misma? ¿Acaso ha de estar fuera

de ella, y no en ella misma? Pues ¿cómo puede ser verdad que no se entienda ni comprenda toda á sí misma?

Esto me causa grande admiración, y me tiene atónito y pasmado. Los hombres por lo comun se admiran de ver la altura de los montes, las grandes olas del mar, las anchurosas corrientes de los rios, la latitud inmensa del océano, el curso de los astros; y se olvidan de lo mucho que tienen que admirar en sí mismos. No admiran ellos, que cuando yo nombraba estas cosas que acabo de decir, no las estaba viendo con mis ojos; y no obstante era preciso, para nombrarlas, que interiormente viese en mi memoria los montes, las olas, los rios y los astros que son cosas que he visto, y el océano de que otros me han informado; y que se me presentasen con tan grandes espacios y extensión como tienen en sí mismos, y como si los estuviera viendo con mis ojos. Tampoco cuando vi estas cosas se me introdujeron por los ojos ellas mismas; ni son ellas las que están dentro de mí en el depósito de mi memoria, sino solamente unas imágenes suyas: tambien sé y conozco clara y distintamente por cuál de los

sentidos de mi cuerpo ha entrado cada una de ellas, y la impresion que han hecho en mi memoria.

CAPÍTULO IX.

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias.

16. Pero no son solas estas las cosas que se encierran en la inmensa capacidad de mi memoria; pues tambien están allí como apartadas en un lugar mas profundo (aunque propiamente no es lugar), todas las cosas que he aprendido de las artes liberales, si no se han olvidado; y conservo allí guardadas, no las imágenes de estas cosas¹, sino las cosas mismas. Porque lo que sé de la gramática, de la lógica y de la retórica, no está de tal modo en mi memoria, que dentro de ella estén las imágenes de las ciencias, y estas se quedasen fuera. Porque esto no es una cosa que sonó y pasó, como la voz que sonó en los oídos, y pasó dejando un rastro ó señal de sí, que nos acordamos de ella como si sonara, cuando ya no suena; ni como un olor, que segun va pasando y esparciéndose por el aire,

mueve al olfato, desde donde envia á la memoria una imágen suya, la cual tenemos presente cuando nos acordamos del olor; ni tampoco como el manjar, que estando en el estómago verdaderamente no tiene ya sabor, pero parece lo tiene en la memoria; ni como lo que se siente por medio del tacto, lo cual aunque esté distante, queda en la memoria su imágen, que nos lo representa. Todas estas cosas no entran en la memoria, segun el ser que tienen en sí mismas; sino solamente como unas imágenes suyas, que con maravillosa facilidad y presteza se forman, y se depositan en aquellos senos como á celdillas admirables que tiene la memoria, de donde tambien maravillosamente vuelven á salir cuando uno las recuerda.

NOTA.

¹ Aunque el santo Doctor conoció y adoptó las especies que se llaman *intencionales* de las cosas corpóreas, y las admitió en los sentidos externos é internos; no admitió especies inteligibles de las ciencias y artes, y otras cosas espirituales que, en sentencia del Santo, están impresas en nuestra alma, y como congénitas con ella.

CAPÍTULO X.

Las ciencias no entran en la memoria por ministerio de los sentidos; sino que salen de otro seno mas profundo de ella.

17. Cuando oigo decir á alguno, que acerca de cualquiera cosa se pueden hacer tres distintas cuestiones, á saber: *Si ella es, qué ser tiene, y qué tal es*: es cierto que conservo en mi memoria las imágenes de los sonidos con que se formaron y pronunciaron estas palabras; tambien sé que los tales sonidos pasando por los aires, se disiparon y desvanecieron enteramente, de modo que ya no existen; pero las cosas significadas por aquellas voces, no pude tocarlas ni percibir las por alguno de mis sentidos corporales, ni tampoco las ví en parte alguna sino en mi alma: yo guardé en mi memoria, no las imágenes de aquellas cosas, sino á ellas mismas; mas por donde entraron en mi alma, ellas solamente lo han de decir, si pueden.

Por mas que recorra y examine bien todas las puertas de mis sentidos, no encuentro por

cuál de ellas puedan haber entrado; porque los ojos dicen: Si tienen algun color, nosotros fuimos los que dimos noticia de ellas; los oídos dicen: Si hicieron algun sonido, nosotros te las mostramos; el olfato dice: Si fueron olorosas, por aquí solamente habrán pasado. Tambien el sentido del gusto dice: Si no tienen algun sabor, no hay que preguntarme á mí; el tacto dice: Si no es alguna cosa corpulenta, yo no he podido tocarla; si no la he tocado, tampoco puedo dar noticia de ella.

¿De dónde, pues, han venido estas ciencias, y por dónde han entrado en mi memoria? Lo ignoro, porque cuando las aprendí, no fue dando crédito á lo que otros me dijeron, sino que yo mismo las descubri en mi alma desde luego, y habiéndolas aprobado como verdaderas, las encomendé á la memoria, como depositándolas allí para volverlas á sacar cuando quisiese. Luego estaban dentro de mi alma, aun antes de que yo las aprendiese; pero todavía no estaban en mi memoria. Pues ¿dónde estaban? Y sino, ¿por qué las reconocí luego que me hablaron de ellas, y por qué dije: *Esto es así, esto es ver-*

dad; sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan escondidas y encerradas en sus senos profundísimos y ocultísimos, que si alguno no las excitara ni me hubiera hablado de ellas, puede ser que jamás se me hubieran ofrecido al pensamiento?

CAPÍTULO XI.

Qué cosa sea aprender, hablando de las verdades que hallamos en nosotros mismos.

18. De lo dicho resulta, que aprender estas cosas, cuyas imágenes no hemos recibido por los sentidos, sino que son imágenes é inmediatamente ⁴ como ellas son en sí las vemos dentro de nosotros mismos, no es otra cosa que recoger y juntar con el pensamiento aquellas especies que estaban como dispersas y sin orden en nuestra memoria: y además de eso procurar con reflexión y advertencia, que esas mismas verdades que antes estaban allí dispersas, arrinconadas y escondidas, de allí en adelante estén como puestas á mano en la misma memoria, y se presenten fácil y prontamente, luego que quisiéremos valernos de ellas.

¿ Cuán grande multitud de especies de esta clase tiene mi memoria, que al presente están juntas y ordenadas, y que, como tengo dicho, las tengo en la mano para poder usarlas; y comunmente se dice, que las hemos estudiado, sabido y aprendido? Pues estas mismas cosas, si de cuando en cuando no se vuelven á repetir y repasar, de tal manera se hundén otra vez, y se van como resbalando hasta los senos mas profundos y escondidos; que es menester nuevamente ir las buscando y sacando de allí mismo (porque ellas no tienen otro lugar donde irse), como si fueran nuevas y nunca sabidas, y recogerlas y ponerlas juntas otra vez, para que puedan saberse. Esto mismo da á entender la palabra latina *cogitare*, que significa *pensar*; pero en su raíz (que es *cogo* ⁵, de donde sale el frecuentativo *cogito*) significa *recoger y juntar*; y así *pensar* es lo mismo que juntar y unir las especies que estaban en la memoria dispersas. Este verbo ya no se usa propiamente en la significacion de juntar cualesquiera cosas que están dispersas en otra parte; sino solamente para significar las que se recogen y juntan en el alma, que propiamente

te en latin se dice *cogitare*, y en castellano pensar.

NOTAS.

¹ Es sentencia del santo Doctor, que las cosas inmatrimales las conocemos por sí mismas con conocimiento propio é intuitivo, no menos que las cosas sensibles. Por esto dice (lib. 9 de Trinit. cap. 3): *Asi como nuestra alma recibe por los sentidos del cuerpo las noticias de las cosas corporales; inmediatamente y por sí misma tiene las que pertenecen á las cosas incorpóreas.*

² Esta es una hermosa y elegante etimología del verbo *cogitare*, y ciertamente es la propia; porque el pensar consiste en *juntar y combinar muchos conceptos*, para que así podamos formar nuestros juicios y discursos. Por lo que á la primera operacion del entendimiento, que llamamos *simple aprehension ó concepto*, no le conviene con toda propiedad el nombre de cogitacion ó pensamiento; porque no es coleccion de varios conceptos, sino uno único y solo.

CAPÍTULO XII.

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas.

19. Contiene tambien la memoria, además de lo referido, innumerables reglas, razones y leyes acerca de los números y dimensiones de la cantidad, que no las ha recibido ni adquirido por ninguno de los sentidos del cuerpo; por cuanto no son ellas de color alguno, ni suenan, ni huelen, ni se gustan, ni se palpan. Es verdad que cuando se habla ó se disputa de ellas, oigo los sonidos de las voces ó palabras con que estas mismas ciencias y sus leyes y reglas se significan; pero aquellos sonidos son una cosa, y estas cosa muy distinta. Porque aquellas suenan de un modo en latin, y de otro en griego; pero dichas ciencias ni son griegas ni latinas, ni de otro algun determinado idioma.

Tambien es cierto que he visto por mis ojos aquellas líneas con que trazan los arquitectos sus obras, no obstante ser tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña; pero

aquellas que yo tengo en mi interior son muy diferentes de estas, pues no son imágenes de las líneas que me mostraron mis ojos: solo conoce bien qué líneas son aquellas, el que cuando las contempla y examina prescinde de todo lo que es cuerpo.

Es no menos cierto, que por medio de los sentidos de mi cuerpo han entrado en mi interior las imágenes de los números que exteriormente contamos; pero aquellos con que contamos á esotros, son muy distintos de estos, y tampoco son imágenes de estos números, y por tanto su ser es mas constante y mas cierto.

CAPÍTULO XIII.

Como la memoria es tan reflexiva, que con ella nos acordamos de habernos acordado.

20. Conservo todas estas cosas en mi memoria, como tambien los diferentes medios y modos con que las aprendí, lo propio que muchas objeciones y argumentos falsos que he visto proponer en las disputas contra estas verdades; y aunque las dichas objeciones

son falsas, no lo es que me acuerdo de ellas, ni que hice discernimiento entre la verdad de aquellas téses y la falsedad de estas objeciones; lo que tengo muy presente. Además de esto, veo en mi memoria, que el discernimiento y juicio que ahora formo de estas cosas, es diferente del que me acuerdo haber hecho antes muchas veces que he pensado en ellas: tambien me acuerdo de que he entendido estas cosas diferentes veces; y de que ahora las percibo y entiendo, lo guardo en mi memoria, para acordarme despues de que las entiendo ahora. Con qué tambien recuerdo de que me he acordado; y si despues me acuerdo de que ahora he podido acordarme de estas cosas, sin duda que será un acto reflejo de la virtud ó facultad de la memoria.

CAPÍTULO XIV.

Como tambien están en la memoria las afecciones ó pasiones del ánimo.

21. Tambien las afecciones ó pasiones del alma tienen su lugar en mi memoria; pero no están en ella de aquel modo como en el

alma cuando las padece, sino de otro muy diverso, y segun corresponde al oficio y facultad de la memoria. Porque sin sentir en mi alegría, me acuerdo de haber estado alegre, y sin estar triste, me acuerdo de mi tristeza pasada: tambien sin sentir temor, me acuerdo de haber temido alguna vez; y sin desear ni apetecer, me acuerdo de que antes he apetecido y deseado: algunas veces me acuerdo de lo que positivamente es contrario al afecto que entonces experimento; pues estando con alegría, me acuerdo de mi tristeza pasada; y estando con tristeza, suelo acordarme de mi pasada alegría.

No fuera esto tan digno de admirarse, hablando de las pasiones del cuerpo; porque el alma, que es la que se acuerda, es muy distinta del cuerpo que las padecia. Y así no merece tanta admiracion, que estando yo actualmente gozoso, me acuerde de algun dolor pasado de mi cuerpo. Pero aquí es cosa que admira, porque tambien es alma la memoria: pues cuando encargamos á alguno que no olvide una cosa, solemos decirle: *Mira que esto lo tengas en el alma*; y cuando sucede olvidarnos de algo, decimos: *No estubo*

en mi alma tal cosa, ó se me escapó del alma: llamando alma á la memoria.

Pues, siendo esto así, ¿en qué consiste que, aun cuando actualmente esté alegre, si me acuerdo de mi tristeza pasada, mi alma tenga alegría, y mi memoria tristeza; pero de tal modo, que la alma real y verdaderamente está alegre, porque tiene en sí la alegría, y la memoria no está triste, aunque tiene en sí la tristeza? ¿acaso puede decirse que la memoria no es parte del alma? ¿Quién puede decir tal cosa? De todo lo cual podemos inferir, que la memoria, respecto del alma, es como el estómago respecto del cuerpo; y que la alegría y la tristeza son dos manjares, uno dulce y otro amargo: y así cuando aquellas se encomiendan á la memoria, es como cuando los manjares pasan al estómago, que allí se pueden guardar, pero no comunicar su sabor. Seria un pensamiento ridiculo juzgar que en todo eran semejantes estas dos cosas; bien que tienen las dos alguna semejanza.

22. Tambien es muy cierto, que cuando digo que son cuatro las pasiones del alma, deseo, alegría, miedo y tristeza; todo lo que

de ellas pueda discurrir y disputar, ya dividiendo cada uno de sus géneros en sus respectivas especies, ya dando á cada una sus propias definiciones, lo saco de mi memoria; pues allí encuentro lo que he de decir, y de allí efectivamente saco todo lo que digo; pero no me siento movido de ninguna de estas pasiones cuando las recuerdo, las nombro y trato de ellas; siendo así que estaban en mi memoria aun antes que tratase ó me acordase de ellas: porque estaban allí, pude sacarlas á luz y recordarlas.

Tal vez podrá decirse, que así como en los animales el manjar sale del estómago á la boca rumiándole, así estas cosas salen de nuestra memoria acordándonos de ellas. ¿Cómo, pues, en el pensamiento, que es la boca del alma, no se siente lo dulce de la alegría ni lo amargo de la tristeza, cuando se trata ó se disputa de ellas, extrayéndolas así de la memoria? ¿acaso es esto en lo que no tienen semejanza, pues ya hemos dicho que no la tienen en todo? ¿Á no haber esta distincion, ¿quién habria que voluntariamente nombrase tristeza ó miedo, si todas las veces que se hubiesen de nombrar, estuviésemos precisa-

dos á tener y sentir miedo ó tristeza? Es cierto que no hablaríamos de ellas, ni podríamos nombrarlas, si no halláramos en nuestra memoria, no solamente las voces significativas de tales pasiones (las cuales se representan en las imágenes impresas en la memoria por los sentidos del cuerpo), sino tambien las nociones ó ideas de las mismas cosas; las cuales por ninguna de las puertas del cuerpo entraron en la memoria, sino que sintiendo el alma y experimentando en si misma sus pasiones, encomendó á la memoria sus ideas; ó bien ella por si misma, sin que se las entregasen, las tenia recogidas para si.

NOTA.

Platon llamó tambien á la memoria *estómago* del alma; pero aunque sirve mucho este ejemplo para explicar el asunto de que trata aquí san Agustín; el mismo Santo dice, que no convienen en todo estómago y memoria, sino que en parte se parecen y en parte se distinguen.

CAPÍTULO XV.

Como tambien nos acordamos de las cosas que están ausentes.

23. Pero ¿quién podrá fácilmente establecer, si todo esto se hace por imágenes ó no? Porque, si yo nombro á la *pedra*, ó nombro al *sol*, cuando estas dos cosas no están presentes á mis sentidos, inmediatamente se presentan sus imágenes en mi memoria. Nombro algun dolor corporal, no estando presente el dolor, y nada me duele; y si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no supiera lo que nombraba ó decia, ni pudiera distinguir entre el dolor y el deleite. Nombro la salud del cuerpo hallándome bueno y sano: entonces es verdad que está presente la misma cosa nombrada; pero, si su imagen no estuviera tambien en mi memoria, de ningun modo podria acordarme de lo que significa el sonido de esta palabra *salud*. Ni los enfermos, cuando se nombra la salud delante de ellos, entenderian lo que se habia dicho, si aquella misma imagen no se conservara en

su memoria, aunque la cosa misma faltase de su cuerpo.

Nombro los números con que contamos: y hallo que están en mi memoria, no las imágenes de los números, sino los números mismos. Nombro la imagen del sol, la cual está presente en mi memoria: entonces ella misma es la que se me presenta, cuando me acuerdo de ella nombrándola; porque no recuerdo ni nombro la imagen de esta imagen, sino ella misma. Finalmente, nombro á la memoria, y conozco lo que nombro: y ¿dónde lo conozco sino en la misma memoria? ¿Acaso ella puede estar de algun modo mas presente á si misma por medio de su imagen, que inmediatamente por si misma?

CAPÍTULO XVI.

Como tambien la memoria se acuerda del olvido.

24. Pero ¿qué dirémos que sucede cuando nombro el *olvido*, con conocimiento de lo que nombro? porque no pudiera conocer bien el olvido, sino acordándome de él. No hablo

del sonido de esta palabra *olvido*; sino de la cosa significada, la cual si yo la hubiera olvidado, es cierto que no pudiera saber lo que vale ó significa aquella voz. Resulta, pues, que cuando hago mencion de la memoria, la misma memoria inmediatamente por sí misma se ofrece y se presenta á sí misma; pero cuando menciono al *olvido*, se hacen presentes y se ofrecen luego la memoria y el *olvido*: la memoria, con la cual me acuerdo y menciono al *olvido*; y el *olvido*, que es la cosa de que me acuerdo y que menciono.

Peró ¿qué es el *olvido* sino una falta ó privacion de la memoria? Y ¿cómo esa privacion de memoria está presente para que me acuerde de ella, si no es posible que me acuerde mientras subsista esa privacion ó falta de memoria? Siendo, pues, cierto que aquello de que nos acordamos lo tenemos en la memoria, y que si no nos acordásemos del *olvido*, no seria posible que entendiésemos lo que se significa con esta palabra *olvido*, cuando la oimos pronunciar, se infiere necesariamente, que tenemos al *olvido* en la memoria.

No se pudiera inferir de aquí, que cuando nos acordamos del *olvido*, no está él por sí

mismo en nuestra memoria, sino mediante su imágen que le representa; porque si fuera el mismo *olvido* el que allí se representa en su ser propio, no haria que nos acordásemos, sino todo lo contrario. ¿Y quién alcanzará perfectamente ni podrá comprender cómo esto sea?

25. Yo confieso, Señor, que hallo aqui bastante dificultad, y la experimento en mí mismo, pues me cuesta mucho trabajo el entenderme á mí mismo. No intento ahora averiguar las regiones en que se divide el cielo, ni medir lo que distan entre sí los astros, ni entender el equilibrio de la tierra, sino saber lo que soy yo mismo; pues yo, segun que soy alma, soy el que me acuerdo y tengo memoria. No es de admirar que no alcance ni llegue á entender todo aquello que se distingue de mí. Pero ¿qué cosa puede haber mas cerca de mí, que yo? Con todo eso no puedo acabar de entender lo que pasa en mi memoria, que es parte de mi ser, y sin ella no fuera todo lo que soy.

Pues ¿qué es lo que tengo de decir, cuando me consta con certeza, que yo mismo me acuerdo de mi *olvido*? ¿Por ventura he de

decir que no está en mi memoria aquello de que me acuerdo? ó bien, ¿que para no olvidarme, está el olvido en mi memoria? Lo uno y lo otro es un absurdo muy grande. Veamos, pues, lo tercero que antes insinué. ¿Cómo he de decir y asegurar por cierto, que cuando hago memoria del olvido, no es el olvido mismo, sino una imagen suya la que está y se presenta en mi memoria? ¿Cómo, pues, tengo de decir esto, cuando por otra parte sabemos, que para imprimirse en la memoria la imagen de cualquier cosa, es necesario que antes esté presente aquella cosa misma, de la cual pueda quedar la imagen impresa en la memoria? Porque así sucede para acordarme de la ciudad de Cartago, así me acuerdo de los lugares en que he estado, así de los rostros humanos que he visto, y de las cosas que se dan á conocer por los demás sentidos, y así finalmente es como me acuerdo de la salud ó del dolor de mi mismo cuerpo.

Quando estas cosas estuvieron presentes, cogió de ellas la memoria unas imágenes, que pudiese yo despues mirar y tener presentes, y usar de ellas en lo interior de mi alma, cuando tuviese de acordarme de aquellas cosas,

aunque ausentes. Luego si el olvido, no por sí mismo, sino por medio de una imagen suya, se tiene en la memoria, es necesario que antes estuviese el mismo olvido presente, para que se quedase en la memoria su imagen. Quando estaba presente el mismo olvido, ¿cómo podia delinear en mi memoria su imagen, cuando aun aquello que encuentra ya delineado, lo borra con su presencia el olvido? No obstante, de cualquier modo que esto suceda, y aunque este modo con que el olvido está presente á la memoria, no pueda comprenderse ni explicarse; estoy muy cierto de que me acuerdo aun del mismo olvido, aunque él es el que quita de nuestra memoria las especies ó imágenes que para acordarnos teniamos en ella.

CAPÍTULO XVII.

Que no obstante ser tan grande la capacidad y virtud de la memoria, es necesario para hallar á Dios subir mas arriba de esta potencia.

26. Grande y excelente potencia es la memoria. Su multiplicidad, Dios mio, tan profunda como inmensa, tiene un no sé qué que espanta: todo esto que es mi memoria, lo es mi alma y lo soy tambien yo mismo. Y ¿qué soy yo, Dios mio? ¿qué ser y naturaleza es la que tengo? Una naturaleza que se compone de varias, y que vive con varios modos de vida, y que de varios modos es inmensa: como se ve en los espaciosos campos de mi memoria, en las innumerables y profundas cuevas y senos ocultísimos de que consta, que de innumerables modos están todos llenos de innumerables géneros de cosas; ya estén allí por medio de sus imágenes, como las cosas corpóreas; ya estén por sí mismas, como las artes y ciencias; ya por medio de no sé qué nociones y señales, como las afecciones ó pa-

siones del alma que las tiene la memoria, aun cuando ya no las padece el alma; no obstante que todo cuanto está en la memoria, está en el alma. Por todos estos campos, cavernas y senos de mi memoria corro y vuelo de una parte á otra, me insinúo y profundizo cuanto puedo; pero en parte alguna hallo el fin. Tan inmensa como esto es la fuerza y virtud de la memoria; y tan grande y suma es la vivacidad humana, no obstante de ser la vida del hombre mortal y perecedera.

Pues ¿qué me resta que hacer? Decídmelo Vos, Dios mio, que sois mi vida constante y verdadera. Subiré mas arriba de esta potencia de mi alma, que llamamos memoria: pasaré por ella subiendo mas arriba para llegar á Vos, deliciosa luz de mi alma. ¿Qué me decís Vos, Señor? Ya veis que por los grados de mi alma voy subiendo hácia Vos, que sois superior á mí. Subiré, pues, mas arriba de esta potencia que llamamos memoria, deseando tocar con mi conocimiento vuestro ser, por donde pueda tocarse, y unirme á Vos, por donde y como esta union pueda conseguirse. Tambien las bestias y las aves tienen su memoria, sin la cual no sabrían vol-

verse á sus guaridas y nidos, ni hacer y repetir otras muchas acciones á que están acostumbradas; porque ni aun pudieran acostumbrarse á cosa alguna, si no tuvieran memoria.

Pasaré, pues, mas arriba de mi memoria, para llegar á aquel Ser soberano que me hizo diferente de los brutos, y me hizo mas sábio que las aves del cielo. Mas arriba de mi memoria he de subir; pero ¿dónde os hallaré, dulzura soberana, segura y verdadera? ¿en dónde os hallaré? Porque si os he de hallar mas allá de mi memoria y fuera de ella, no me acordaré de Vos. Y si no me acuerdo de Vos, ¿cómo os he de hallar?

CAPÍTULO XVIII.

Como no pudiera hallarse una cosa perdida, si no se conservara en la memoria.

27. Aquella mujer del Evangelio que perdió la dracma y la buscó con una antorcha encendida, no hubiera podido hallarla, si no la conservara en su memoria; porque después que la hubiese hallado, ¿cómo había

de conocer si era aquella la que buscaba, si no se acordara de ella? Recuerdo haber buscado y hallado muchas cosas que habia perdido; y sé que las hallé, porque si cuando buscaba alguna de ellas, me decia alguno: *¿Es por ventura esto lo que buscas, ó es acaso aquello?* yo siempre respondia: *No es eso;* hasta que se me presentase aquella misma cosa que buscaba. Si, pues, no me hubiese acordado de ella, ni tuviera en la memoria lo que era y cómo era aquella cosa; aunque la tuviera á la vista no la hallara, porque no la conociera. Esto mismo sucede siempre que buscamos y hallamos lo que antes hemos perdido.

Pero si alguna cosa se pierde respecto de nuestra vista, no respecto de nuestra memoria, como por ejemplo, cualquier cuerpo visible, entonces la imagen de aquella cosa se conserva interiormente, y por ella se busca hasta que vuelve á presentarse á nuestra vista: cuando ya se ha hallado, se reconoce si es ó no aquella misma cosa que se buscaba, confrontándola con su imagen que estaba en la memoria. Por lo cual, ni decimos que hemos hallado lo perdido, si no lo conocemos;

ni podemos conocerlo, si no nos acordamos de ello. Es verdad que esto solamente se habia perdido respecto de nuestra vista, pero se conservaba en nuestra memoria.

CAPÍTULO XIX.

Como vuelve á acordarse la memoria de lo que habia perdido ella misma.

28. Pero ¿qué dirémos, cuando es la misma memoria la que ha perdido alguna cosa, como sucede cuando olvidamos algo, y lo buscamos para acordarnos de ello? Porque últimamente ¿dónde lo buscamos sino en la misma memoria? Y si buscándolo allí, se nos ofrece y presenta una cosa por otra, la desechemos hasta que se nos ocurra lo que buscamos: entonces decimos inmediatamente: *Esto es, hélo aquí*; lo que no diríamos si no la conociéramos; ni tampoco la conociéramos, si no nos acordáramos de ella. Pero es cierto que la teníamos antes olvidada, tal vez no del todo sino en parte: con la que aun estaba en la memoria, buscábamos la otra parte que faltaba; porque sintiendo en sí la memoria

que no tenia juntas y cabales todas las especies que ella acostumbraba usar y manejar á un mismo tiempo, como truncada y defectuosa en la costumbre que tenia, estaba pidiendo que se le reintegrase lo que la faltaba.

Semejante á esto es lo que sucede, cuando vemos una persona conocida, ó que sin verla se nos ofrece á la memoria, pero no nos podemos acordar de cómo se llama, y nos ponemos á pensar en su nombre: cualquier nombre distinto que se nos ofrezca, no se une bien con la idea que tenemos de aquella persona, porque no estamos acostumbrados á juntar aquella persona con aquel nombre; y por eso los desechemos todos, hasta que se nos presenta aquel que nuestro pensamiento acostumbraba juntar con aquella persona: y entonces descansa y cesa de buscarle, teniendo ya cabal y completa noticia de aquel hombre.

Pero este nombre olvidado que se nos recuerda, ¿de dónde viene ó sale sino de la misma memoria? Porque, aun cuando alguno nos lo recuerde, de nuestra memoria proviene que lo reconozcamos: no le oímos como un nombre nuevo, que entonces apren-

damos; sino que nos recordamos del que habíamos oído otras veces, aprobamos que este, que entonces se nos dice, es el nombre que aquella persona tiene; pero si enteramente se borra de la memoria, aunque otro nos lo quiera recordar, y nos sugiera aquel nombre, no nos acordamos de él absolutamente: no olvidamos enteramente lo que mediante el aviso de otro nos recuerda haberlo olvidado: es imposible que buscáramos una cosa que habíamos perdido, si enteramente la hubiéramos olvidado.

CAPÍTULO XX.

Para desear la bienaventuranza, como todos los hombres la desean, es necesario que la conozcan.

29. Supuesto lo que acabo de decir, ¿de qué medios me valgo para buscaros, Señor? Porque, buscaros, Dios mio, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva, porque Vos sois la vida de mi alma¹, así como ella es la que da vida á mi cuerpo. ¿Cómo, pues, busco la

vida bienaventurada? Porque esta no la conseguiré, hasta que me halle en tal estado, que pueda y deba decir con verdad mi corazón: *Esto me basta*. Pues, ¿cómo la busco? ¿Acaso por medio de la reminiscencia, que es lo mismo que volviéndome á acordar de ella, como cosa que tenia olvidada, pero acordándome todavía que la habia olvidado? ¿ó es por medio de un deseo y apetito de saber una cosa para mí desconocida é ignorada, ya por no haberla sabido nunca, ya por haberla olvidado absolutamente? Pero, esa vida bienaventurada, ¿no es la que todos quieren, y que ninguno hay que absolutamente no la quiera? Pues, ¿dónde la han conocido para que así la quieran? ¿Dónde la han visto, pues, para amarla tanto?

Es que la tenemos dentro de nosotros mismos, aunque ignoramos cómo. Tambien hay un cierto modo de tenerla, que hace verdaderamente bienaventurado á cualquiera que la tiene de aquel modo: otros hay que son bienaventurados por la esperanza de serlo. Es verdad que este modo de tener la bienaventuranza, es muy inferior al otro con que la poseen los que real y verdaderamente son

bienaventurados ; pero no obstante, están mejor que aquellos otros primeros, que ni en la realidad ni en la esperanza son bienaventurados, los cuales no lo son de alguno de esos modos ; de lo contrario no desearan tanto el ser bienaventurados, como es ciertísimo que lo desean.

No sé cómo han llegado á conocer la bienaventuranza, de la cual tienen no sé qué noticia, que deseo averiguar si reside en la memoria ; pues si residiese en ella, se inferiría de esto, que en algún tiempo ya habíamos sido todos bienaventurados. No trato ni examino ahora, si esto se debe entender de todos los hombres, y de cada uno en particular ; ó si la dicha bienaventuranza la tuvimos solamente en *aquel hombre que pecó el primero*, en el cual todos pecamos y morimos, y de quien todos nacimos cargados de miserias. Solamente quiero averiguar ahora, si la idea y noticia que tenemos de bienaventuranza, reside en nuestra memoria, porque no la amaríamos si no la conociéramos.

Oímos este nombre *bienaventuranza* : y todos confesamos que amamos y apetecemos lo que aquella palabra significa ; porque lo que

nos deleita y enamora, no es el material sonido de aquella palabra, pues si un griego la oye nombrar en latín, no le mueve ni deleita aquella voz, porque suponemos que no entiende lo que significa ; pero nosotros que la entendemos, nos deleitamos y aficionamos á ella, como el griego también se aficionaría si la oyera nombrar en su propio idioma : la cosa significada en dicho nombre no es griega ni latina ; pero griegos y latinos, y todos los hombres del mundo, de cualquiera nación que sean, suspiran por ella y desean alcanzarla. Luego de todos los hombres es conocida, y á todos les es notoria ; de modo que si pudiera preguntarse á todos de una vez y con una misma voz, si querían ser bienaventurados ; sin detenerse á pensarlo, y sin dudar en ello, todos responderían que sí : esto no sucedería, si no esludara en su memoria, la cosa que corresponde por significado á este nombre *bienaventuranza*.

NOTA.

¹ Es muy verdadera esta sentencia, y muy frecuente en san Agustín, que dice muchas veces que Dios es la vida de nuestra alma, como nuestra alma

es la vida de nuestro cuerpo; y así como faltando el alma al cuerpo, muere este, así faltando Dios al alma, se muere esta. Véase el sermón XIII de san Agustín, *De Martyribus*.

CAPÍTULO XXI.

Del modo con que la bienaventuranza está en nuestra memoria.

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza, así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo; porque el que tiene conocimiento de los números, no desea ya ni solicita alcanzarlos.

¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza, como nos sucede con la elocuencia? Tampoco; pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente, que tenían noticia y conoci-

miento de lo que es elocuencia); pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo ú oyendo á otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse á la elocuencia, y darse á conseguirla (aunque es verdad, que si no tuvieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y fallándoles la afición y el gusto á la elocuencia, tampoco tendrían deseo de alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así; porque así como estando triste, puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria, puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo ó alegría, pues ni la ví, ni la oí, ni la oli, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí ó experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de

es la vida de nuestro cuerpo; y así como faltando el alma al cuerpo, muere este, así faltando Dios al alma, se muere esta. Véase el sermón XIII de san Agustín, *De Martyribus*.

CAPÍTULO XXI.

Del modo con que la bienaventuranza está en nuestra memoria.

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza, así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo; porque el que tiene conocimiento de los números, no desea ya ni solicita alcanzarlos.

¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza, como nos sucede con la elocuencia? Tampoco; pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente, que tenían noticia y conoci-

miento de lo que es elocuencia); pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo ú oyendo á otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse á la elocuencia, y darse á conseguirla (aunque es verdad, que si no tuvieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y fallándoles la afición y el gusto á la elocuencia, tampoco tendrían deseo de alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así; porque así como estando triste, puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria, puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo ó alegría, pues ni la ví, ni la oí, ni la oli, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí ó experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de

dicha alegría, unas veces para aborrecerla y otras para desearla, segun la diversidad de objetos de que recuerde haberme alegrado. Si ahora me acuerdo de alguna alegría que tuve causada de objetos torpes, la detesto y abomino; y si por el contrario me acuerdo de la que tuve nacida de cosas buenas y honestas, deseo volver á tenerla ó continuarla, no obstante que acaso ya no existan ni estén presentes aquellas cosas ó acciones, y por eso no me acompaña la tristeza cuando hago memoria de esta alegría pasada.

31. Pues ¿dónde y cuándo experimenté yo mismo mi vida bienaventurada, para que me acuerde de ella, y la ame y la desee? Ni en esto soy yo solo, ó tengo pocos que me acompañen, sino que todos deseamos ser bienaventurados; lo cual no apeteceríamos con una voluntad tan firme y determinada, si no la conociéramos con certeza, ó no tuviéramos de ella cierta y segura noticia.

Pero ¿en qué consiste, que si á dos hombres se les preguntase si querian seguir la carrera de la milicia, es muy posible que el uno respondiera que sí, y el otro que no, y que si á entrambos se les preguntase si querian

ser bienaventurados, sea tambien muy posible que uno y otro respondiesen al punto sin poner duda en ello, que lo querian y estaban deseando; y que no por otro fin sino el de ser felices y bienaventurados, tomaban dos partidos tan opuestos, como querer el uno seguir la milicia, y el otro no seguirla?

Tal vez porque unos hombres tienen su alegría y gozo en una cosa y otros la tienen en otra, por eso concuerdan todos en responder que quieren ser bienaventurados; como convendrian tambien si se les preguntase si querian vivir alegres y contentos, porque este mismo contento y alegría es lo que ellos llaman vida bienaventurada. Aunque esta alegría la consiguen unos por un camino y otros la alcanzan por otro, es uno mismo el fin á donde todos conspiran y desean llegar, que es á vivir alegres y contentos.

Esta es una cosa tan comun, que nadie puede decir con verdad que no la haya experimentado en sí mismo: por eso cuando se oye el nombre de la vida bienaventurada, se reconoce al instante por aquella especie de alegría que se halla en la memoria.

CAPÍTULO XXII.

En qué consista la vida bienaventurada, y dónde se ha de buscar.

32. No quiera ni permita, Señor, vuestra misericordia, que en el corazón de este humilde siervo vuestro, que delante de Vos descubre los secretos de su alma, tenga entrada jamás ese vano pensamiento de juzgarme bienaventurado con cualquier género de gozo y alegría que haya tenido. Porque hay otro verdadero gozo que no se concede á los impíos y malos, sino solamente á aquellos que os sirven voluntariamente, de los cuales Vos mismo sois el gozo: esa es la vida bienaventurada, una alegría ordenada á Vos, dimanada de Vos, y poseída por amor de Vos: esa misma es, y no hay otra verdadera. Aquellos que juzgan que hay otra distinta de esa, siguen otra muy diferente alegría, pero no esa misma que es la verdadera; y solo alguna aparente semejanza de la verdadera alegría es la que siguen, y de la cual no se aparta su voluntad.

CAPÍTULO XXIII.

Prosigue explicando qué cosa sea la vida bienaventurada, y dónde se halla.

33. Luego no es cierto que todos desean ser bienaventurados; porque aquellos que no quieren la alegría que Vos comunicais, que es la única vida bienaventurada, sin duda no quieren la que lo es cierta y verdadera; ó bien deberá decirse, que la quieren y desean todos; pero como *la carne tiene unos deseos contrarios al espíritu, y este los tiene también opuestos á la carne*, no pudiendo uno y otro hacer lo que entrambos quieren, vienen á dar y caer en lo que pueden, y con ello se contentan: y es porque aquello que no pueden, no lo quieren tanto como es necesario para que lo puedan.

Si les pregunto á todos, si quieren mas gozar de esta alegría que proviene de la verdad, que de otra que provenga de la mentira, responderian todos, que mas quieren la alegría que nace de la verdad, y que desean ser felices y bienaventurados: porque

la vida bienaventurada es alegría y gozo que nace de la verdad; que es lo mismo que decir, alegría que nace de Vos, *que sois la verdad suma, mi luz, mi Dios, vida y salud de mi alma.* Todos, pues, quieren esta vida bienaventurada; esta vida, digo, que únicamente es la bienaventurada, todos la quieren: todos, vuelvo á decir, quieren y desean el gozo y alegría de la verdad; pues aunque he tratado á muchos que quisieran engañar á otros, á ninguno he visto que deseara ser engañado.

¿Dónde, pues, conocieron esta vida bienaventurada, sino allí mismo donde también conocieron la verdad? Á esta la aman también, supuesto que no quieren ser engañados, y amando la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino alegría de la verdad, han de amar precisamente también á esta; y no pudieran amarla, si no tuvieran alguna noticia de ella en su memoria.

¿Por qué, pues, no hacen de ella su gozo y alegría? ¿Por qué no son felices y bienaventurados? Porque la adhesión que tienen á otras cosas es mas fuerte y eficaz para hacerlos miserables é infelices, que aquel leve

y escaso conocimiento que tuvieron de la verdad para hacerlos felices y bienaventurados. Y esto nace de que *todavía hay poca luz en los hombres: dñense, pues, prisa á caminar adelante, para que no acaben de hallarse sin luz enteramente.*

34. Amando todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad, ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de esto no puede ser otra, sino que de tal modo se ama la verdad, que aun aquellos que aman otra cosa muy distinta, quisieran que fuese la verdad aquello que aman: y como por otra parte no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad, y como á tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece ó ilumina; pero la aborrecen en cuanto los acusa y reprende; y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar á otros; aman la verdad cuando ella se descubre ó manifiesta á sí mis-

ma ; pero la aborrecen cuando los descubre ó los manifiesta á ellos. Así pues, la correspondencia que tendrán de la verdad, será que á los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste á ellos. Así es tambien puntualmente el espíritu del hombre que quiere ocultar su ceguedad, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que á él se le oculte cosa alguna ; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad, y la verdad queda oculta para él : no obstante este estado de miseria en que se halla, mas quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente *bienaventurado*, si libre de toda molestia, no hallase ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas.

CAPÍTULO XXIV.

Se alegra Agustin de haber hallado á Dios dentro de su memoria.

35. Mirad, Señor, cuánto me he detenido recorriendo la anchurosa extension de mi memoria, solo para buscaros, y no he podido hallaros fuera de ella : no he hallado de Vos cosa alguna que no estuviere en mi memoria, desde el instante que tuve conocimiento de Vos ; pues jamás os he olvidado desde que os he conocido. En donde hallé la verdad, allí mismo hallé á mi Dios, que es la Verdad misma, que nunca olvidé desde que la conocí. Y así, Dios mio, desde que tuve conocimiento de Vos, permanecéis en mi memoria, y en ella misma os hallo cuando hago mencion de Vos, y me deleito en Vos. Estas son mis santas delicias, que os habeis dignado concederme por vuestra misericordia, atendiendo á mi pobreza.

CAPÍTULO XXV.

En qué grado de la memoria se halla á Dios.

36. Pero ¿en qué parte de mi memoria estais, Señor? ¿qué lugar teneis en ella? ¿cuál es la morada que habeis fabricado para Vos allí? ¿cuál es el santuario que en ella edificásteis para Vos? Vos, Señor, concedísteis á mi memoria la honrosa dignidad de que Vos esteis y permanezcais en ella; pero lo que ahora considero es, en qué parte de mi memoria estais. Porque, para acordarme de Vos, subí, como tengo dicho *, mas arriba de todos aquellos grados en que mi memoria conviene con la de los irracionales; porque no os hallaba en aquella parte de mi memoria, donde están las imágenes de las cosas corpóreas. Subí, pues, á otro grado superior de mi memoria, donde tengo depositadas las afecciones ó pasiones de mi alma; y tampoco allí os hallé. Pasé mas adelante, y entré á buscaros en el mismo seno, donde re-

* En el capítulo xvii de este libro.

side mi alma, que es el lugar que ella tiene para sí dentro de mi memoria, porque tambien mi alma se acuerda de sí misma; y tambien Vos estábais en aquel seno: porque asi como Vos no sois alguna imágen corpórea, ni pasion ó afeccion alguna de las que suele en sí experimentar el alma, como sucede cuando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, nos acordamos, nos olvidamos, y todas las otras afecciones semejantes; asi tampoco sois lo que es nuestra alma, sino una sustancia muy distinta y superior á ella, como que sois el Señor y Dios de mi alma, fuera de que todas estas cosas que he dicho, son varias y mudables, y Vos permanecéis sobre todo lo criado eternamente invariable, y sin poder padecer variedad ni mutacion alguna; pero no obstante, desde que os conocí os habeis dignado habitar en mi memoria.

Mas ¿para qué ando buscando el lugar propio que teneis en ella, como si allí hubiera lugares distintos ó separados? Vos ciertamente estais de asiento en ella, porque yo me acuerdo de Vos desde que os conocí, y

os hallo en mi memoria cuando me acuerdo de Vos.

CAPÍTULO XXVI.

Dónde se halla á Dios.

37. Pero ¿dónde os hallé para poder conoceros? porque, antes que os conociera, no estábais en mi memoria. ¿Dónde, pues, os hallé para conoceros, sino en Vos mismo y mas arriba de mí? Pero de ningun modo hay en esto espacios ni lugares; y no obstante eso, es verdad que ya nos apartamos de Vos, ya nos acercamos á Vos sin que en esto intervenga algun lugar. En todas partes estais, Verdad eterna, presidiendo á todos los que os consultan y se aconsejan de Vos, y á todos les respondeis á un tiempo, aunque os pregunten cosas muy diferentes. Bien claramente les respondeis á todos, pero no todos oyen vuestras respuestas claramente. Todos os consultan y preguntan segun su inclinacion y voluntad; pero no á todos respondeis conforme á su voluntad é inclinacion. El mejor

de todos vuestros siervos es aquel que no atiende tanto á oir de Vos lo que el desea y quiere, como á querer y ejecutar lo que de Vos oyere.

CAPÍTULO XXVII.

Como la hermosura de Dios arrebatá hácia si al hombre.

38. Tarde os amé, Dios mio, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estábais dentro de mi alma, y yo distraido fuera, y allí mismo os buscaba: y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habeis criado. De lo que infero, que Vos estábais conmigo, y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenian muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser, si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamásteis y disteis tales voces á mi alma, que cedió á vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra fragancia, y to-

mando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos. Me dísteis á gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma una hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocásteis, y me encendí en deseos de abrazaros.

CAPÍTULO XXVIII.

De las miserias de esta vida.

39. Cuando total y perfectamente esté yo unido á Vos, no habrá ya para mí de ningún modo trabajo ni dolor alguno, y mi vida será totalmente viva, porque toda estará llena de Vos. Pero ahora me soy gravoso á mí mismo, porque no estoy lleno de Vos; pues á los que Vos llenais, les quitais su pesadez.

Mis pasadas alegrías dignas de llorarse, luchan con mis presentes tristezas dignas de alegría; y no sé en esta lucha quién lleva la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Batallan, digo, mis tristezas malas con mis alegrías buenas, y no sé quién saldrá con la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Mirad, Señor, que

no oculto mis llagas. Vos sois el médico, yo soy el enfermo: Vos sois misericordioso, yo lleno de miseria. ¿Por ventura podréis Vos olvidar que la vida del hombre sobre la tierra es una tentacion continua?

¿Quién hay que ame las molestias y trabajos? Vos, Señor, mandais que las suframos, no que las amemos. Ninguno ama aquello que sufre y tolera, aunque tenga amor á tolerarlo y sufrirlo. Pues aunque alguno se alegre de que lo tolera y sufra; pero no obstante, mas quiere que no haya que sufrir y tolerar. Cuando padezco cosas adversas, deseo las prósperas; y cuando estoy en posesion de las prósperas, estoy temiendo las adversas. ¿Qué medio puede hallarse entre estos dos contrarios, donde la vida humana deje de ser probada y combatida de semejantes afectos? Arriesgadas son las prosperidades del siglo de una y dos maneras: ya por el temor de la adversidad, ya por la corrupcion de la alegría. Arriesgadas son tambien las adversidades del siglo de una, dos y tres maneras: ya por el deseo de la prosperidad, ya porque la adversidad misma es áspera y penosa, ya porque en ella pelagra la paciencia.

Pues, siendo esto así, ¿cómo podrá dudarse que la vida del hombre sobre la tierra sea una tentacion continuada sin intermision alguna?

CAPÍTULO XXIX.

Que toda nuestra esperanza ha de ponerse en Dios.

40. Toda mi esperanza, Dios y Señor mio, se funda únicamente en vuestra grandísima misericordia. *Dadme lo que me mandais, y mandadme lo que quisiéreis.* Nos mandásteis ser continentes¹; pero yo sé, dice el Sábio, que ninguno puede serlo, si Dios no le concede esta virtud: y tambien es un don de la Sabiduría increada, el conocer de quién proviene esta dádiva. Porque la continencia es la virtud que nos reúne y nos reduce á ser una cosa sola; de cuya unidad habíamos degenerado haciéndonos de uno muchos, y dividiendo nuestro corazón en multitud de cosas; y menos, Señor, os ama, el que juntamente con Vos ama alguna otra cosa, que no la ama por Vos. ¡Oh amor, que siempre ardeis y nunca os apagais! ¡Oh Dios mio, ca-

ridad infinita, encended mi corazón! Nos mandais la templanza ó continencia: pues² dadnos lo que mandais, y mandad lo que quereis.

NOTAS.

¹ Aquí no se toma la continencia por la castidad, que hace que el hombre se abstenga de toda delectacion venérea; sino mas generalmente por aquella virtud, que es, segun santo Tomás (2, 2, q. 155, a. 1, c.) por la cual resiste el hombre á todos los deseos malos y desordenados. Lo cual todavia no es virtud perfecta, sino como un principio é incoacion de las virtudes, y por eso es propia de los que comienzan á servir á Dios.

² San Agustin refiere en el libro *De dono perseverantiae*, que leyendo en Roma un obispo en presencia de Pelagio estas mismas palabras de san Agustin: *Da quod jubes, et jube quod vis*; y admirándolas como un excelente modo de pedir á Dios; Pelagio se alteró tanto contra el obispo, que estuvo cerca de perderle el respeto. Pero ello es cierto, que contienen un método fácil, pronto, sólido y cristiano de hacer oracion á Dios en cualquier dificultad que hallemos en la observancia de la ley, diciendo con humildad y fervor: *Dadme, Señor, lo que me mandais, y mandadme lo que quereis.* Porque hemos de estar en que nosotros somos suficientes por nosotros mismos para lo malo; pero para lo bueno, y para cumplir los preceptos de Dios, no somos suficientes por nosotros mismos sin la gracia de Dios

que lo intima. Así como puede cualquiera cerrar sus ojos cuando quiere, y dejar de ver; pero aun con ellos abiertos no podrá ver, si no le ayuda y le acompaña la luz, como dice el mismo santo Doctor en el libro *De Gestis Pelagii*.

CAPÍTULO XXX.

Confiesa Agustín el estado en que se hallaba en orden á las tentaciones libidinosas.

41. Vos, Señor, me mandais que reprima la concupiscencia de la carne, la de los ojos, y la ambición de los honores mundanos. Mandásteis que me abstuyese del acceso carnal; y aun me aconsejásteis otra mejor y mas perfecta continencia que la que es propia del matrimonio y que Vos habeis permitido. Vos mismo me lo concedisteis, y se efectuó en mí eso que me aconsejásteis, aun antes de que yo fuese ordenado y hecho ministro y dispensador de vuestros Sacramentos. Pero aun viven en mi memoria (de la cual he hablado tan largamente) las imágenes de aquellas cosas torpes que mi mala costumbre dejó estampadas en ella; las cuales se me presentan ya cuando estoy despierto, ya cuando dor-

mido: cuando despierto se me ofrecen como flacas y sin fuerzas; pero entre sueños llegan no solo á causar deleite, sino tambien una especie de consentimiento y obra, que son muy semejantes á la obra y consentimiento verdaderos. Puede tanto en mi alma y en mi cuerpo aquella ilusion y engaño causado por las dichas imágenes, que me persuaden é inducen dormido aquellas visiones falsas á lo que no me indujeran ni persuadieran despierto los mismos objetos reales y verdaderos. Por ventura, Dios y Señor, ¿no soy yo el mismo entonces que cuando estoy despierto? Pues ¿cómo me diferencio tanto de mí mismo, desde el punto en que paso de despierto á dormido, hasta que vuelvo á pasar de dormido á despierto?

¿Dónde está entonces mi razon y entendimiento, que estando en vela resiste á semejantes sugestioness con tal fuerza, que aunque las mismas cosas reales y verdaderas se me pongan delante, no bastan á conmoverme? ¿acaso se cierra tambien la razon al mismo tiempo que se cierran los ojos para dormir? ¿acaso ella se duerme juntamente con los sentidos del cuerpo? Además, ¿en qué con-

siste que muchas veces aun entre sueños resistimos tambien á semejantes sugeriones, y acordándonos de nuestro propósito en orden á la castidad, perseveramos firmemente en él, y no damos consentimiento alguno á tales deleites halagüenos y engañosos? Con todo, hay en esto tan grande diferencia de nosotros á nosotros mismos, que cuando en el sueño ha sucedido al contrario, en despertando volvemos á tener quieta y sin remordimientos la conciencia; y en esta misma diferencia conocemos, que no hicimos nosotros aquello que entre sueños se ejecutó en nosotros, y fuese como fuese, lo sentimos y desaprobamos.

12. ¿Por ventura, Dios mio todopoderoso, no tiene fuerza y poder vuestra divina mano para curar perfectamente todas las enfermedades de mi alma, y apagar tambien con vuestra gracia mas especial y activa los movimientos impuros que padezco en sueños? Yo espero, Señor, que aumentaréis mas y mas en mí vuestras gracias y dones, para que mi alma libre y enteramente desprendida de la pegajosa liga de toda concupiscencia, pueda seguir sin estorbo los movimien-

tos y afectos que me llevan hácia Vos, y no sea rebelde á sí misma; antes bien aun entre sueños, no solamente quede libre de ejecutar aquellas torpezas de corrupcion, que en fuerza de las imágenes animales llegan á hacer su propio efecto en la carne; sino que tambien esté muy léjos de consentirlas. Respecto de un Dios omnipotente, *que podeis hacer mucho mas de lo que nosotros podemos pedir ni pensar*, no seria cosa muy grande ni dificultosa el hacer que atendido no solo este método de vida que sigo, sino tambien esta edad que tengo, ninguna de aquellas impurezas haga en mi alma entre sueños la mas leve impresion contraria á la castidad, que tambien con la mas leve atencion pudiera estorbarse ó reprimirse.

Pero el estado en que me hallo por ahora en cuanto á este género de mal, ya lo he confesado á Vos, Dios y todo mi bien, alegrándome (aunque con algun temor todavía) por el bien que ya me habeis concedido, llorando por lo que aun me falta, y esperando que Vos perfeccioneis los buenos efectos que han obrado ya en mí vuestras misericordias, hasta concederme aquella paz cumplida y

perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique *que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se muda en ^a victoria.*

NOTA.

¹ Da motivo á esta version el leer aquí san Agustín: *Cùm absorpta fuerit mors in victoriam*; y no en el sexto caso *in victoria*, conforme á la Vulgata.

CAPÍTULO XXXI.

Del estado en que se hallaba en orden á las tentaciones de la gula.

43. Tambien el dia nos ocasiona otro mal y daño; y ¡ojalá que este fuera único y solo! Porque todos los dias reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el dia en que Vos destruyais no solo las viandas, sino tambien al estómago que las destruye á ellas; que será cuando mateis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura, y vistáis á este corrup-

tible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa: y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para *reducir mi cuerpo á la sujecion y servidumbre*, sucede que esa misma molestia del ayuno hace despues mas agradable y deleitoso el alimento.

La hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarian la muerte á cualquiera, si no se le socorriese con la medicina de los alimentos: como esta la tenemos tan á mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales haceis que la tierra, el mar, el cielo contribuya y sirva á nuestra necesidad y dolencia; *esta especie de trabajo y calamidad se llama ya gusto y regalo.*

44. Vos, Señor, me habeis enseñado que debo usar de los alimentos, del mismo modo que de los medicamentos; pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en

perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique *que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se muda en ^a victoria.*

NOTA.

¹ Da motivo á esta version el leer aquí san Agustín: *Cum absorpta fuerit mors in victoriam*; y no en el sexto caso *in victoria*, conforme á la Vulgata.

CAPÍTULO XXXI.

Del estado en que se hallaba en orden á las tentaciones de la gula.

43. Tambien el dia nos ocasiona otro mal y daño; y ¡ojalá que este fuera único y solo! Porque todos los dias reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el dia en que Vos destruyais no solo las viandas, sino tambien al estómago que las destruye á ellas; que será cuando mateis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura, y vistáis á este corrup-

tible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa: y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para *reducir mi cuerpo á la sujecion y servidumbre*, sucede que esa misma molestia del ayuno hace despues mas agradable y deleitoso el alimento.

La hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarian la muerte á cualquiera, si no se le socorriese con la medicina de los alimentos: como esta la tenemos tan á mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales haceis que la tierra, el mar, el cielo contribuya y sirva á nuestra necesidad y dolencia; *esta especie de trabajo y calamidad se llama ya gusto y regalo.*

44. Vos, Señor, me habeis enseñado que debo usar de los alimentos, del mismo modo que de los medicamentos; pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en

mi el hambre y necesidad, á la quietud que causa la refaccion, en este mismo paso tiene armados contra mí sus lazos el apetito. Porque este mismo pasar desde el hambre al alimento, es deleite y gusto; y no hay otro medio por donde pasar á aquel extremo, al cual nos obliga la necesidad á que pasemos. Y siendo la salud la causa motiva de que comamos y bebamos, se le junta como criada ó sierva la delectacion peligrosa; y muchas veces quiere ella ir delante como principal, para que se haga por causa de la delectacion lo que digo que hago ó quiero hacer por conservar mi salud. Pero no tiene la una la moderacion que tiene la otra; pues lo que para la salud es bastante, es poco para el deleite. Muchas veces no se sabe con certeza, si es el cuidado necesario de nuestro cuerpo el que pide el manjar para su socorro, ó si es el deleitoso engaño de nuestro apetito el que lo solicita, aunque supérfluo: la pobre infeliz alma se alegra con esta incertidumbre, y en ella misma tiene preparada ó su defensa ó su excusa; alegrándose de no saber con certeza cuánto sea lo bastante para el régi-

men y conservacion de la salud, para que esta sirva de pretexto, cuando realmente es cumplir el deleite y apetito.

Estas son tentaciones cotidianas que procuro resistir todos los dias; é invoco vuestra mano poderosa para que me saque á salvo: os refiero las dudas y congojas de mi alma, porque no sé todavía lo que debo practicar en esta materia.

45. Oigo la voz de mi Dios que me impone este precepto: *No se agraven ni entorpezcan vuestros corazones con los manjares ni con la embriaguez.* El exceso del vino ó la embriaguez está bien léjos de mí; y espero que me concederá vuestra misericordia que no se me acerque nunca. Por lo que toca al *exceso en la comida*: alguna vez, sin advertirlo, se me ha insinuado; Vos, Señor, usaréis conmigo de vuestra misericordia para que se aleje de mí todo lo que fuere exceso; porque ninguno puede tener templanza, si Vos mismo no se la concedéis.

Muchas gracias y beneficios nos concedéis, porque os lo suplicamos: todo el bien que habia en nosotros antes que os suplicásemos, de vuestra mano, Señor, lo habíamos reci-

bido: y este mismo conocimiento tambien es dádiva vuestra. Es cierto que yo nunca fuí apasionado por el vino; pero he conocido á algunos, que, siendo antes muy dados al vino, Vos los hicisteis sóbrios y templados: luego Vos tambien hicisteis que no fuesen destemplados en el beber vino los que nunca lo fueron; así como hicisteis que no lo fueran siempre aquellos que antes lo habian sido: Vos tambien hicisteis que los unos y los otros reconozcan quién fue el autor de aquel bien que se les hizo.

Tambien, Señor, tengo oida aquella palabra vuestra, en que decís: *No sigas tus apetitos, y apártate de tu propia voluntad.* Tambien oí por gracia vuestra otra palabra que fue muy de mi gusto, en que decís: *Ni porque comamos tendríamos de sobra, ni porque no comamos tendríamos escasez.* Que es lo mismo que decir: Ni lo uno me hará rico, ni lo otro me hará pobre. Otra voz oí tambien vuestra, en que decís: *He aprendido á contentarme con cualquier estado en que me halle: sé vivir con abundancia, y sé padecer pobreza.* *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

El que dijo esto es un soldado de la mili-

cia del cielo, que ya no es polvo y ceniza como nosotros. Acordaos, pues, Señor, de que somos polvo, y que *del polvo formásteis al hombre: y que habiéndose perdido, Vos le volvisteis á hallar.* Ni el mismo que habló aquella sentencia, inspirado de Vos (que porque hablaba así, me aficioné yo á él), podia cosa alguna por sí mismo, porque él tambien era polvo. *Todo lo puedo*, dice, *pero lo puedo en aquel que me conforta.* Confortadme á mí, Señor, para que yo lo pueda todo como él. Dadme lo que me mandais y mandadme cuanto querais. El Apóstol, que decia esto, reconoce y confiesa que cuanto tenia lo habia recibido de Vos: *y así cuando él se gloria, se gloria en el Señor.*

Por otra parte oigo tambien al Sábio, que deseando conseguir este beneficio, os lo pide á Vos, diciendo: *apartad, Señor, de mí los destemplados deseos de comer y de beber.* De donde se infiere, santísimo Dios mio, que cuando cumplimos vuestros mandamientos, Vos sois el que nos dais la gracia de cumplirlos.

Vos, Padre amabilísimo, me habeis enseñado que, *para los que son puros y limpios,*

todos los manjares son limpios y puros ; pero que seria malo para el hombre comer de cualquier cosa con escándalo de otros ; que todas vuestras criaturas son buenas ; y nada se debe desechar para alimento, siendo cosa que se pueda comer con accion de gracias : que no es la comida la que nos hace recomendables en vuestra presencia : que ninguno debe juzgar á su prójimo por la especie de manjar ó de bebida que toma : finalmente , que aquel que come de todo, no haga desprecio del que no come lo que él : y el que no come de todo, no juzgue ni condene al otro que usa de todo manjar indiferentemente.

De Vos, Señor, he aprendido todas estas doctrinas : por lo cual os alabo y doy repetidas gracias á Vos, Dios mio y Maestro mio, que, además de haberos dignado hacer que oyese vuestras palabras, ilustrásteis mi corazon para entenderlas. Libradme tambien de todas las tentaciones á que me veis expuesto.

Lo que yo temo no es la inmundicia del manjar, sino la del apetito. Sé que Vos disteis licencia á Noé, para que comiese de toda especie de animales que tuviesen carnes sa-

ludables y buenas : que Ellas tambien se alimentó de carne : que san Juan Bautista, que practicó una abstinencia admirable, no incurrió en inmundicia, ni manchó su alma por alimentarse de unos animalejos tan viles, como son las langostas. Sé por el contrario, que Esau fue engañado por el destemplado apetito que tuvo de comer unas lentejas : que David se reprendió á sí mismo, por el deseo que tuvo de beber un poco de agua : y que el demonio, queriendo tentar á nuestro Rey y Señor, no le propuso que comiese carne, sino que comiese pan. Y finalmente, el pueblo de Israel, á quien Vos mismo guiábais por el desierto, si mereció ser sorprendido y reprobado, no fue porque deseó alimentarse de carne, sino porque llevado del deseo de este manjar, se quejó y murmuró de su Dios y Señor.

47. Yo me hallo en medio de estas tentaciones, y todos los dias tengo que pelear contra el apetito de comer y beber ; esta materia no podia determinarme á dejarla enteramente de una vez, y no volver jamás á usarla, como lo pude hacer con el deleite carnal : así pues, las riendas del apetito de comer y beber se han de gobernar de modo,

que ni se aflojen mucho, ni se tiren demasiado. Pero, Señor, ¿quién será aquel que nunca exceda los precisos límites de la necesidad? Cualquiera que sea, ciertamente es un hombre grande, y os debe dar gracias, y engrandecer por ello vuestro nombre. Yo ciertamente no soy tal, porque solo soy un hombre pecador, aunque tambien alabo y engrandezco vuestro nombre; y sé que aquel Señor, que triunfó del mundo, *os pide incesantemente el perdón de mis pecados*, contándome entre los miembros débiles y flacos de su cuerpo místico; porque vuestros ojos los ven, aunque *sean imperfectos*, y *á todos los teneis escritos en vuestro Libro*.

NOTA.

¹ Esto es lo que propiamente significa la voz *crapula* en este pasaje de san Agustin, y en el de san Lucas, cap. xxi, 34, á que alude el Santo. Y debe distinguirse entre lo que es *ebrietas* y lo que es *crapula*, como el Santo las distingue, diciendo: que la primera *está lejos de él*, y pide á Dios que no se le acerque; la segunda *está cerca*, y pide á Dios que se la retire, aleje y aparte de él.

CAPÍTULO XXXII.

Del estado en que se hallaba en orden á las tentaciones de los olores y fragancias tocantes al olfato.

48. Del atractivo de los olores no se me da tanto, ni estoy tan cuidadoso. Cuando no los tengo presentes á mi olfato, no los pretendo ni busco; ni tampoco cuando se me presentan, los desecho; pero me hallo en disposicion de carecer de ellos para siempre. Así me lo parece; y puede ser que yo me engañe.

Tambien son dignas de llorarse las tinieblas de nuestra ignorancia, en las cuales aun no alcanzo á ver hasta dónde puede ó no puede extenderse mi facultad. De modo, que preguntándose mi alma á sí misma para saber sus propias facultades y fuerzas, juzga que no se debe creer con facilidad el informe que ella misma dé sobre este punto; porque aun el poder y fuerzas que verdaderamente tiene, están por lo comun tan ocultas, que solo la experiencia puede manifestarlas.

Por eso en esta vida, que la Escritura llama *tentacion*, ninguno debe estar seguro de si aquel que pudo hacerse de malo bueno, podrá ó no hacerse tambien de bueno malo. Nuestra única esperanza, nuestra única seguridad, y la que únicamente podemos prometernos con firmeza, es vuestra misericordia.

CAPÍTULO XXXIII.

Del estado en que se hallaba en orden á los deleites tocantes al oido.

49. Mas fuertemente me habian aprisionado y sujetado los deleites tocantes al oido; pero Vos, Señor, me desatásteis otra vez y dísteis libertad. Pero al presente, cuando oigo en vuestra iglesia aquellos tonos y cánticos animados de vuestras palabras, confieso que si se cantan con suavidad, destreza y melodía, algun poco me aficionan; no tanto que me sujeten y detengan, sino de modo que los pueda dejar fácilmente cuando quiera. No obstante, aquellos tonos acompañados de las sentencias que les sirven de alma

y les dan vida, para haber de ser admitidos dentro de mi corazon, solicitan en él algun lugar honroso y distinguido; y apenas yo les doy el que les corresponde. Porque algunas veces me parece que doy mas honra á aquellos tonos y voces de la que debia, por cuanto juzgo que aquellas palabras de la sagrada Escritura mas religiosa y fervorosamente excitan nuestras almas á piedad y devocion, cantándose con aquella destreza y suavidad, que si se cantaran de otro modo; y que todos los afectos de nuestra alma tienen respectivamente sus correspondencias con el tono de la voz y canto, con cuya oculta especie de familiaridad se excitan y despiertan. Pero me engaña muchas veces el deleite de los sentidos, al cual no debiera entregarse el alma de modo que se debilite y enflaquezca, cuando el sentido no acompaña á la razon, de modo que se contente con irla siguiendo; sino que habiendo sido admitido por amor y causa de ella, ya quiere adelantarse á la razon, y procura ser su guía. Así peço en estas cosas sin conocerlo, pero despues lo conozco.

50. Tambien algunas veces cautelándo-

me demasiado de este engaño, doy en el extremo contrario, errando en esto por exceso de severidad : algunas veces llega á ser tan grande este exceso de mi severidad, que quisiera apartar de mis oídos, y aun de toda la iglesia, todo género de melodía y suavidad de tonos con que todos los días cantan los salmos de David ; pareciéndome entonces mas seguro lo que me acuerdo haber oído contar de Atanasio, obispo de Alejandría ¹, que tenia mandado al cantor de los Salmos, que los cantase con tan baja y poca voz, que mas pareciese rezarlos que cantarlos.

No obstante, cuando me acuerdo de aquellas lágrimas que derramé oyendo los cánticos de vuestra Iglesia, muy á los principios de haber recuperado mi fe, y contemplando que ahora mismo siento moverme, no con los tonos y canturia, sino con las palabras y cosas que se cantan, cuando esto se ejecuta con una voz clara, y con el tono que les sea mas propio y conveniente ; vuelvo á reconocer que esta práctica y costumbre de la Iglesia es muy provechosa y de grande utilidad. Así estoy vacilando entre el daño que del deleite de oír cantar puede seguirse, y la utili-

lidad que por la experiencia sé que puede sacarse ; y mas me inclino (sin dar en esto sentencia irrevocable ni definitiva) á aprobar la costumbre de cantar, introducida en la Iglesia, para que por medio de aquel gusto y placer que reciben los oídos, el ánimo mas débil y flaco se excite y aficione á la piedad. Esto no quita que yo conozca y confiese que peco y que merezca castigo, cuando me sucede que el tono y canto me mueve mas que las cosas que se cantan ; y entonces mas quisiera no oír cantar. Vé aquí el estado en que me hallo al presente en cuanto á esto.

Llorad conmigo, y llorad por mí todos los que dentro de vuestros corazones tratais algo de espíritu y de virtud, de donde proceden las obras exteriores ; porque á los demás que no tratais de esto, tampoco os moverá la situación y estado en que me hallo.

Pero Vos, Señor y Dios mio, oidme, miradme, vedme, apiadaos de mí y sanadme Vos, á cuyos ojos son patentes las dudas y congojas con que lidio, y esto mismo es la dolencia que padezco.

NOTA.

1 Solamente á san Agustin se debe esta noticia que nos da del grande Atanasio, obispo de Alejandria, y que prueba la pureza grande de intencion que deseaba aquel Santo que tuviesen los que asistian á los divinos oficios en la iglesia.

CAPÍTULO XXXIV.

De cómo se hallaba en cuanto á los deleites de la vista.

51. Lo que me falta es hablar del deleite que corresponde á mis ojos corporales : el qual tambien es materia de estas Confesiones, que hago de tal modo, que lleguen á los oidos de mis hermanos piadosos, en que Vos habitais como en templo vuestro : con lo qual acabaré de referir las tentaciones que pertenecen á la concupiscencia de la carne, y que todavía me incitan mientras gimo en esta cárcel de mi cuerpo, suspirando por la mansion celestial, en que se debe dar al cuerpo y al alma la vestidura de gloria.

Los ojos tienen su deleite en ver objetos

hermosos y varios, y colores lustrosos y risueños. Pero nada de esto merece los afectos de mi alma, que debe ocuparla toda y poseerla toda Dios que hizo estas criaturas, y aunque á todas las hizo *sumamente buenas*, pero no lo son ellas, mi soberano Bien, sino el que las hizo á ellas. Estos objetos visibles en todos los instantes del dia se presentan á mis ojos mientras que estoy despierto ; sin que cesen nunca de presentarse á la vista, como sucede con las voces respecto del oido que no siempre está oyendo cantar ; y hay ocasiones en que cesa toda voz y ruido, como sucede cuando todo está en silencio ; pero esto no sucede así respecto de los ojos, porque en cualquier paraje donde esté durante el dia, la misma luz, reina de los colores, bañando con sus rayos todas las cosas visibles, sin que yo la atienda, y aunque esté pensando en otra cosa muy diferente, se me comunica y se me insinúa de muchos modos y muy halagüeños á la vista : tanta es la vehemencia con que se insinúa y comunica, que si repentinamente se nos quitase la luz, tendríamos que buscarla con gran deseo de que se nos volviese ; y si durase

por largo tiempo su ausencia, nuestra misma alma se contristaría.

52. ¡Oh luz, aquella que veía Tobías, cuando cerrados los ojos corporales enseñaba á su hijo el camino de la vida, yendo delante de él en las obras de caridad que hacía, sin errar en tales pasos el camino ni extraviarse nunca! ¡Oh luz, aquella que veía Isaac, cuando ya la vejez le tenía oscurecidos y cerrados los ojos corporales, y sin conocer los hijos á quienes bendecía, mereció conocerlos en las bendiciones que les aplicaba! ¡Oh luz, que veía Jacob, cuando ciego también por la mucha edad, pero ilustrado interiormente, conoció que sus hijos habían de ser cabezas de las doce tribus que formarían en lo venidero el escogido pueblo de Israel: y en atención á este conocimiento, cruzó las manos misteriosamente al tiempo de imponerlas sobre sus dos nietos¹, hijos de José, gobernándose al trocarlas, no por lo que el padre de ellos le dictaba, sino por lo que él mismo en su interior conocía! Esta luz sí que es la verdadera: esta es única y sola; y todos los que la ven y aman son una cosa misma.

Pero esta otra luz material de que iba hablando, con una dulzura tan atractiva como peligrosa, hace gustosa y sazónada la vida de este mundo á sus ciegos amadores; pero aquellos que de esa misma luz saben tomar motivo de alabaros, *Dios mio y criador de todas las cosas*², la hacen servir á vuestros himnos y alabanzas, y no se dejan dominar del letargo que causa en los primeros el atractivo de sus dulzuras.

Yo quiero ser del número de estos últimos: por esto resisto á los engaños que me pueden ocasionar mis ojos, para que mis piés no caigan en algunos lazos que me impidan seguir las sendas de vuestra justicia, por donde he comenzado á caminar; levanto hácia Vos los ojos invisibles de mi alma, para que Vos saqueis libres mis piés de aquellos lazos; y con efecto Vos me los desenredáis, porque efectivamente dan mis piés en ellos. Como me sucede muchas veces caigo en las asechanzas que me están armadas por todas partes; Vos, Señor, no cesáis de desenredarme y libertarme de ellas; porque Vos, que estáis guardando á Israel, no os dormís ni dormitais.

53. ¡Cuán innumerables son los alicientes que nuevamente han añadido los hombres, para atraer y captar mas bien la atención de nuestros ojos, con una infinidad de artificiosos tejidos, en varias modas de vestidos, de calzados, de vasos y otros utensilios, y de toda suerte de adornos y curiosidades hechas de mil maneras, y tambien por medio de pinturas y otros diversos modos de hacer figuras y retratos, pasando con unas de estas cosas mucho mas allá de lo que pedía la necesidad de usar de ellas; excediendo mucho con otras los límites de la moderacion, y abusando notablemente de las últimas; de las cuales habia de usarse únicamente para representaciones piadosas! De modo, que aman y siguen las obras exteriores que ellos mismos hacen, y abandonan en su interior al que los hizo á ellos, y deshace la imágen que hizo en ellos.

Pero yo, Dios mio y gloria mia, aun de estas cosas saco nuevos motivos de cantaros alabanzas, y hago sacrificio de ellas á quien me santifica; porque sé muy bien que todas las hermosas ideas que desde la mente y alma de los artífices han pasado á comunicarse

á las obras exteriores que labran y fabrican sus manos artificiosas, dimanar y provienen de aquella soberana hermosura, que es superior á todas las almas, y por la que mi alma continuamente suspira de dia y de noche. Los mismos artífices que fabrican y aman estas obras tan delicadas y hermosas, toman y reciben de aquella hermosura suprema el buen gusto, idea y traza de formarlas; pero no aprenden ni toman de allí el modo con que debieran usar de ellas. No le ven, aunque tambien está allí este modo justo, para que no tengan que ir á buscarle mas léjos, y para que ordenen á Vos todas las fuerzas de su habilidad é ingenio, y no las malgasten y disipen en deleites fatigosos.

Yo mismo, hablando ahora de estas cosas, y mostrando tener conocimiento de ellas, tambien parece que detengo el paso, como enredado en estas hermosuras; pero Vos, Señor, me desprendeis de estos lazos; Vos me sacais libre de ellos, porque siempre miro á vuestra misericordia y la tengo delante de mis ojos. Confieso que tambien caigo en el lazo de estas cosas por mi fragilidad y miseria, pero Vos me sacais de él con vuestra

misericordia ; unas veces, sin que yo lo conozca ni lo advierta, porque fue poco á poco y muy leve la caída ; y otras veces me librais de modo que sienta algun dolor, porque ya mi corazon estaba adherido á alguna cosa, y tenia algun apego á ella.

NOTAS.

¹ Para que Jacob bendijese á sus dos nietos Manasés y Efraim, hijos de José, los puso este de modo, que Manasés, que era el mayor, quedase á la derecha de Jacob, y Efraim, que era el menor, á la izquierda. Pero Jacob, cruzando las manos, puso su derecha sobre Efraim, y la izquierda sobre Manasés: no obstante que José, padre de ambos, le advertia lo contrario. Esto fue, porque Jacob, ilustrado con la luz de profecía, vió que el menor debía ser antepuesto y preferido al mayor, segun la voluntad de Dios.

² Hace alusion al himno de san Ambrosio, que comienza así: *Deus creator omnium*, que se cantaba al acabarse la luz del día y á la entrada de la noche. Tambien cita este verso en el cap. XXVII del libro XI, y refiere las dos primeras estrofas del mismo himno en el cap. XII del libro IX.

CAPÍTULO XXXV.

De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentacion, que es el de la curiosidad.

54. Á todas estas es preciso añadir otra especie de tentacion, que es mucho mas peligrosa. Además de aquella concupiscencia de la carne, que tiene por objeto el regalo de los sentidos y deleites, sirviendo y obediendo á la cual, perecen los que se alejan de Vos ; hay en el alma otra especie de concupiscencia vana y curiosa, disfrazada con el nombre de conocimiento y ciencia, que se vale y se sirve de los mismos sentidos corporales, no para que ellos perciban sus respectivos deleites, sino para que por medio de ellos consiga satisfacer su curiosidad, y la pasion de saber siempre mas y mas.

Como esta concupiscencia del alma pertenece al apetito de conocer y saber, y los ojos son los principales en el conocimiento de las cosas sensibles, por eso en la sagrada Escritura se llama *concupiscencia de los ojos*. Y aunque es cierto que el *ver*, única y propia-

mente corresponde á los ojos, solemos usar tambien de esa palabra para explicar la accion de los demás sentidos, cuando los aplicamos á conocer sus propios objetos. Pero no al contrario; pues nunca decimos: *oye* cómo alumbra, ni *oled* cómo luce, ni *gustad* cómo brilla, ni *palpad* cómo resplandece, siendo así que todo esto lo llamamos ver. Porque no solo decimos *mirad* cómo luce (lo cual únicamente pertenece á los ojos), sino tambien *mirad* cómo suena, *mirad* cómo huele, *mirad* cómo sabe, *mirad* cómo está duro.

Por eso todas las sensaciones de nuestros sentidos se comprenden de una vez, llamándose, como ya dije, *concupiscencia de los ojos*: porque todos los demás sentidos, cuando conocen ó perciben algo de sus objetos, usurpan en algun modo la accion y oficio del ver, que propia y principalmente pertenece á los ojos.

55. De aquí se puede conocer mas claramente cuándo es el deleite y cuándo es la curiosidad quien hace obrar á nuestros sentidos: porque el deleite siempre busca lo hermoso, lo sonoro, lo fragante, lo sabroso, lo suave; pero la curiosidad busca aun lo

contrario de todo esto, no para mortificarse², sino por el prurito de saberlo y experimentarlo todo. Porque á la verdad, ¿qué deleite puede haber en mirar un cadáver lleno de heridas y despedazado, siendo una cosa que espanta y horroriza? Con todo esto, si en alguna parte hay este lastimoso espectáculo, concurren todos á verle, y conseguido, se entristecen y asustan. Además de esto, temen ver eso mismo entre sueños, como si alguno los hubiera obligado á que lo vieran cuando despiertos, ó la fama y noticia de que allí habia que ver una grande hermosura, los hubiera persuadido y llevado á que lo vieran. Lo mismo pudiéramos decir de los demás sentidos; pero seria muy largo ir poniendo ejemplos en todos.

De este achaque y dolencia de la curiosidad ha nacido todo cuanto se ejecuta de extraño y admirable en los espectáculos. Ella es la que nos hace andar investigando los afectos ocultos de la naturaleza, que nos es exterior y está fuera de nosotros; que para nada aprovecha averiguarlos, y los desean saber los hombres no mas que por saberlos: con el mismo fin de satisfacer su curiosidad

perversa procuran averiguar algunas cosas por arte mágica. Ella es, finalmente, la que en el seno mismo de la Religion ha incitado á los fieles á tentar á Dios, pidiéndole milagros y prodigios, no para conseguir algun bien ó salud del cuerpo ó alma, sino por espíritu de curiosidad.

56. En este tan inmenso y enmarañado bosque de deseos, y tan lleno de asechanzas y peligros, ya veis, Dios mio y salud mia, cuánta maleza he cortado y arrojado de mi corazon, segun Vos me disteis gracia para ejecutarlo, y que efectivamente ejecuté; pero no obstante ¿cuándo yo me atreveré á decir, sabiendo que nuestra vida continuamente y por todas partes está cercada y combatida de tan grande multitud de cosas semejantes; cuándo me atreveré á decir que estoy seguro, y que ninguna de ellas excita mi atencion siquiera para mirarla, y que nunca he de caer en lazo alguno de la vana curiosidad?

Á la verdad, los teatros ya no me arrastran ni llevan tras de sí: ya no cuido de saber el curso de los astros; ni mi alma consultó jamás las sombras de que se vale la magia para sus respuestas; antes bien detes-

to y abomino todos sus misterios sacrilegos y supersticiosos. Pero ¿con cuántas máquinas y ardidés me combate el enemigo, para obligarme á que os pida un milagro á Vos, Dios y Señor mio, á quien solo debo servir humilde y sencillamente? Pero yo, Señor, por Jesucristo Rey nuestro, y por toda su corte celestial, esa triunfante Jerusalem, que es nuestra patria, inocente y casta esposa vuestra, os ruego y suplico, que así como al presente estoy lejos de consentir á semejante tentacion, así lo esté siempre y cada dia mas.

Pero cuando os ruego por la salud de alguno, es muy diferente y mejor el fin de mi intencion, y además de eso, me concedéis entonces, y espero que siempre me lo concedais, el que gustosamente me conforme con vuestra voluntad.

57. No obstante, ¿quién hay que pueda contar la innumerable multitud de cosas menudisimas y despreciables con que es tentada nuestra curiosidad todos los dias, y nuestras caidas? ¿Cuántas veces nos sucede, que comenzamos á oír con gusto algunas conversaciones inútiles y vanas, que al principio

aguantamos por no ofender á los que están hablando, y despues venimos poco á poco á oirlas con voluntad y gusto? Ya no voy al circo á ver á un perro correr tras de una liebre; pero si sucede esto en el campo, y casualmente paso por allí al mismo tiempo, acaso me distrae y aparta de algun pensamiento grande y bueno, y me hace mirar y atender á aquella caza, no de modo que me haga extraviar con el caballo, pero sí con la voluntad y afecto. Si Vos, dándome entonces á conocer mi flaqueza, no me excitárais prontamente á que de aquello mismo que estoy viendo, levante mi espíritu y consideracion á Vos, ó por lo menos á que desprecie todo aquello y prosiga mi camino, me estaría embebecido vanamente. ¿Cuántas veces tambien, estando en casa, me tiene entretenido ya el animalejo, que llaman alguacil de moscas, parándome á mirar como las caza, ya una araña, observando como las aprisiona, despues que caen en sus redes? ¿Acaso porque sean pequeños los animales, se podrá decir que no ejercitaron mi curiosidad, ni causaron verdadera distraccion? Es verdad que de esto mismo paso despues á ala-

baros, por el órden admirable que habeis establecido y guardan entre sí todas las criaturas del universo; pero tambien es verdad que cuando comencé á atender, no comencé con este fin. Una cosa es levantarse presto, y otra no caer.

De semejantes cosas está llena mi vida: y por eso toda mi esperanza estriba únicamente en vuestra grande é infinita misericordia. Porque si llega á hacerse nuestra alma un depósito y receptáculo de semejantes cosas tan fútiles y vanas, y lleva dentro de sí copiosa multitud de especies á cual mas frívolas; sucederá que nuestras oraciones se interrumpirán y pertubarán no una sino muchas veces. Así aun cuando nos contemplamos delante de vuestra presencia, y queremos que las voces de nuestro corazon lleguen á los oidos de vuestra divina Majestad, no sé cómo, ofreciéndose á nuestro pensamiento una infinidad de bagatelas y fruslerías, se viene á interrumpir una cosa de tanta importancia. ¿Por ventura contaremos tambien esto entre las cosas de poca monta, y de que no debemos hacer caso? ó bien considerado, ¿habrá cosa alguna con que pueda alentar nuestra

esperanza, sino el considerar, que habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversion y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

NOTA.

¹ San Agustín entiende por *concupiscencia de los ojos* la curiosidad, ó el excesivo y desordenado deseo de ver y conocer cualesquier cosas: y claramente explica como la *concupiscencia de la carne*, que comprende todos los deleites de los sentidos, se distinga de esta otra *concupiscencia ó curiosidad*, que no solamente apetece conocer y experimentar las cosas suaves y hermosas, sino tambien las cosas feas, ásperas y horrendas. Tambien santo Tomás (1, 2, q. 77, a. 5) dice que se entiende por esta *concupiscencia*, ya el *deseo de un saber y conocer desordenado*, ya el *deseo de las mismas cosas que exteriormente se proponen á la vista*.

CAPÍTULO XXXVI.

De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentacion, que es el de la soberbia.

58. Vos, Señor, sabeis cuánto me habeis mudado en algunas cosas, sanándome pri-

meramente del deseo de vengarme, para que perdonando yo, me perdoneis á mí tambien todas las demás maldades, saneis todas mis dolencias, redimais mi alma de la perdicion y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y sacieis mis deseos con bienes interminables é infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia, y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo, y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo seria, y habeis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabia yo, cuando tenia miedo de sujetarme á él.

Mas ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque tambien sois el único verdadero Señor, que no reconocéis otro; por ventura, vuelvo á decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentacion que trae consigo el mandar, ó es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los

esperanza, sino el considerar, que habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversion y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

NOTA.

¹ San Agustín entiende por *concupiscencia de los ojos* la curiosidad, ó el excesivo y desordenado deseo de ver y conocer cualesquier cosas: y claramente explica como la *concupiscencia de la carne*, que comprende todos los deleites de los sentidos, se distinga de esta otra *concupiscencia ó curiosidad*, que no solamente apetece conocer y experimentar las cosas suaves y hermosas, sino tambien las cosas feas, ásperas y horrendas. Tambien santo Tomás (1, 2, q. 77, a. 5) dice que se entiende por esta *concupiscencia*, ya el *deseo de un saber y conocer desordenado*, ya el *deseo de las mismas cosas que exteriormente se proponen á la vista*.

CAPÍTULO XXXVI.

De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentacion, que es el de la soberbia.

58. Vos, Señor, sabeis cuánto me habeis mudado en algunas cosas, sanándome pri-

meramente del deseo de vengarme, para que perdonando yo, me perdoneis á mí tambien todas las demás maldades, saneis todas mis dolencias, redimais mi alma de la perdicion y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y sacieis mis deseos con bienes interminables é infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia, y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo, y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo seria, y habeis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabia yo, cuando tenia miedo de sujetarme á él.

Mas ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque tambien sois el único verdadero Señor, que no reconoceis otro; por ventura, vuelvo á decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentacion que trae consigo el mandar, ó es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los

hombres, no por otra cosa, sino para tener en esto un gozo que no es gozo, es miseria de la vida humana y una jactancia fea. Hé aquí de dónde principalmente dimana el no amaros los hombres á Vos solo ni temeros con temor filial y santo. Por eso *resistis á los soberbios, y dais gracia á los humildes*; por eso tronáis sobre los ambiciosos del mundo, haciendo que se estremezcan los cimientos de los montes mas altos. Pero como sea necesario para el desempeño y cumplimiento de algunos empleos de la república, el que sean temidos y amados de los hombres los que están destinados á aquellos cargos ó empleos; el enemigo de nuestra verdadera felicidad y bienaventuranza nos estrecha mas para hacernos caer en esta vana complacencia, y por todas partes tiende los lazos de aplausos y lisonjas, para que recogíendolas con ansia y afición, caigamos incautamente en aquella vanidad, y dejemos de poner nuestro gozo en vuestra verdad, colocándolo en el engaño y falacia de los hombres, y lleguemos á tener gusto y complacencia de ser amados y temidos de los hombres por nosotros mismos y no por Vos. Así intenta el enemigo, haciendo-

nos semejantes á él en la soberbia, llevarnos tambien á su compañía; no para usar con nosotros de caridad y concordia, sino para hacernos compañeros de sus penas y tormentos; porque él, aspirando soberbiamente á ser semejante á Vos, tiró á imitaros malamente por el torcido rumbo y contrario extremo de la desemejanza, queriendo poner su trono en el Aquilon ¹, para que los hombres, desalumbrados y frios por faltos de fe y caridad, le sirvan y obedezcan á él.

Pero nosotros, Señor, que somos vuestro pequeño rebaño, vuestros somos, poseednos siempre Vos. Extended vuestras alas, para que huyendo de nuestros enemigos, nos refugiemos y acojamos debajo de ellas. Sed Vos nuestra única gloria, y haced que solamente en Vos nos gloriemos, y que si nos aman, seamos amados por Vos; si nos temen, sea vuestra divina palabra la que se tema y se respete en nosotros. *El que quiere ser alabado de los hombres*, vituperándole Vos, no será defendido de los hombres cuando Vos le juzgueis, ni ellos podrán libertarle si le condenais.

Pero cuando la alabanza es tal, que ni con

ella es alabado el pecador en los malos deseos de su alma, ni bendecido el inícuo; sino que es alabado el hombre por alguna gracia y don que Vos le concedisteis, y él se alegra mas de ser alabado, que de tener aquel don por el cual le alaban; se verifica que este es alabado vituperándole Vos; y es mejor el otro que le alabó, que este que fue alabado; porque á aquel le agradó en el hombre el don de Dios, y á este otro le agradó mas el don del hombre que el de Dios.

NOTA.

Alude primeramente al texto de Isaías, que dice de Luzbel, que intentó poner su trono á los lados del Aquilon: y como este es el aire que hay mas frio entre todos, porque viene del Septentrion, por donde nunca anda el sol ni puede andar (sino en la fábula de Faeton), allí todo es oscuridad y frio: y así metafóricamente significa el reino de las tinieblas, y á su príncipe el demonio: y por eso dice aquí con hermosa alegoría san Agustín, que los soberbios que siguen al demonio en el Aquilon, están sin luz de fe en el entendimiento, y sin calor de caridad en la voluntad, pues ni hay luz ni calor en el Aquilon ó Septentrion.

CAPÍTULO XXXVII.

De cómo le movian las alabanzas de los hombres.

60. Todos los dias somos tentados, Señor, con estas tentaciones, sin darnos treguas ni cesar de combatirnos. Las lenguas de los hombres que nos alaban, vienen á ser nuestro horno que cotidianamente nos examina y prueba. Vos nos habeis mandado, que tambien en esta especie de tentacion seamos cautelosos y contenidos. Dadme, Señor, lo que mandais, y mandadme lo que querais. Vos sabeis los muchos suspiros que esto me cuesta, y los rios de lágrimas que en vuestra presencia han derramado mis ojos por esta causa. Porque no puedo fácilmente conocer cuánto haya adelantado en preservarme de este contagio; y temo mucho que haya varios defectos ocultos y escondidos en lo interior de mi alma; los cuales claramente los descubren vuestros ojos, pero no los ven los míos. En los otros géneros de tentaciones tengo algun arbitrio y facultad para

examinarme á mí mismo, y conocer en qué disposicion me hallo; pero en esta materia cási no hay medio alguno por donde conocerlo.

Porque yo bien conozco y veo cuánto es lo que tengo adelantado y adquirido de fuerzas para refrenar mi ánimo, ya sea de los deleites sensuales, ya sea de la vana curiosidad y deseo de saber cosas inútiles, cuando actualmente carezco de aquellos objetos, ó porque me privo de ellos por mi voluntad, ó porque no los tengo presentes á mi disposicion; en tal caso me pregunto yo á mí mismo, cuánta sea la molestia que me causa el carecer de aquellas cosas; y conozco si es mayor ó menor que la que otras veces me causaba. Por lo que mira á las riquezas, se desean únicamente para satisfacer á alguna de estas tres suertes de concupiscencias, ó dos de ellas, ó todas tres: si poseyéndolas actualmente no puede el ánimo conocer bien si las desprecia ó no, tiene el arbitrio de renunciarlas enteramente, y entonces lo conocerá.

Para carecer de las alabanzas, y hacer entonces experiencia de si sentimos ó no su fal-

ta, ¿por ventura hemos de vivir mal y desordenadamente, y ser tan perdidos, crueles y desalmados, que cuantos nos conozcan nos abominen y digan mal de nosotros? ¿qué mayor locura puede decirse ó pensarse? Pues si la alabanza suele y debe ser compañera inseparable de la buena vida y de las buenas obras, así como no debemos dejar la vida y costumbres buenas, tampoco podemos abandonar el acompañamiento que llevan de las alabanzas. Ello es cierto, que solo careciendo de una cosa es cuando puedo conocer y experimentar si siento el que me falte, ó no lo siento.

61. Pues, Dios mio, ¿qué confesion es la que puedo hacer de lo que me sucede con este género de tentacion, sino que me deleitan las alabanzas, aunque mas me deleito con la verdad que con ellas? Si me propusieran cuál de estas cosas quería mas, ó ser un hombre furioso y desatinado, que no obraba con rectitud y acierto en materia alguna, pero no obstante era muy alabado de todos los hombres; ó por el contrario, verme vituperado de todos, siendo yo cuerdo y juicioso, y teniendo verdadera ciencia y sa-

biduría, que es ciertísimo conocimiento de la verdad; veo claramente lo que en tal caso había de escoger.

Pero yo no quisiera que la aprobacion y alabanza ajena me aumentase el gozo que puedo tener de alguna bondad mia; aunque conozco y confieso, que no solo me lo aumenta la alabanza, sino que el vituperio me lo disminuye. Cuando me veo atribulado con semejante flaqueza propia de mi miseria, se me ofrece luego una disculpa, que Vos, Dios mio, sabéis si es buena ó mala; pues yo no me atrevo á calificarla con certeza. La razon, con que tiro á disculpar mi alegría y gozo de la alabanza, consiste en que como Vos nos habeis mandado no solo la continencia y templanza, que nos enseña de qué cosas debemos apartar nuestra aficion, sino tambien la justicia, que nos muestra en qué cosas debemos poner nuestro amor y voluntad; y como por otra parte nos habeis mandado, que no solamente os amemos á Vos, sino tambien al prójimo: fundado yo en todo esto, me parece que muchas veces que me deleito oyendo que me alaban, no nace mi deleito y alegría de aquella alabanza, sino del apro-

vechamiento que muestra el prójimo, y de las buenas esperanzas que da de su talento, pues alaba lo que merece ser alabado: por el contrario, si me entristezco cuando me vitupera, me parece que solo es de su mal, oyendo que desprecia y vitupera ó lo que él no sabe ni entiende, ó lo que realmente es bueno.

Tambien cuando me alaban me suelo entristecer algunas veces, ó porque alaban en mí algunas cosas que me disgustan á mí mismo, ó porque tambien hacen mas estimacion y aprecio del que debieran hacer de algunos pequeños y leves bienes que experimentan en mí.

Pero ¿qué sé yo si este sentimiento mio nacerá de que no llevo á bien que el que me alaba piense de mí mismo de diferente modo que yo pienso; no porque á esto me mueva su bien y utilidad, sino el que aquellos mismos bienes que tengo yo y me alegro de tenerlos, se me hacen mas gustosos y agradables, cuando tambien agradan á los otros? Porque en algun modo no soy yo alabado, cuando no lo es tambien aquel juicio y concepto que tengo formado de mí mismo; supuesto que se alaban en mí las cosas que

á mí mismo me disgustan, ó se alaban mas las que á mí me agradan menos. ¿No es verdad, pues, que acerca de la excusa referida estoy dudoso y no puedo calificarla con certeza?

62. Bien veo en Vos, Verdad eterna, que de las alabanzas que me dieren no debo alegrarme por el bien mio, sino por el bien y utilidad de mi prójimo; mas no sé si lo hago así; porque mas bien os conozco á Vos, que á mí mismo en este punto. Yo os suplico, Dios mio, que hagais que yo me conozca perfectamente, para que á todos mis hermanos que os pedirán por mí, pueda yo descubrirles en esta confesion todo cuanto hubiese en mí de heridas y de llagas: lo cual supuesto, vuelvo á examinar mi interior con mas cuidado.

Si el gozo que experimento cuando soy alabado, es nacido del bien y provecho de mi prójimo, ¿por qué el vituperio que injustamente se hace á otro me contrista menos que si se me hiciera á mí? ¿por qué me duele mas la contumelia que me hacen á mí mismo, que la que en mi presencia le hacen á mi prójimo, siendo igual la malicia de una

y de otra? ¿Por ventura ignoro tambien esto? ¿habia de llegar á tanto que me engañase á mí mismo, y que en presencia vuestra faltase á la verdad con el corazon y con la boca? Apartad Vos, Señor, léjos de mí tan gran locura, y no permitais que mi boca delante de Vos oculte mis defectos, ni sea como el *aceite*, con que, en frase de David, *desfigura el pecador su rostro*.

63. Muy pobre y necesitado estoy de vuestra luz y enseñanza: mejor seré desagradándome á mí mismo con gemidos y sollozos ocultos, y buscando sin cesar vuestra misericordia, hasta que os digneis de reparar mis defectos, y darme tal perfeccion, que goce aquella tranquilidad y paz que no sabe ni conoce el soberbio y arrogante.

Pero las palabras que uno dice, y las obras que hace, como son públicas y notorias á los hombres, están expuestas á la peligrosísima tentacion del amor y deseo de las alabanzas; el cual busca los votos y pareceres ajenos, y los junta y ordena para conseguir con ellos una cierta excelencia y distincion particular. Aun cuando me reprendo á mí mismo por este mal deseo, me

tienta tambien á desear alabanza , por la misma razon con que le he afeado y reprendido.

Muchas veces sucede tambien que de haber el hombre despreciado la vanagloria, viene á caer en otra gloria mas vana; en tal caso tampoco puede decirse que se gloria de haber menospreciado la vanagloria; porque no puede ser verdad que ella esté menospreciada, en un hombre que tan vana é íntimamente se gloria.

CAPÍTULO XXXVIII*.

Como la virtud tiene tambien peligro por la vanagloria.

64. En esta misma especie de tentacion hay tambien otro mal, todavia mas disimulado y oculto, en que caen aquellos hombres vanos; que están muy preciados de sí mismos, aunque sus cosas no agraden, antes bien desagraden á los otros, ni ellos tampoco intenten agradecerles.

* Siguiendo el ejemplo y fundamentos del P. J. M. de la congregacion de san Mauro, de los cap. xxxvii y xxxviii de otras ediciones hemos formado uno solo, porque así lo pide la conexion de la materia.

Pero estos, Señor, que se agradan á sí mismos, os desagradan mucho á Vos; porque se glorian no solo de las cosas malas, como si fueran buenas, sino tambien de las que son buenas y dones vuestros, como si solo fuesen bienes suyos; ó porque de tal manera los reconocen dones vuestros, que los juzgan debidos á sus méritos; y cuando los atribuyan únicamente á vuestra gracia, no se alegran amigablemente de que otros tambien los tengan, antes por eso mismo les tienen envidia.

Ya veis, Señor, cuánto tiembla mi alma á vista de todos estos y otros semejantes peligros y dificultades de que se ve rodeada; y por tanto mas bien creo y soy de sentir, que Vos me curais mis heridas y llagas, que el que entre tantos peligros deje yo de recibirlas y tenerlas.

CAPÍTULO XXXIX.

Epilogo de lo que ha tratado en este libro.

65. Mientras que yo, Dios mio y Verdad eterna, me he ocupado en referiros todo

cuanto he podido llegar á conocer de estas cosas inferiores, y he consultado con Vos; ¿cuándo ni dónde me dejásteis solo, ó no anduvistes conmigo, enseñándome lo que tengo de evitar y lo que tengo de apetecer? Registré primeramente las cosas exteriores de que consta el universo, segun y como pude valerme de mis sentidos: despues consideré la vida que mi cuerpo recibe de mi alma, y los sentidos mismos con que obra.

De allí entré á contemplar los senos de mi memoria, la vastísima capacidad que tienen, lo llenos que están de innumerable multitud de especies, y los modos admirables con que allí se colocan y conservan. Consideré todo esto, y quedé atónito y espantado; no pude entender sin Vos ninguna cosa de aquellas, pero hallé y conocí que ninguna de ellas era lo que Vos; ni aun yo mismo, que descubrí y conocí todas aquellas cosas, imágenes y especies, y las fuí recorriendo todas, y procuré distinguirlas y apreciarlas, segun la estimacion y dignidad que corresponde á cada una de ellas; ya recibiendo algunas de estas especies por medio de los sentidos, y examinándolas y reconociéndolas despues; ya re-

flexionando algunas otras cosas que están como mezcladas conmigo, y examinando tambien el número, naturaleza y propiedades de los mismos sentidos, que me daban noticia de ellas, y finalmente aprovechándome de aquel tesoro de mi memoria, y usando diferentemente de sus grandes riquezas, manifestando unas, reservando otras, y descubriendo las que estaban ocultas y guardadas; conocí que ni yo mismo que hacia todas estas operaciones, ó por mejor decir, ni la misma virtud y potencia con que las hacia, somos lo que Vos, que teneis otro ser muy superior; porque Vos sois aquella luz permanente, con quien iba yo á consultar todas aquellas cosas, para saber si verdaderamente existian, qué ser y naturaleza era la suya, y qué aprecio y estimacion debia hacerse de ellas, y oia lo que Vos me enseñábais, y lo que me mandábais.

Esto mismo lo hago tambien ahora muchas veces: y esto es lo que me deleita; y así cuando puedo eximirme de las ocupaciones que me son precisas y necesarias, me refugio á este deleite. Porque en ninguna de estas cosas, que he estado recorriendo y con-

sultando con Vos, hallo un lugar seguro para mi alma, sino en Vos, que sois el único donde caben y pueden reunirse todos los afectos de mi voluntad, que han estado esparcidos por las criaturas, de modo que ninguno de ellos se aparte jamás de Vos.

También algunas veces haceis que en lo interior de mi alma prorumpa en un afecto de amor muy extraordinario ¹, que me lleva á una incomprendible dulzura; la cual, si enteramente se me comunicara, sería una cosa que no puedo comprenderla, pero sé que sería muy superior á todo lo de esta vida. Con el peso de mis miserias vuelvo á dar en estas cosas terrenas, donde mis ocupaciones acostumbradas por todas partes me rodean, quedando como sumergido en ellas, y como aprisionado; mucho lo siento y lloro, pero también lo que me estorban y detienen es mucho. ¡Tanto es lo que nos agobia la pesada carga de una costumbre! Como en este último estado puedo permanecer, pero no quiero; y en aquel otro quiero perseverar, pero no puedo; vengo á ser infeliz en uno y otro.

NOTA.

¹ Este es uno de los varios pasajes que en esta misma obra se pueden alegar, en prueba de que favoreció Dios á san Agustín y santa Mónica, comunicándoles algunas veces en esta vida la unión íntima con su Majestad. Así la descripción que en otras partes y aquí hace el Santo de este singular favor, es admirable y le da á conocer por cosa sobrenatural. Lo que el santo Doctor dice, puede servir para enmendar los términos é ideas con que los místicos modernos explican la unión íntima con Dios; pues según la doctrina de san Agustín, no es más que *un sentimiento extraordinario de amor de Dios, y un exceso de dulzura, que si llegara á toda su perfección, sería una cosa que infinitamente sobrepasaría á todo cuanto hay delicioso en esta vida.* San Pablo que lo había experimentado, y que fue arrebatado al tercer cielo, no nos dijo más que san Agustín en este punto, como dice el P. J. M.

CAPÍTULO XL.

Como buscó á Dios dentro de sí mismo, y en todas las demás cosas.

66. Por eso consideré todas las dolencias de mis pecados en los tres géneros de concupiscencias que he referido, é invoqué vues-

tra mano poderosa para que sanase las dolencias de mi alma. Como puse mis ojos en vuestros divinos resplandores, teniendo todavía el corazón herido y llagado, no pude resistir tan grande golpe de luz, y como deslumbrado, dije : ¿Quién será capaz de ver tan excesiva luz? Por lo que á mí toca, yo me veo infelizmente arrojado de vuestra presencia.

Vos sois la verdad suma y superior á todas las cosas; mas yo con una especie de avaricia no queria privarme de Vos, sino que juntamente con Vos queria poseer la mentira y falsedad : así como ninguno hay que de tal modo quiera ser mentiroso, que ni él mismo conozca lo que es verdadero. Por eso os perdí yo, Verdad eterna; por no ser Vos poseído de un alma juntamente con la mentira.

CAPÍTULO XLI.

Como algunos han recurrido infelizmente á los demonios, para que sirvieran de medianeros para convertirse los hombres á Dios.

67. ¿Quién habia yo de hallar que pudiese reconciliarme con Vos? ¿Habia de acudir á los Ángeles? Y ¿con qué oraciones, con qué sacrificios habia de atraerlos? Muchos pecadores deseando volver á Vos, y no pudiendo lograrlo por sí solos, se valieron ¹ (segun he oído decir) de semejantes medios; pero vencidos del deseo de tener apariciones ó visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones. Como os buscaban llenos de orgullo, y presentaban con arrogancia su pecho en lugar de herirse con humildad; por eso solamente pudieron atraer á sí (por medio de alguna imagen ó semejanza) á las rebeldes aéreas potestades; esto es, los demonios compañeros de su soberbia, que los engañaron con la magia, cuando ellos buscaban un medianero que los iluminase y purificase; y entre ellos no habia sino el demo-

nio que se transformaba en ángel de luz. Lo que ayudó mucho á que los hombres soberbios y carnales cayesen en semejante desvarío de solicitar al demonio para su medianero, fue, que siendo ellos mortales, y pecadores, y deseando (aunque soberbiamente) reconciliarse con Vos, que sois inmortal é impecable; les pareció que aquel maligno espíritu seria el mas oportuno, por la ventaja de no tener cuerpo formado de carne como ellos.

Pero era menester que el mediador entre Dios y los hombres tuviese algo en que fuese semejante á Dios, y algo tambien en que fuese semejante á los hombres: porque si en todo fuera semejante á los hombres, estaria muy apartado de Dios; y si en todo fuera semejante á Dios, estaria muy lejos de los hombres, y así no podria ser medianero.

Aquel, pues, mediador falso, por el cual, conforme á vuestros ocultos juicios, merecen ser engañados los soberbios, tiene una cosa por donde es semejante á los hombres, que es el pecado; y quiere dar á entender que tiene otra cosa por donde sea semejante á Dios, jactándose de ser inmortal, por cuanto

no está vestido de la mortalidad de nuestra carne. Pero siendo como es *la muerte la paga y estipendio del pecado*, en el cual es semejante á los hombres, tambien lo es en estar juntamente con ellos condenado á muerte.

NOTA.

¹ Estos tales fueron Pitágoras, Apolonio Tiano, Porfirio, Proclo, Pselo, Máximo el Cínico, Juliano Apóstata y otros muchos, que siguiendo la doctrina de los caldeos y egipcios, creian que todos los entes sublunares habian sido puestos por el Creador del universo al cuidado de las potestades celestiales, que gobernaban á su gusto el principio, la duracion y el fin de todas estas cosas de acá bajo; y que por medio de algunos sacrificios que se les ofrecian, se hacian visibles, y servian á los hombres de escala para elevarse y llegar hasta Dios.

CAPÍTULO XLII.

Carácter del verdadero mediador entre Dios y los hombres.

68. El verdadero mediador es aquel, que por vuestra inescrutable misericordia os dignásteis manifestar á los humildes, y le en-

viásteis para que con su ejemplo aprendiesen la verdadera humildad. Este mediador entre Dios y los hombres; es el Hombre Jesucristo, que se manifestó mediando entre los pecadores y mortales, y entre el que esencialmente es justo é inmortal; conviniendo en lo mortal con los hombres, y en la justicia y santidad con Dios; para que, supuesto que la vida y la paz eterna es la paga y estipendio de la santidad y justicia, lograse con la justicia y santidad en que convenia con Dios, que cesase la sentencia de muerte fulminada contra los pecadores é impíos, á quienes justificó, y cuya muerte quiso padecer como ellos. Este mismo medianero fue anunciado y revelado á los Santos y Patriarcas antiguos, para que ellos se salvaran, teniendo fe en la muerte que habia de padecer; así como nosotros nos salvamos, teniendo fe en la muerte que efectivamente padeció. Este, pues, en cuanto es hombre, en tanto es medianero; porque, en cuanto es Verbo divino, no media entre Dios y el hombre, sino que es igual á Dios, y tan Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo es un mismo Dios.

69. ¡Oh eterno y amantísimo Padre! ¡qué grande fue el exceso de vuestro amor para con los hombres, pues no perdonásteis á vuestro unigénito Hijo, sino que le entregásteis á que muriese por nosotros pecadores! ¡qué grande fue el amor que nos mostrásteis, pues llegó á tal extremo, que aquel mismo Señor, que en tenerse por igual á Vos no os usurpa cosa alguna, se sujetase á padecer por nosotros la ignominiosa muerte de cruz! Así él habia sido el único libre entre los muertos, que tuvo potestad de morir, y también la tuvo de resucitar. Él mismo fue el vencedor¹ y la víctima, que se ofreció á Vos por nosotros; y por eso fue vencedor, porque fue víctima. Se hizo para con Vos sacerdote y sacrificio por nosotros; y por eso fue él sacerdote, porque él mismo fue el sacrificio. Y finalmente, de siervos que éramos, nos hizo vuestros hijos, el que siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro siervo.

Con razon, pues, Dios mio, tengo grande y firmísima esperanza de que sanareis todas mis dolencias, por este mismo Señor, que está sentado á vuestra diestra, y os ruega incesantemente por nosotros, que si no desespe-

raria de mi salud. Verdaderamente son muchas y grandes mis dolencias, muchas son y grandes; pero mayor, mas copiosa y eficaz es vuestra medicina. Si el divino Verbo no se hubiera hecho hombre, ni habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgar que estaba muy ajeno de unirse con la humana naturaleza, y desesperar enteramente de nuestra salvacion.

70. Confieso que, aterrado de mis culpas y oprimido del peso de mis miserias, habia pensado en mi interior muchas veces, y formado intencion de dejarlo todo y huir á una soledad; pero Vos me lo estorbásteis, y me animásteis diciéndome : *Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos. Pues, Señor, en Vos pongo todo el cuidado de mi salud, para vivir y emplearme en contemplar las maravillas de vuestra santa ley. Vos sabeis mis ignorancias, y conoceis mis dolencias; pues enseñadme y sanadme. Este vuestro único Hijo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre. Pues no me inquieten los soberbios con sus calumnias,*

porque me ocupo en meditar el precio de mi rescate, porque le como y bebo, y porque le distribuyo; y porque reconociendo mi pobreza y necesidad, deseo saciarme de él entre aquellos que ya le están comiendo y saciándose de él, y alaban eternamente al Señor los que le buscan.

NOTA.

¹ En estas palabras *vencedor* y *victima*, alude el Santo á la etimología que tienen algunos del verbo *vencer*; pero en el latin se conoce mejor la alusion y hermosura que causa la cercanía de las voces *victor* y *victima*.

Por esto se entenderá mejor lo que añade san Agustin diciendo, que Cristo Señor nuestro fue *sacerdote* y *sacrificio*, porque uno y otro son derivados de *sacrum facere*, que significan consagrar alguna cosa á la Divinidad. Pero en castellano (ni en otro idioma fuera del latino) tampoco se conoce esta y otras alusiones que usa el Santo, porque distan casi tanto entre sí los sonidos de las voces, como los significados.

ANALES

DE LA VIDA DE SAN AGUSTIN.

*Años de la
era vulgar.*

354. Nace san Agustín el día 13 de noviembre, siendo sus padres Patricio y Mónica; poco despues es inscrito en la lista de los catecúmenos.
370. En la edad de 16 años con ocasion de la ociosidad cae en la lujuria.
371. Muere Patricio padre de Agustín.
372. Agustín tiene de una concubina un hijo, á quien se da el nombre de Adeodato.
374. Cae en la herejía de los Maniqueos, Mónica llora amargamente esta desgracia y espera su conversion.
376. Agustín es profesor de retórica en Cartago.
379. Despues de haber creído en supersticiones astrológicas, se aparta poco á poco de ellas.
383. Descubre los errores de los Maniqueos, pero cae en la duda de los Académicos; parte para Roma en donde enseña la retórica.
385. Es profesor de oratoria en Milan; oyendo en esta ciudad á san Ambrosio, vuelve al seno

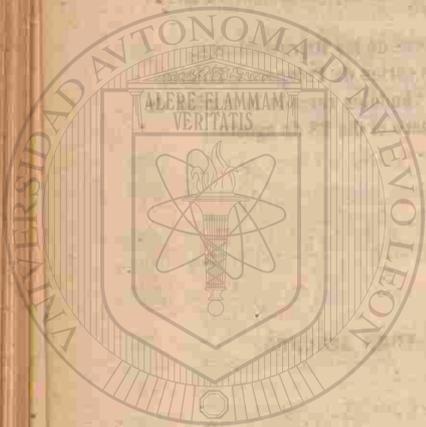
- de la Iglesia católica. — Separado de su concubina para contraer matrimonio, toma otra.
386. Saca grande provecho de la lectura del apóstol san Pablo, y herido finalmente de una voz del cielo se convierte. — Escribe contra los Académicos.
387. Toma en Milan el Bautismo junto con su hijo Adeodato, administrándolo Ambrosio. — Muerte de santa Mónica, madre de Agustín.
388. Agustín vuelve al África. — Muere Adeodato.
389. Agustín es ordenado presbítero de Hipona por Valerio obispo de esta Iglesia.
392. Escribe contra los Maniqueos.
394. Refuta á los Donatistas.
395. A últimos de este año es ordenado obispo de Hipona, coadyutor de Valerio.
396. Muere Valerio obispo de Hipona.
397. Agustín escribe sus Confesiones. — Tratando de la Trinidad, refuta á los Arrianos.
398. Asiste al concilio IV de Cartago.
402. Refuta la epístola del donatista Petiliano.
405. Implora la proteccion de Ceciliano contra los excesos de los donatistas de Hipona.
408. Escribe sobre el cerco de la ciudad de Roma.
411. Célebrazse en Cartago una conferencia entre los obispos católicos y los Donatistas, en la que sobresale Agustín combatiendo los nacientes errores de Pelagio.
413. Se prepara á escribir su obra de la Ciudad de Dios.

417. Escribe sobre las gestiones del sínodo de Palestina relativamente á Pelagio.
420. Impugna á los Priscilianistas.
424. Refuta á los Semipelagianos.
426. Designa por sucesor suyo al presbítero Heraclio.
428. Escribe los libros de las Retracciones.
429. Contesta á las cartas de Próspero é Hilario.
430. Teniendo los vándalos cercada la ciudad de Hipona, muere el dia 28 de agosto.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Barcelona 20 de marzo de 1850.

Reimprimase. — BERTRAN, Vicario General Gobernador.



ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO VII.

- CAPÍTULO PRIMERO. Como Agustín todavía imaginaba á Dios al modo de un ente corpóreo, que estaba difundido por todas partes, y llenando unos espacios infinitos. Pág. 5
- CAP. II. Argumento con que Nebridio impugnó á los Maniqueos. 11
- CAP. III. Que el libre albedrío es la causa del pecado. 13
- CAP. IV. Como necesariamente Dios es inviolable é incorruptible. 17
- CAP. V. Vuelve otra vez á inquirir de dónde provenga el mal, y cuál sea su origen y raíz. 19
- CAP. VI. Desecha Agustín por vanas y engañosas las adivinaciones de los astrólogos. 24
- CAP. VII. De las graves penas que le causaba á Agustín el averiguar la causa y principio del mal. 33
- CAP. VIII. Como la divina misericordia socorrió entre estas ansias á Agustín. 36

CAP. IX. Como en los libros platónicos halló Agustín establecida la divinidad del Verbo eterno; pero no halló cosa alguna de lo perteneciente á su encarnacion.	37
CAP. X. Como las verdades divinas se le iban ya descubriendo mas claramente.	44
CAP. XI. Como las criaturas en cierto modo son y no son.	46
CAP. XII. Que todas las cosas que son ó existen son buenas.	47
CAP. XIII. Como todas las criaturas dan alabanzas á Dios.	49
CAP. XIV. Que al hombre cuerdo ninguna cosa desagrada de cuantas Dios ha criado.	52
CAP. XV. Del modo con que se halla en las criaturas, ya la verdad, ya la falsedad.	53
CAP. XVI. Que todas las criaturas son buenas; aunque algunas no son convenientes y acomodadas á otras.	54
CAP. XVII. De las cosas que nos impiden el conocer á Dios.	55
CAP. XVIII. Que solamente Cristo Señor nuestro es el camino que guia á la salud eterna.	59
CAP. XIX. De lo que sentia Agustín acerca de la encarnacion de Cristo Señor nuestro.	61
CAP. XX. Como el haber manejado los libros platónicos le hizo á la verdad mas instruido, pero tambien mas soberbio.	64
CAP. XXI. De lo que halló en los Libros sagrados, que no lo halló en los platónicos.	67

LIBRO VIII.

CAP. I. Determina Agustín ir á verse con Simpliciano, movido del deseo de disponer y arreglar mejor su vida.	72
CAP. II. De como Victorino, célebre orador romano, se convirtió á la fe de Jesucristo.	78
CAP. III. Como Dios y los santos Ángeles se alegran mucho de la conversion de los pecadores.	87
CAP. IV. Por qué razon debemos alegrarnos mas con la conversion de aquellos pecadores que son personas nobles y principales.	92
CAP. V. Qué cosas eran las que detenian á Agustín, para no acabar de convertirse á Dios.	95
CAP. VI. Cuéntale Ponticiano la vida de san Antonio abad.	100
CAP. VII. Como interiormente se deshacia Agustín al oír esta relacion de Ponticiano.	110
CAP. VIII. Como Agustín se retiró á un huerto de su casa, y lo que en él le sucedió.	114
CAP. IX. En qué consiste que mandando el alma en sí misma, no se hace algunas veces lo que manda.	118
CAP. X. Contra los Maniqueos, que por experimentar en un sujeto á un tiempo mismo dos voluntades opuestas, inferian que habia en el hombre dos naturalezas contrarias.	121
CAP. XI. Lucha que experimentaba Agustín	

entre el cuerpo y el espíritu.	127
CAP. XII. Como se convirtió de todo punto, amonestado de una voz del cielo.	132

LIBRO IX.

CAP. I. Reconociendo Agustin su miseria, alaba la suma bondad de Dios.	139
CAP. II. Dilata Agustin repunciar la cátedra de retórica, hasta que llegasen las vacaciones del tiempo de la vendimia.	142
CAP. III. Como Verecundo le cedió á Agustin una casa de campo en que viviese, mientras llegaba el tiempo de recibir el Bautismo.	148
CAP. IV. De los libros que escribió despues de retirado con todos los suyos á la dicha heredad de Casiciaco: de las cartas á Nebridio: efectos que experimentaba leyendo los Salmos, y como sanó milagrosamente de un vehementísimo dolor de dientes.	154
CAP. V. Consulta con san Ambrosio sobre qué libros sagrados le seria mas conveniente leer.	166
CAP. VI. Vuelve Agustin á Milan, y en compañía de Alipio y Adeodato recibe el sagrado Bautismo.	168
CAP. VII. Como en Milan comenzó la costumbre de cantarse himnos y salmos en la iglesia. Y como fueron hallados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio.	172
CAP. VIII. De la confesión de Eyodio: de la	

muerte de su santa madre Mónica, y de la crianza y educacion que tuvo desde sus primeros años.	176
CAP. IX. Continúa Agustin refiriendo las loables costumbres de su madre.	183
CAP. X. Coloquios de Agustin con su madre acerca del reino de los cielos.	190
CAP. XI. Del éxtasis y muerte de su madre.	196
CAP. XII. De como lloró la muerte de su madre.	199
CAP. XIII. Ora Agustin á Dios por su difunta madre.	207

LIBRO X.

CAP. I. Que en solo Dios halla un alma su esperanza y alegría.	213
CAP. II. Siendo claras y manifiestas respecto de Dios las cosas mas ocultas, qué viene á ser lo que hace el hombre en confesarse á Dios.	214
CAP. III. Del fruto que sacaba de confesar á Dios el estado presente de su alma, á distincion de lo que antes habia sido.	216
CAP. IV. Del grande fruto que esperaba hacer en los fieles con los libros de sus Confesiones.	220
CAP. V. Que el hombre no se conoce á sí mismo cabal y perfectamente.	225
CAP. VI. Qué cosa es la que se ama cuando se ama á Dios: y como por las criaturas se llega á conocer al Criador.	227

CAP. VII. Que ninguno puede hallar á Dios por medio de los sentidos corporales, ni de las potencias puramente sensitivas.	233
CAP. VIII. De la admirable virtud y facultad de la memoria.	235
CAP. IX. Del lugar que tienen en la memoria las ciencias.	242
CAP. X. Las ciencias no entran en la memoria por ministerio de los sentidos; sino que salen de otro seno mas profundo de ella.	244
CAP. XI. Qué cosa sea aprender, hablando las verdades que hallamos en nosotros mismos.	246
CAP. XII. Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas.	249
CAP. XIII. Como la memoria es tan reflexiva, que con ella nos acordamos de habernos acordado.	250
CAP. XIV. Como tambien están en la memoria las afecciones ó pasiones del ánimo.	251
CAP. XV. Como tambien nos acordamos de las cosas que están ausentes.	256
CAP. XVI. Como tambien la memoria se acuerda del olvido.	257
CAP. XVII. Que no obstante ser tan grande la capacidad y virtud de la memoria, es necesario, para hallar á Dios, subir mas arriba de esta potencia.	262
CAP. XVIII. Como no pudiera hallarse una cosa perdida, si no se conservara en la memoria.	264
CAP. XIX. Como vuelve á acordarse la memoria de lo que habia perdido ella misma.	266

CAP. XX. Para desear la bienaventuranza, como todos los hombres la desean, es necesario que la conozcan.	268
CAP. XXI. Del modo con que la bienaventuranza está en nuestra memoria.	272
CAP. XXII. En qué consiste la vida bienaventurada, y dónde se ha de buscar.	276
CAP. XXIII. Prosigue explicando qué cosa sea la vida bienaventurada, y dónde se halla.	277
CAP. XXIV. Se alegra Agustin de haber hallado á Dios dentro de su memoria.	281
CAP. XXV. En qué grado de la memoria se halle á Dios.	282
CAP. XXVI. Dónde se halla á Dios.	284
CAP. XXVII. Como la hermosura de Dios arrebatá hácia sí al hombre.	285
CAP. XXVIII. De las miserias de esta vida.	286
CAP. XXIX. Que toda nuestra esperanza ha de ponerse en Dios.	288
CAP. XXX. Confiesa Agustin el estado en que se hallaba en órden á las tentaciones libidinosas.	290
CAP. XXXI. Del estado en que se hallaba en órden á las tentaciones de la gula.	294
CAP. XXXII. Del estado en que se hallaba en órden á las tentaciones de los olores y fragancias tocantes al olfato.	303
CAP. XXXIII. Del estado en que se hallaba en órden á los deleites tocantes al oído.	304
CAP. XXXIV. De cómo se hallaba en cuanto á los deleites de la vista.	308

CAP. XXXV. De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentacion, que es el de la curiosidad.	315
CAP. XXXVI. De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentacion, que es el de la soberbia.	322
CAP. XXXVII. De cómo le movian las alabanzas de los hombres.	327
CAP. XXXVIII. Como la virtud tiene tambien peligro por la vanagloria.	334
CAP. XXXIX. Epilogo de lo que ha tratado en este libro.	335
CAP. XL. Como buscó á Dios dentro de sí mismo, y en todas las demás cosas.	339
CAP. XLI. Como algunos han recurrido infelizmente á los demonios, para que sirvieran de medianeros para convertirse los hombres á Dios.	341
CAP. XLII. Carácter del verdadero mediador entre Dios y los hombres.	343
ANALES de la vida de san Agustin.	349

FIN DEL ÍNDICE.

LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VIRGEN SANTÍSIMA DE MONSERRAT

Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpresso varias veces. Se hallan de venta en Barcelona libreria de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

Obras en 4.º mayor.

— La santa Biblia en español por el P. Scio. Seis tomos á 210 rs. en piel de color y relieve.

— Las Vindicias de la Biblia. Un tomo á 39 reales id.

Obras en 4.º ®

— Estudios filosóficos por Augusto Nicolás. Tres tomos á 36 rs. en pasta.

— Historia de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos á 44 rs. id.

—Historia eclesiástica de España por La Fuente Cuatro tomos á 44 rs. id.

—Historia de las Variaciones por Bossuet. Dos tomos á 22 rs. id.

—Historia de la Compañía de Jesús por Cretineau-Joli. Seis tomos á 66 rs. id.

—El Protestantismo por Augusto Nicolás: á 11 reales id.

—Pensamientos de un creyente por Debreyne: á 11 rs. id.

—Las Criaturas por Sabunde: á 11 rs. id.

—Ensayo sobre el Panteísmo por Maret: á 11 reales id.

—La Cosmogonía y la Geología por Debreyne: á 11 rs. id.

—La Teodicea por Maret: á 11 rs. id.

—Larraga no visiblemente adicionado por el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Claret: á 24 rs. id.

—Manual de los Confesores por Gaume: á 14 reales id.

Obras en 8.º mayor.

—Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos á 160 rs. en pasta.

—El hombre feliz por Almeida: á 10 rs. id.

—Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos á 20 rs. id.

—Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos á 20 rs. id.

—Las Glorias de María por san Ligorio: á 10 reales id.

—El Espíritu de san Francisco de Sales: á 10 reales id.

—La única cosa necesaria por Geramb: á 10 rs. id.

—El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos á 20 rs. id.

—Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos á 30 rs. id.

—Del Papa.—De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos á 20 rs. id.

—Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos á 80 rs. id.

—Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el misionero apostólico Antonio María Claret y Clará, arzobispo de Santiago de Cuba. Tres tomos á 27 rs. id.

—Coleccion de pláticas dominicales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Siete tomos á 63 rs. id.

—Tratado de la Usura por el abate Marco Mastrofini: á 10 rs. id.

Obras en 8.º

—Catecismo con 48 estampas explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo á 6 rs. en pasta.

—Id. id. en catalan: á 6 rs. id.

—Catecismo de Feller. Cuatro tomos á 24 rs. id.

—Vida devota por san Francisco de Sales: á 6 reales id.

—Las delicias de la Religion: á 6 rs. id.

—Confesiones de san Agustin. Dos tomos á 12 reales id.

—Historia de la Reforma por Cobbet. Dos tomos á 12 rs. id.

—Nuevas cartas por Cobbet: á 6 rs. id.

—Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio: á 6 rs. id.

— Tesoro de proteccion en la santísima Virgen por Almeida: á 6 rs. id.

— Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos á 12 rs. id.

— Combate espiritual. Dos tomos á 12 rs. id.

— La existencia de Dios por Aubert: á 6 rs. id.

— Las notas de la Iglesia por Aubert: á 6 rs. id.

— La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez: á 6 rs. id.

— Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos á 12 rs. id.

— Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos á 12 rs. id.

— La Biblia de la Infancia por Macías: á 6 rs. id.

— La divinidad de la Confesion por Aubert: á 6 reales id.

— La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos á 24 rs. id.

— Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.

— Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos á 36 rs. id.

— Obras de santa Teresa. Cinco tomos á 30 rs. id.

— Reloj de la pasion por san Ligorio: á 6 rs. id.

— Católica infancia por Varela: á 6 rs. id.

— Vida de santa Catalina de Génova: á 6 rs. id.

— Verdadero libro del pueblo por Madama Beaumont: á 6 rs. id.

— ¿Á dónde vamos á parar? por Gaume: á 6 rs. id.

— El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. señor Claret: á 4 rs. id.

— Veni-mecum por el Ilmo. Sr. Caixal: á 7 rs. en piel de color y relieve.

— Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en media pasta.

— Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en pasta.

— El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. id.

— Vida de san Luis Gonzaga: á 6 rs. id.

— Virginia. Tres tomos á 18 rs. id.

— Ejercitatorio de la vida espiritual por el Padre Fr. Francisco Garcia de Cisneros: á 6 rs. id.

— El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga: á 6 rs. id.

— Historia de santa Isabel de Hungría por el Conde de Montalembert. Dos tomos á 12 rs. id.

— Práctica de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el P. Fr. Tomás de Jesús: á 5 rs. id.

— Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. P. Charlevoix: á 6 rs. id.

— Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por D. Bernardo Sala, monje benedictino: á 7 rs. id.

— Del matrimonio civil: opúsculo formado con la doctrina del P. Perrone en su obra *Del matrimonio cristiano*: á 6 rs. id.

— Meditaciones para todos los dias de Adviento, novena y octava de Navidad y demás dias hasta la de la Epifanía inclusive, por san Ligorio, á 5 rs. id.

Obras en 16.º

— Carácterés de la verdadera devocion por el Padre Palau: á 4 rs. en pasta.

— El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati: á 4 rs. id.

—Las horas serias de un jóven por Sainte-Foix: á 5 rs. id.

—El Camino recto por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 5 rs. en piel de color y relieve.

—Id. id. en catalan: á 4 rs. id.

—Ejercicios para la primera comunión por el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Claret: á 3 y medio rs. id.

—La verdadera sabiduria por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Claret: á 4 rs. en pasta.

—Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Claret. Cuatro tomos á 20 rs. id.

—Tardes ascéticas, ó sea una apuntacion de los principales documentos para llegar á la perfeccion de la vida cristiana, por un monje benedictino: á 4 rs. id.

Opúsculos sueltos.

—Avisos á un sacerdote: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á los padres de familia: á 30 reales el ciento.

—Avisos muy útiles á las casadas: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á las viudas: á 30 rs. el ciento.

—Avisos saludables á los niños: á 30 rs. el ciento.

—Avisos saludables á las doncellas: á 26 rs. el ciento.

—Avisos á un militar cristiano: á 24 mrs. el ejemplar.

—El rico Eplon en el infierno: á 22 rs. el ciento.

—Reflexiones á todos los Cristianos: á 24 rs. el ciento.

—Resúmen de los principales documentos que

necesitan las almas que aspiran á la perfeccion: á 24 rs. el ciento.

—Los tres estados del alma: á 20 rs. el ciento.

—Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore: á 20 rs. el ciento.

—Respeto á los templos: á 22 rs. el ciento.

—Galería del desengaño: á 26 rs. el ciento.

—La Escalera de Jacob y la puerta del cielo: á 30 reales el ciento.

—Maná del cristiano: á 15 rs. el ciento.

—Idem en catalan: á 15 rs. el ciento.

—El amante de Jesucristo: á 24 mrs. el ejemplar.

—La Cesta de Moisés, á 24 mrs. el ejemplar.

—Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María: á real y cuartillo el ejemplar.

—Breve noticia del origen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María: á real el ejemplar.

—Socorro á los difuntos: á 24 mrs. el ejemplar.

—Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo: á 24 mrs. el ejemplar.

—Antídoto contra el contagio protestante: á 30 reales el ciento.

—El viajero recién llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias: á 26 rs. id.

—Compendio ó breu explicació de la doctrina cristiana en catalan: á 28 maravedís uno.

—El Protestantismo por P. J. P.: á 24 mrs.

- Id. id. en catalan: á 24 mrs.
- El Ferrocarril por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs.
- La Época presente por el Excmo. é Ilmo. Señor Claret: á 24 mrs.
- La Misión de la mujer por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Claret: á 23 rs. el ciento.
- Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 50 rs. el ciento.
- Cánticos espirituales por el Excmo. é Ilmo. Señor Claret: á real.
- Devocionario de los párvulos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 40 rs. el ciento.
- Máximas espirituales, ó sea reglas para vivir los jóvenes cristianamente, edicion corregida y aumentada por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: á 24 mrs.
- Ramillete de lo mas agradable á Dios, y útil al género humano, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 22 rs. el ciento.
- El Párroco con los enfermos, ó sea algunos avisos prácticos para los principiantes en dicha carrera: á 3 rs.
- Devocion del santísimo Rosario por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: á 23 rs. el ciento.
- Excelencias y novena del glorioso san Miguel por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret: á 22 rs. el ciento.

HOJAS VOLANTES

ESCRITAS POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret y Clara.

Á 64 RS. LA RESMA.

1. Máximas cristianas: puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria.
2. Máximas cristianas: puestas igualmente en verso pareado.
3. Cédula del Rosario de María santísima.
4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince Misterios, Ofrecimiento, y Letanía lauretana.
5. Cédula contra la blasfemia.
6. Specimen vite sacerdotalis.
7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que distribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio.
8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas.
9. Memoria ó recuerdo de la Misión, para distribuir luego de concluida.
10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Misión.
11. Oracion de san Bernardo: Acordaos, piadosísima Virgen María... Va seguida de una jaculatoria.

DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA

12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo.

21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas.

22. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.

34. Alma perseverante que no se deja seducir.

35. Alma del Epulon en el infierno.

36. Triunvirato del universo, ó sea necesidad de la confesion.

37. La santa Ley de Dios.

38. Cédula del coro de niños de la piadosa Union.

39. Cédula del coro de niños de id.

41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo.

42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id.

NOTA. Para completar los números intermedios que faltan, se imprimirán sucesivamente otras hojas por el estilo.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



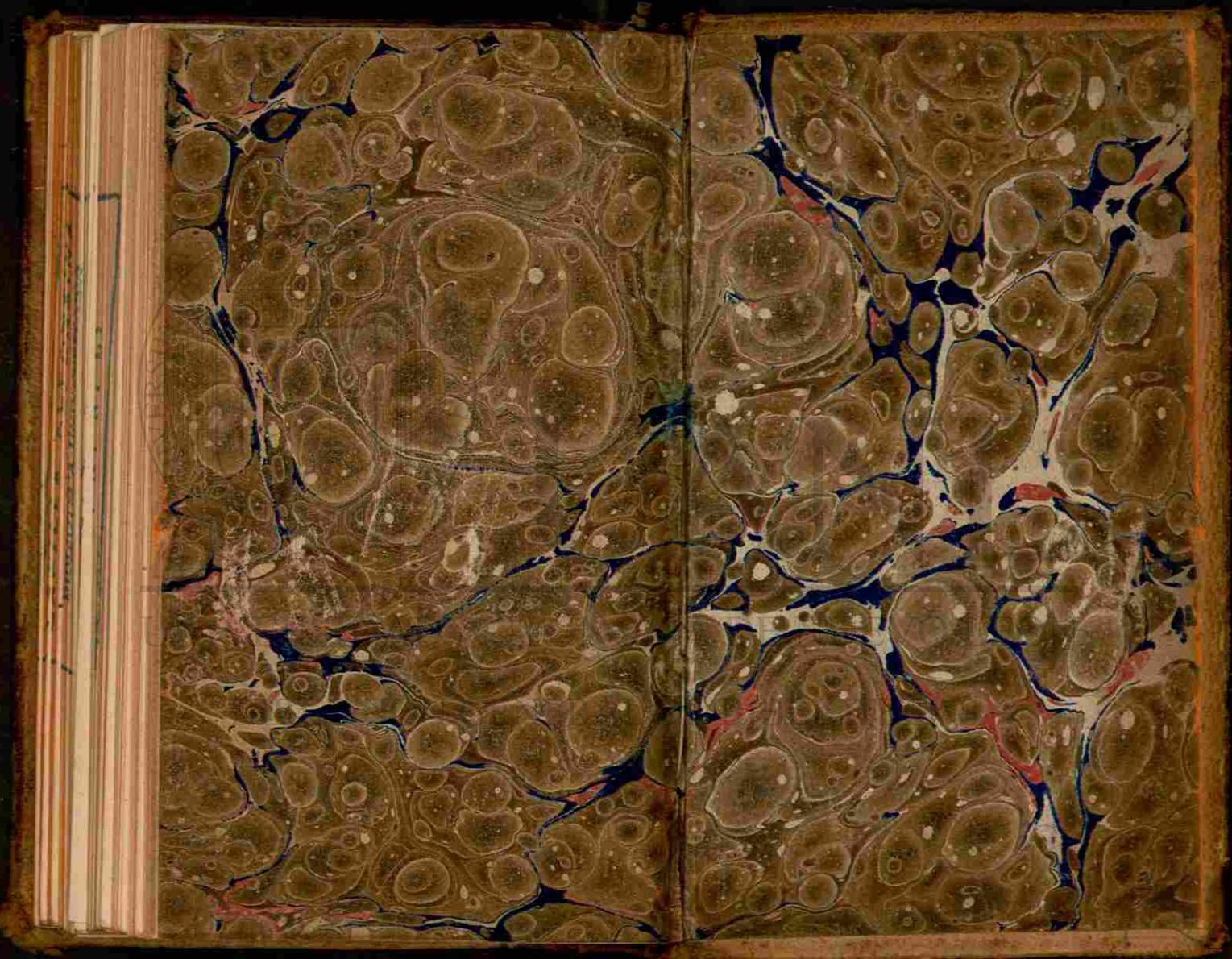
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UN
E NUEVO
BLIOTEC